ALEXANDER A. DI LELLA

EL LIBRO DE DANIEL

(1-6)

Ciudad Nueva
Madrid - Buenos Aires - Bogotá
Montevideo - Santiago

Título original:
Daniel. A Book for Troubling Times

Traducción del inglés:
Pablo Largo Domínguez

Versión italiana:
Il libro di Daniele (1-6)

Via degli Scipioni, 265 - 00192 Roma

Diseño de cubierta:
Ripoll Arias

Andrés Tamayo, 4 - 28028 Madrid

I.S.B.N.: 84-89651-78-7
Depósito Legal: M-12220-2000

Printed in Spain - Impreso en España

Imprime: Artes Gráficas Cuesta - Madrid

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

¿Por qué leer el Libro de Daniel?

¿Por qué no leer el Libro de Daniel? Después de todo, el libro tiene algo importante que decir; de ahí que figure en la Biblia. La cuestión que hay que plantearse es si queremos escuchar. Mi intención al escribir este comentario espiritual es ayudar al lector a leer y meditar sobre Daniel y su mensaje permanente y luego persuadirle para que lea el resto de la Biblia. San Jerónimo, patrón de los estudiosos de Sagrada Escritura, señaló en cierta ocasión que «la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo».

Es aconsejable leer este comentario provistos de una buena traducción moderna de la Biblia. *La Biblia* de la editorial Herder es la traducción que hemos usado para el texto que encabeza cada capítulo y para las citas pertinentes del comentario. Pero hay centenares de referencias a otros lugares bíblicos. La lectura de estos textos enriquecerá la comprensión del libro.

Título y Autor

A Daniel, el héroe del libro, no se le menciona en ningún otro pasaje del Antiguo Testamento. Sin

embargo, el nombre no era insólito. Uno de los hijos de David se llamaba Daniel (cf. *1 Cró* 3, 1). Uno de los judíos que regresaron del destierro en Babilonia se llamaba también Daniel (cf. *Esd* 8, 2; *Neh* 10, 7). Pero ninguno de estos dos hombres puede identificarse con el Daniel de nuestro libro. El nombre Daniel en hebreo y arameo significa «Dios ha juzgado», o «Dios es mi juez».

En *Ez* 14, 14.20 se menciona a Noé, Daniel (o Danel) y Job. Pero del contexto se desprende con claridad que se cita a estos tres como destacados ejemplos de individuos justos que vivieron en un pasado lejano y llegaron a formar parte del folclore del antiguo Oriente Próximo. Ni siquiera son israelitas, sino que pertenecen a naciones extranjeras. En *Ez* 28, 3, el Señor ordena al profeta que diga al príncipe de Tiro: «¡Oh sí, más sabio que Daniel [o Danel] eres tú! Ningún secreto es para ti un desafío» –palabras que son claramente irónicas–. Algunos estudiosos piensan que este Daniel/Danel es el rey que aparece con el mismo nombre en el «Relato de Aqhat» de Ugarit, relato que data del siglo XIV a. C. En esta narración, el rey Daniel/Danel «juzga la causa de la viuda, defiende la causa del huérfano». Tal afirmación podría estar detrás del nombre del héroe del relato de Susana en el capítulo 13. Parece, por consiguiente, que desde tiempos antiguos se asociaba en Siria-Palestina el nombre de Daniel con personas de notable virtud y sabiduría excepcional. Podemos concluir que los autores de las distintas partes del libro usaron el nombre Daniel precisamente por su asociación con este nombre honrado en la tradición del Oriente Próximo.

La paternidad del libro es una cuestión compleja. La principal razón es que, a diferencia de cualquier otro libro de la Biblia, cada uno de los varios relatos y apocalipsis podría haber existido indepen-

dientemente de los otros. Según eso, cada uno podía haber sido escrito por una persona diferente. De hecho, pueden leerse independientemente unos de otros sin que por ello merme la comprensión. Tal como lo tenemos ahora, el libro da la impresión de ser simplemente una serie de obras relativamente cortas que comprenden un ciclo dedicado a Daniel compilado y editado por una persona desconocida hacia la mitad del siglo II a. C.

Los estudiosos están generalmente de acuerdo en que el Libro de Daniel representa la mentalidad jasidea en el modo de ver y en la perspectiva. Los jasideos, o piadosos, eran aquellos judíos que siguieron la Ley de Moisés estrictamente. Los piadosos se mencionan expresamente en 1 *Mac* 2, 42 y 7, 13. Se distinguían de los judíos más mundanos que comprometieron su fe amoldándose a la fascinación que ejercía la cultura griega del momento. Estos judíos relajados no diferían de muchos creyentes actuales cuyos valores están determinados más por una sociedad pagana y consumista que por la enseñanza bíblica y eclesial.

Lugar en el Canon

El canon judío de la Escritura, que fue fijado por los rabinos hacia el final del siglo primero d. C., consta de cuatro divisiones mayores: la Torah (del Génesis al Deuteronomio), los Profetas anteriores (de Josué a los Reyes), los Profetas posteriores (de Isaías a Malaquías) y los Escritos (de los Salmos a las Crónicas). Daniel no se encuentra entre los profetas, sino entre los Escritos; está colocado después de Ester y antes de Esdras. El motivo de esta colocación no es claro. Algunos piensan que los rabinos no creían que Daniel fuera un libro profético. Daniel no es un profeta

como Amós, Oseas, Isaías o Jeremías. En realidad, Daniel, tanto en los relatos como en los apocalipsis, rara vez actúa como profeta, y nunca se le llama profeta.

El libro era probablemente demasiado tardío para incluirlo entre los profetas, dado que apareció en torno a la mitad del siglo segundo a. C. Los rabinos enseñaban que el *corpus* profético estaba cerrado después del profeta Malaquías, del siglo V a. C. Sin embargo, en el Nuevo Testamento Jesús hace referencia al «profeta Daniel» (cf. *Mt* 24, 15). El historiador judío Josefo habla también de Daniel como profeta y se refiere a los contenidos de su libro como profecías (*Antigüedades* X, 11, 7). En la traducción griega llamada de los *Setenta* y en la llamada versión «de Teodoción» (la segunda versión griega), Daniel se halla en su forma larga entre los Profetas Mayores, bien después de Jeremías y antes de Ezequiel e Isaías (en ese orden), bien después de Isaías, como el cuarto miembro del grupo. En el Antiguo Testamento cristiano Daniel se halla entre los Profetas Mayores después de Ezequiel, una colocación que puede verse ya en la *Vulgata* latina (siglo quinto).

El canon judío de Daniel no incluye las secciones deuterocanónicas: las oraciones de 3, 24-90 y las historias de Susana, Bel y el dragón de los capítulos 13 y 14. Los protestantes, que por lo general llaman a los libros deuterocanónicos con el término no del todo apropiado de *apócrifos* (palabra griega que significa «escondido u oculto»), siguen la práctica judía. En sus ediciones de la Biblia, los protestantes omiten los libros deuterocanónicos, o bien, si los incluyen, los colocan entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, o en un apéndice. Los católicos, siguiendo la antigua costumbre de la Iglesia, creen que todas las partes deuterocanónicas del Antiguo Testamento son sagradas y están inspiradas, y por lo mismo son canónicas.

Daniel contiene dos tipos de materiales literarios: nueve relatos midráshicos u homiléticos (uno por capítulo en los capítulos 1-6 y 13 y los relatos de Bel y el dragón en el capítulo 14) y cinco apocalipsis (uno en 2, 29-45 dentro del relato del capítulo 2, y los restantes en los capítulos 7, 8, 9 y 10-12). Los relatos están narrados en tercera persona y versan sobre un antiguo héroe llamado Daniel y sus tres compañeros. Por su fe y su fidelidad a la Ley de Moisés soportan diversas pruebas entre los gentiles, pero al final triunfan. En este volumen nos proponemos comentar los seis primeros capítulos del Libro de Daniel. Remito a la introducción del segundo volumen para los apocalipsis.

El Libro de Daniel contiene pasajes en tres lenguas diferentes: hebreo (1, 1 - 2, 4a y los caps. 8-12); arameo (2, 4b - 7, 28, excepto la larga oración de 3, 24-90); y griego (3, 24-90 y caps. 13-14). Hay dos traducciones griegas del libro: la de los *Setenta*, que sólo sobrevive en unos pocos manuscritos, y la versión llamada «de Teodoción», que se halla en el resto de los manuscritos griegos. Esta versión de Teodoción no se ha de identificar con el Teodoción que hizo una revisión posterior del Antiguo Testamento griego. Lo que es curioso es que sólo dos de los apocalipsis existen ahora en arameo (2, 29-45 y cap. 7); los otros tres están en hebreo (caps. 8, 9 y 10-12). Por otra parte, los relatos homiléticos se encuentran ahora en hebreo, arameo y griego. No obstante, parece cierto que las partes griegas (3, 24-90 y caps. 13-14) se compusieron originalmente en hebreo, aunque no se ha conservado nada del hebreo original. Algunos estudiosos mantienen que el arameo fue la lengua original de 1, 2 - 2, 4a y de los capítulos 8-12. Estos capítulos se tradujeron más tarde al texto hebreo de que disponemos ahora.

Género literario

Los relatos homiléticos de los capítulos 1-6 y 13-14 tienen como género literario un tipo de literatura conocido como «la historia del cortesano con éxito». Este género se encuentra también en el Génesis, Tobías, Judit y Ester, así como en la literatura del antiguo Oriente Próximo. El relato de José es un buen ejemplo. Aunque sus hermanos envidiosos lo venden como esclavo, José, con el tiempo, alcanza una gran prosperidad. Algunos detalles del relato de José tienen eco en los relatos de Daniel. Como José, que es «de noble presencia» (*Gén* 39, 6), Daniel y sus compañeros son «de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, conocedores de la ciencia, expertos en el saber» (*Dan* 1, 4). José se negó a cometer adulterio con la mujer de Putifar, la cual había intentado seducirlo (*Gén* 39, 9). Daniel se negó a «contaminarse con los manjares del rey y con el vino de su mesa» (*Dan* 1, 8). Debido a que Dios le había dado sabiduría para interpretar los sueños del faraón, José fue nombrado superintendente de todo Egipto (cf. *Gén* 41, 1-57). Por cuanto Daniel fue capaz de interpretar el sueño de Nabucodonosor, el rey «lo nombró gobernador de toda la provincia de Babilonia» (*Dan* 2, 48).

El ambiente histórico

La perspectiva histórica de los relatos homiléticos y de los apocalipsis es generalmente la misma. Por lo que se refiere a la secuencia de los reinos y los reyes, Daniel incorpora la tradición popular judía, a pesar de su inexactitud. Así, en los relatos la secuencia es: Nabucodonosor (caps. 1-4) y Baltasar (cap. 5), reyes de Babilonia, Darío el Medo y

Ciro el Persa (cap. 6). En los apocalipsis la secuencia es: Baltasar (caps. 7-8), Darío el Medo (cap. 9) y Ciro (caps. 10-12, con claras referencias a los reinados y reyes helenísticos o griegos). Sin embargo, el autor se interesaba principalmente por el reino greco-seléucida de Antíoco IV Epífanes. Pero sobre este tema me detendré más en la introducción al segundo volumen.

Lectura espiritual de Daniel

Es incuestionable que el Libro de Daniel tuvo un profundo y significativo mensaje para los judíos del siglo segundo a. C. Pero ¿en qué nos concierne a nosotros? ¿Qué significa el libro para unos cristianos que se esfuerzan por permanecer fieles a sus compromisos espirituales y morales y por vivir su fe en el mundo real? Cuestiones como ésta son las que la presente obra intenta abordar. Éste no es un comentario versículo tras versículo. Más bien presentaré sólo aquellos aspectos del ambiente histórico-crítico que son necesarios para una comprensión del libro. El método principal que adoptaré será la crítica literaria, que nos ayudará a apreciar la significación cristiana del libro.

Tengo que subrayar desde el principio que Daniel no habla *de* nuestro tiempo, sino más bien *a* nuestro tiempo. El libro no proporciona un pronóstico del futuro, sino un modelo o ejemplo de cómo había entrado Dios en la historia de los lectores originarios, por un lado, y, por otro, de cómo este mismo Dios quiere verse implicado en las vidas de los creyentes hoy. De esta suerte, debemos tener en cuenta lo que movió a escribir el Libro de Daniel en el siglo II a. C. Tal método nos capacitará para ver cómo Daniel puede hablarnos hoy a nosotros y a nuestras vidas

espirituales. Leer el texto de Daniel y ver en él predicciones de los asuntos del mundo contemporáneo violenta el sentido del texto sagrado y no nos lleva a ninguna parte. Lo que espero hacer es guiar al lector a una lectura que saque *del* Libro de Daniel lo que es significativo para nosotros hoy.

Pero al mismo tiempo tenemos que tomar en serio el hecho de que Daniel tiene también una orientación futura. Después de todo, la profecía y la apocalíptica pretendían ser significativas no sólo para una comunidad particular del pasado, sino también para las que vinieran detrás. El plan y la voluntad de Dios se manifestaron no sólo para los tiempos en que se compusieron los libros bíblicos, sino también para las generaciones futuras. Como observó en cierta ocasión Anthony de Mello, s.j., «la distancia más corta entre un ser humano y la Verdad es un relato». Más a propósito, escribe el poeta Mona Van Duyn: «¿Para qué sirve un relato sino para alivio del dolor provocado por la incompletez, y del terror provocado por el sinsentido?» (*Endings*). Los relatos de Daniel, al igual que los apocalipsis, abordan precisamente el problema del sentido en un mundo caótico.

El frescor perenne del Libro de Daniel ha intrigado e inspirado a artistas y escritores a través de los siglos. El relato de los tres judíos en el horno ardiente (cap. 3) era también popular, pues simbolizaba la resurrección de la muerte. En el sarcófago de Junio Basso (muerto en el 359), que se halla en las grutas de San Pedro en Roma, se representa a Daniel en oración entre dos leones (*Dan* 6, 17-24), una escena pintada por Rubens y muchos otros. Bernini creó una escultura espléndida de Daniel que ahora se expone en la iglesia de Santa Maria del Popolo en Roma. En la cúpula de la basílica de San Marcos, en Venecia, está representado Daniel con los profetas Jeremías, Isaías y Habacuc. Las jambas de la catedral

de Cremona, del siglo XII, reproducen a Daniel con Jeremías, Isaías y Ezequiel.

Sugiero que se lea cada vez un capítulo de este comentario espiritual y que luego se medite sobre el significado del texto de Daniel para nuestra vida personal. Con el fin de hacer más legible cada capítulo por sí mismo sin tener que recurrir constantemente a otros capítulos de este comentario en dos volúmenes, he repetido algunas citas bíblicas y algunas ideas clave, así como información sobre los personajes y sus tiempos. Espero que esta repetición sirva más de ayuda que de distracción al lector.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV., voces *Agua, Anciano, Ángeles/Demonios, Animales, Apocalíptica, Ateo, Ayuno, Belleza, Canon, Daniel, Decálogo, Dios, Elección, Escatología, Fe, Hermenéutica, Judaísmo, Judit, Macabeos (Libros de los), Manos, Milagro, Misterio, Mito, Muerte, Oración, Paz, Reino de Dios, Resurrección, Retribución, Revelación, Sabiduría, Símbolo, Sirácida, Tiempo, Verdad, Vida,* en P. Rossano, G. Ravasi y A. Girlanda, *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Ediciones Paulinas, Madrid 1990.

Alonso Schökel, L. y Sicre, J. L., *Daniel*, en *Profetas* II, Cristiandad, Madrid 1980, pp. 1220-1308.

Bernini, B., *Daniele*, Edizioni Paoline, Cinisello Balsamo (Milán) 1984[3].

Hartmann, L. F. y Di Lella, A. A., *The Book of Daniel*. Anchor Bible 23. Doubleday, Garden City, NY 1978.

Lacocque, A., *Daniel*, en Farmer W.R. (dir.), *Comentario bíblico internacional*, Verbo Divino, Estella 1999, pp. 990-1010.

Marconcini, B., *Daniele: Un popolo perseguitato ricerca le sorgenti della speranza*, Queriniana, Brescia 1982.

Russell, D., *Daniel: An Active Volcano*, Saint Andrew, Edimburgo, 1989.
Ravasi, G., *Daniele e l'apocalittica*, Dehoniane, Bolonia 1990.
Sacchi, P., *L'apocalittica giudaica e la sua storia*, Paideia, Brescia 1990.
Woude, A. S. van der (dir.), *The Book of Daniel*, University Press, Lovaina 1993.

EL LIBRO DE DANIEL
(1-6)

I

«DANIEL DECIDIÓ EN SU CORAZÓN NO CONTAMINARSE» (Dan 1, 1-21)

1En el año tercero del reinado de Yoyaquim, rey
de Judá, vino a Jerusalén Nabucodonosor, rey de
Babilonia, y la asedió. 2El Señor entregó en sus
manos a Yoyaquim, rey de Judá, y parte de los
objetos de la casa de Dios. Los llevó a la tierra
de Sinaar, a la casa de sus dioses, y puso los ob-
jetos en la casa del tesoro de sus dioses.
3El rey mandó a Ašfenaz, jefe de sus eunucos, que
trajera a algunos hijos de Israel, de estirpe real y
de familias nobles, 4jóvenes, sin defecto alguno, de
buen parecer, instruidos en toda sabiduría, cono-
cedores de la ciencia, expertos en el saber y aptos
para vivir en el palacio real, a fin de enseñarles
la escritura y la lengua de los caldeos. 5El rey les
asignó para cada día una ración de manjares rea-
les y del vino de su mesa, para que fueran edu-
cados durante tres años y luego se quedaran al
servicio del rey.
6Se encontraban entre ellos Daniel, Ananías, Mi-
sael y Azarías, que eran de los hijos de Judá. 7El
jefe de los eunucos les puso los nombres siguien-

tes: Daniel se llamaría Beltšassar; Ananías, Šadrak;
Misael, Mešak; y Azarías, Abed-Negó.
8 Daniel decidió en su corazón no contaminarse con
los manjares del rey ni con el vino de su mesa,
y por eso pidió al jefe de los eunucos que no le
obligara a contaminarse. 9 Dios concedió a Daniel
hallar favor y benevolencia ante el jefe de los eu-
nucos. 10 Pero el jefe de los eunucos le dijo a Da-
niel: Temo que el rey, mi señor, que determinó
vuestra comida y bebida, vea vuestros rostros más
macilentos que los de los jóvenes de vuestra edad,
y así expongáis mi cabeza ante el rey.
11 Daniel dijo entonces al guardia que el jefe de los
eunucos había asignado a Daniel, Ananías, Misael
y Azarías: 12 Prueba a tus siervos durante diez días:
danos legumbres para comer y agua para beber.
13 Compara después nuestros rostros y los rostros de
los jóvenes que toman los manjares reales, y actúa
entonces con tus siervos según lo que veas. 14 Acep-
tó él su propuesta y los probó durante diez días.
15 Al cabo de los diez días, aparecieron sus rostros
más hermosos y presentaban mejor semblante que
el de los demás jóvenes que tomaban los manja-
res reales. 16 El guardia suprimió desde entonces los
alimentos y el vino que debían beber y les dio le-
gumbres.
17 Dios otorgó a aquellos cuatro jóvenes conoci-
miento e inteligencia de toda escritura y sabidu-
ría. Daniel, además, poseía el discernimiento de
toda suerte de visiones y sueños.
18 Al cabo del tiempo que el rey había fijado para
que le fueran presentados, el jefe de los eunucos
los llevó ante Nabucodonosor. 19 El rey conversó
con ellos; y de entre todos los jóvenes, no se en-
contró ninguno como Daniel, Ananías, Misael y
Azarías. Quedaron, pues, al servicio del rey. 20 Sobre
cuantos asuntos de sabiduría e inteligencia que el

rey les consultó, los encontró diez veces superiores a todos los magos y adivinos que había en todo su reino. [21]*Daniel permaneció allí hasta el año primero de Ciro.*

Los seis primeros capítulos de Daniel, así como Susana, Bel y el dragón en los capítulos 13 y 14, son relatos independientes de naturaleza moral, no sólo para la comunidad judía de aquel tiempo, sino también para nosotros. Cada relato tiene los mismos elementos básicos: crisis para los héroes judíos; propósito de permanecer fieles; prueba; solución satisfactoria; alabanza a Dios. En este capítulo inicial, Daniel y sus compañeros, escogidos para ser educados para la corte regia, se proponen comer sólo legumbres y beber agua, rehusando el rico alimento y el vino procedentes de la mesa regia. A pesar de su dieta, el resultado es que los judíos están más sanos y tienen mejor aspecto que sus compañeros de estudio y encabezan la lista de su clase.

Babilonia y Jerusalén: estudio de dos realidades en contraste

Babilonia y Jerusalén, las dos ciudades mencionadas en el versículo inicial, simbolizan los temas principales de este capítulo y del resto del libro. Babilonia, nombre que significa «puerta de los dioses», era una de las ciudades más celebradas del mundo antiguo. La ciudad, capital del imperio neobabilonio (caldeo), tenía un conjunto impresionante de edificios majestuosos y amplias avenidas que conducían a las ocho puertas de la doble muralla de la ciudad. El palacio de Nabucodonosor II (605-562 a. C.), que se menciona en 1, 1, estaba adornado con los célebres jardines colgantes, una de las siete maravillas del

mundo antiguo. En tiempos de Nabucodonosor, Babilonia tenía cincuenta y tres templos, el mayor de los cuales era el templo del dios Marduk, jefe del panteón babilonio, con su impresionante torre o zigurat, que es probablemente la base del relato de la ciudad y la torre de Babel en *Gén* 11, 1-9. Cada año, en el aniversario de la coronación de Marduk, se sacaba en procesión por las calles de la ciudad una estatua colosal del dios y se la colocaba en el templo dedicado a él. Esta ceremonia puede estar reflejada en el relato de *Dan* 3. Aquel templo contenía también los vasos sagrados y el oro y la plata que Nabucodonosor había robado del templo de Jerusalén (cf. *2 Re* 25, 13-15), tema que hace de fondo en *Dan* 5. En llamativo contraste con la poderosa Babilonia, Jerusalén era en ese tiempo una ciudad asediada, que pronto sería destruida por el ejército babilonio.

Babilonia ya no existe. Ahora no es más que un *lugar de excavaciones junto a una aldea desconocida* al sur de la moderna Bagdad, capital de Irak. Sin embargo, Babilonia sigue obsesionándonos como un símbolo duradero y como un recordatorio de todo lo corrompido, perverso e inmoral en los acontecimientos e instituciones de los hombres (cf. *Is* 47; *Zac* 5, 5-11). En el libro del Apocalipsis, Babilonia, llamada «madre de las prostitutas y de las abominaciones de la tierra» (*Ap* 17, 5), representa al Imperio romano y sus fuerzas malignas que tratan de suprimir a la Iglesia naciente. «"Regocíjate por ella [Babilonia], cielo; y también los santos y los apóstoles y los profetas. Porque Dios ejecutó la sentencia que reclamabais contra ella". Y un ángel poderoso levantó una piedra, como una gran rueda de molino, y la arrojó al mar, diciendo: "Con este ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad; y no aparecerá nunca jamás. Ya no se escuchará más en ti voz de citaristas y de cantores, de tocadores de flauta y de trompe-

ta, ya no se encontrará más en ti artesano de arte alguna. Ya no se escuchará más en ti el son de la rueda de molino. Y no brillará más en ti luz de lámpara. Y voz de esposo y de esposa no se escuchará más en ti. Porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra. Porque con tus maleficios se extraviaron todas las naciones"» (*Ap* 18, 20-23). Pero Babilonia representa también los errores cometidos por las naciones y sociedades que a lo largo de la historia han suprimido la verdad, perseguido al inocente y dejado de proteger los derechos de los pobres y desvalidos. Los pecados institucionales como el consumismo y el militarismo, el nacionalismo y el racismo, y las leyes que justifican la explotación de las naciones del tercer mundo, con los males que producen, son tan omnipresentes y corrosivos como los pecados personales.

En el otro extremo, Jerusalén simboliza el polo opuesto a Babilonia. Jerusalén, nombre que está asociado con la palabra hebrea que significa paz, consiguió su reputación no por su boato de grandeza y poder (que eran minúsculos), sino porque la ciudad con su templo era el lugar que el Dios viviente, Señor del cielo y de la tierra, había elegido para habitar aquí en la tierra (cf. *Sal* 135, 21; *Eclo* 36, 12; *Is* 27, 13; *Ap* 21, 9-22, 5) y en el que el pueblo de Dios que permanece fiel puede vivir tranquilo y seguro, sin temor alguno (cf. *Tob* 14, 7).

La Babilonia histórica, con sus poderes destructivos, asedió Jerusalén por primera vez el año 597 (cf. *2 Re* 24, 10-12), y de nuevo el año 587 a. C. (cf. *2 Re* 25, 1-10). Pero la Babilonia permanente ha seguido sitiando Jerusalén muchas veces a lo largo de la historia. En el siglo segundo a. C., Babilonia se encarnó en la perversidad de Antíoco IV Epífanes, que persiguió a los judíos sin piedad. En nuestro tiempo, el dominio perverso que Babilonia represen-

ta se puede reconocer en los campos de concentración de los distintos tiranos que han aprisionado, torturado y asesinado a disidentes políticos y a otros a los que no consideraban dignos de vivir.

La mano perversa de Babilonia se reconoce además en la explotación sistemática de los pobres por las ricas y poderosas multinacionales, como también en la corrupción de jueces y funcionarios públicos. Pero los habitantes de la Jerusalén espiritual, gracias a su fidelidad y perseverancia, vencerán al final, como hicieron Daniel y sus tres compañeros.

Daniel y sus compañeros en la corte real

El primer capítulo de Daniel sirve de introducción al libro y de exhortación a ser fieles a los principios religiosos y a no condescender con las propias pasiones. El tercer año del rey Yoyaquim (1, 1) sería el 606 a. C., una fecha ficticia que puede estar basada en *2 Re* 24, 1. El autor de Daniel no se preocupa por la exactitud histórica; simplemente se vale de un marco histórico en que contar su relato para hacerlo más realista. El informe de *2 Cró* 36, 5-7 refiere cómo Nabucodonosor hizo prisionero a Yoyaquim y llevó algunos de los vasos del templo a Babilonia. En 1, 2 se llama a la localidad Sinaar, antiguo nombre de Babilonia (cf. *Gén* 10, 10; 11, 2; 14, 1; *Jos* 7, 21; *Is* 11, 11; *Zac* 5, 11). Como «aquella a la que llamamos rosa, con cualquier otro nombre olería tan suavemente» (Shakespeare, *Romeo y Julieta*, II, 2, 43-44), así el nombre Sinaar tiene aquí todas las malas connotaciones atribuibles a Babilonia.

La teología de la historia es un rasgo importante del Libro de Daniel. Así, el autor recalca que fue el Señor Dios de Israel el que hizo que todos estos de-

sastres se produjeran; no era simplemente la supremacía militar de Babilonia. De hecho, Babilonia fue únicamente el instrumento de que se valía la justicia de Dios para castigar la infidelidad de su pueblo (cf. *Dt* 28, 15-68). Al comienzo, el autor nos recuerda que la historia no es sólo una serie de acontecimientos aparentemente inconexos. Más bien, la historia es el teatro del señorío y providencia de Dios. Sólo Dios detenta la autoridad en Babilonia, como también en Jerusalén y en todos los demás lugares y tiempos. Es bueno que nos percatemos de esta confortante verdad. Cuando sufrimos una desgracia o nos invade el desaliento, o cuando las cosas se tuercen en nuestra vida personal y en la familia, no deberíamos pensar que Dios nos ha abandonado o que se niega a responder a nuestras oraciones. Dios está presente junto a nosotros con su cuidado amoroso incluso cuando, por misteriosas razones, opta por permanecer silencioso.

Nabucodonosor quiere que sólo los mejores sean sus cortesanos. Sólo los israelitas desterrados de estirpe regia o familia noble han de ser trasladados al palacio para servir en la corte babilonia (1, 3). El autor de Daniel puede estar aludiendo aquí a la profecía de Isaías al rey Ezequías: «Y tomarán a tus hijos, salidos de ti, a los que tú engendraste, para que sean eunucos en el palacio del rey de Babilonia» (*Is* 39, 7). A los israelitas desterrados había que «enseñarles la escritura y la lengua de los caldeos» (1, 4). Esto es una referencia a la complicada escritura cuneiforme, a los rituales sagrados babilonios y a la literatura sobre los presagios y los sueños. El término «caldeo» es con frecuencia la locución general que se refiere a los magos, encantadores y brujos entendidos como categoría (cf. 2, 2 y 2, 4-5.10). Los judíos debían ser sin defecto alguno (1, 4); es el mismo requisito que se exigía a los sacerdotes israelitas (cf.

Lev 21, 17-23), como también a los animales destinados al sacrificio (cf. *Lev* 22, 17-25). Estos hombres tienen que ser, asimismo, bien parecidos. La belleza física es un atributo asociado a menudo con la realeza. Saúl, por ejemplo, era un «joven gallardo y de buena presencia. Nadie había entre los israelitas de mejor presencia que él» (*1 Sam* 9, 2; 10, 23). David «era rubio, de bellos ojos y de buena presencia» (*1 Sam* 16, 12). En la Biblia, la belleza física estaba también asociada con la sabiduría, el favor divino y la rectitud (cf. *Gén* 39, 6-23; 41, 39; *Jdt* 8, 7.28-29; 11, 20-21). Esta doble característica, sacerdotal y regia, se encuentra en Daniel y en sus compañeros. Estos detalles narrativos anticipan cómo Daniel y sus compañeros, a causa de su fidelidad a la Ley, resultan ser al final de la historia los mejores y más brillantes de la clase. Pero hay un sesgo irónico en el relato, que se aclarará más en el resto del libro. Daniel recibe su instrucción en la corte pagana. Pero de hecho no sirve tanto a los intereses de los distintos monarcas paganos cuanto a los intereses de Dios. Para asegurar que a los aprendices se les ofrece lo mejor durante los tres años de formación, han de recibir el alimento y el vino de la misma mesa del rey (1, 5).

Los detalles sobre la belleza parecen confirmar un valor que hoy es importante para muchas personas. En nuestra sociedad los que son jóvenes y bellos reciben un trato preferencial y a menudo se cree que son más inteligentes que los otros. Piénsese en la cantidad de tiempo y dinero que invierte la gente en el cuidado del cabello, en su apariencia y en su vestimenta. Sin embargo, el autor de Daniel emplea estos detalles convencionales sobre la belleza simplemente porque los necesita para la trama de su relato. Pablo recuerda a los cristianos de todos los tiempos: «Fijaos, si no, hermanos, quiénes habéis sido llamados: no hay entre vosotros muchos sabios según la carne,

ni muchos poderosos, ni muchos de noble cuna. Todo lo contrario: lo que para el mundo es necio, lo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo que para el mundo es débil, lo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo y lo despreciable, lo que no cuenta, Dios lo escogió para destruir lo que cuenta. De suerte que no hay lugar para el orgullo humano en la presencia de Dios» (*1 Cor* 1, 26-29). En un documento que cabe datar en torno al año 150 d. C. se describe a Pablo como «un hombre de baja estatura, calvo, de piernas torcidas, de constitución robusta, cejijunto y con nariz algo aguileña». Si esta descripción es exacta –y los detalles poco lisonjeros parecen confirmar su autenticidad– hay esperanza para todos nosotros. Cada uno de nosotros –alto o bajo, gordo o flaco, bello o feo, brillante o mediocre– es precioso a los ojos de Dios. Como Pablo, estamos llamados a usar los talentos que tenemos para el servicio de Dios y del prójimo.

Los cuatro jóvenes reciben nombres babilonios

Tras su introducción en la corte babilonia, a Daniel y a sus tres compañeros, Ananías, Misael y Azarías, se les imponen nombres babilonios (1, 7). Es significativo que los nombres hebreos de los héroes judíos nos dicen algo de la teología que subyace a los relatos del libro. Todos los nombres son teofóricos: contienen, como uno de los elementos del nombre, la palabra «Dios», o «JHWH», que es el nombre propio de Dios en el Antiguo Testamento (cf. *Ex* 3, 13-15). Estos nombres preanuncian los actos benevolentes de Dios que se narrarán en los relatos sucesivos. «Daniel» significa «Dios ha juzgado» o «Mi juez es Dios». Este nombre anticipa la sabia in-

tervención de Daniel como juez en la historia de Susana (cap. 13). «Ananías» significa «JHWH ha tenido piedad». JHWH ha sido verdaderamente compasivo con Israel incluso después de haber desterrado al pueblo a Babilonia a causa de la infidelidad de éste a la alianza del Sinaí (cf. *Dan* 3, 95-96). «Misael» significa «¿Quién como Dios?», nombre que sugiere que no puede haber ningún dios como el verdadero Dios de Israel, el único que es Dios, el único que tiene poder para salvar, el único que está presente en todos los tiempos y lugares (cf. *Dan* 2, 47; 3, 14-18). «Azarías» significa «JHWH ha ayudado». Este nombre habla de la continua presencia de Dios por su providencia y su cuidado amoroso del pueblo (cf. 1, 9; 4, 6; 6, 27-28).

El nombre de Daniel es cambiado por el de Beltšassar, que en babilonio es una forma abreviada de «[Marduk o Bel,] protege la vida del rey» (cf. *Is* 46, 1). El cambio de los nombres significa un cambio de destino: *nomen est omen.* Dios cambió el nombre de Abram, por ejemplo, por Abraham, porque Dios lo estaba convirtiendo en «el padre de una multitud de pueblos» (*Gén* 17, 5). Dando nuevos nombres a los cuatro judíos, el oficial regio estaba ejerciendo su poder sobre ellos, porque nombrar a una persona o cosa era un signo de poder sobre la persona o cosa (cf. *Gén* 1, 5. 8. 10; 2, 19-21; *2 Re* 23, 34; 24, 17). Pero aquí hay una ironía, pues a pesar de que a los cuatro héroes judíos se les imponen nombres babilonios como corresponde a funcionarios de la corte de Nabucodonosor, los significados de sus nombres hebreos son lo que prevalece en el libro. Es el Dios de Israel el que protege la vida del rey y no el dios Marduk o Bel (cf. *Dan* 4, 31-34). El cambio de los nombres era una cuestión acaloradamente debatida entre los judíos del siglo segundo a. C. Josué, por ejemplo, sobornó a Antíoco IV para que depusiera

a su hermano Onías III, el sumo sacerdote legítimo, de modo que pudo convertirse en sumo sacerdote. Josué prefirió que se le llamara por su nombre griego Jasón (cf. *2 Mac* 4, 7-14). Aquí, sin embargo, Daniel y sus compañeros no tienen ninguna posibilidad de elección en el cambio de nombres.

La negativa de los judíos a comer de la mesa real

A pesar de que Daniel y sus compañeros están de acuerdo en que se los eduque en una corte pagana, permanecen firmes en la práctica de su fe. Se niegan a tomar parte en la comida y bebida del rey por miedo a contaminarse (1, 8). Ponen en práctica el famoso dicho del Deuteronomio 8, 3: «que no sólo de pan vive el hombre, sino que vive también de todo lo que sale de la boca de Dios» (palabras citadas por el propio Jesús cuando fue tentado después de su prolongado ayuno [*Mt* 4, 4; *Lc* 4, 4]). No se indica la causa por la que se produciría la contaminación. Una de las posibles razones es que la comida podría haber sido impura y, por tanto, estaría prohibida por las leyes de pureza alimentaria (cf. *Lev* 11, 4-47). De ser así, el autor estaría alentando a sus lectores originarios a observar estas leyes (cf. *Tob* 1, 10-11; *Jdt* 10, 5; 12, 17-19; *1 Mac* 1, 63; *Est* 4, 28).

Viene a la mente el relato de *2 Mac* 6, 18-28 sobre Eleazar, uno de los principales escribas. Este anciano de noble apariencia prefirió una muerte gloriosa a una vida en la que estuviera contaminado. Durante la persecución de Antíoco IV se vio forzado a abrir la boca para comer cerdo, pero él lo escupió y «avanzaba espontáneamente hacia el instrumento de suplicio». Los encargados tomaron aparte a Eleazar y le incitaron en privado a que trajera su propia carne legalmente permitida a la comida ritual prescrita por

el rey y que simulara que comía algo de la carne prohibida con el fin de librarse de la muerte. Eleazar se negó rotundamente a prestarse a aquella simulación para no causar infamia y vergüenza a su vejez.

Con todo, una razón más verosímil por lo que se refiere a la contaminación puede ser que el hecho de compartir la mesa real podía significar que se acepta una relación de alianza con el rey y su corte, y por consiguiente una dependencia de estos judíos de la munificencia regia. Compartir una comida era en la antigüedad una de las formas de sellar una alianza (cf. *Gén* 26, 28-30; 31, 44-54; *Ex* 24, 1-2. 9-11; 2 *Sam* 3, 20-21). Hoy también, comer y beber juntos es un signo de amistad, de amor y de intereses comunes. Pero tales comidas pueden también convertirse en ocasión para el mal como, por ejemplo, cuando unos socios de negocios, con gran despilfarro, agasajan a clientes en restaurantes de lujo con la intención de aumentar sus beneficios, violando la ley moral.

Daniel y sus compañeros no se negaron a vivir en una corte pagana y a estudiar la literatura y la ciencia de Babilonia, pues ellos creían que toda sabiduría, incluida la de los paganos, viene de Dios (cf. *Eclo* 1, 1-10). Como Daniel, también nosotros tenemos que vivir en una sociedad esencialmente secular, incluso pagana. No cabe otra opción, salvo que, naturalmente, decidamos retirarnos a la vida claustral. Como Daniel, también nosotros estamos llamados a vivir según nuestros principios religiosos incluso cuando hay riesgo de fracaso. Como Daniel, tenemos que estudiar las ciencias seculares por requerirlo el mundo en que vivimos y trabajamos, pero no deberíamos permitir que el secularismo y el paganismo influyeran en nuestra vida o en nuestras decisiones.

Los judíos prosperan siguiendo una dieta vegetariana

El funcionario de palacio, temiendo por su vida si Daniel y sus compañeros perdían peso y no parecían tan sanos como los que compartían la mesa real, al principio se niega a proporcionar la dieta vegetariana. Pero el oficial cede cuando Daniel le propone un periodo de prueba de diez días para ver si los cuatro tienen peor apariencia que los otros que se alimentaban a cuerpo de rey. El resultado, naturalmente, es que los cuatro parecían más sanos y mejor alimentados que los que comían de la cocina real (cf. 1, 9-16). Todo esto encaja muy bien, pero resulta algo ingenuo.

Algunos puntos para la reflexión

Daniel y sus compañeros se sienten seguros del resultado de la prueba. Pero ¿qué sucede con nosotros que vivimos en el mundo real de hoy en el que la incertidumbre y la ambigüedad son rasgos inevitables de una fe adulta? La fe no se ve siempre recompensada con buenos resultados. Los pecadores medran mientras que los buenos sufren toda clase de adversidades. Los relatos de Daniel son instructivos para nuestra fe de varias formas. El autor de Daniel, como el pueblo que estaba desterrado de la tierra santa, tiene que haberse preguntado dónde estaba el Dios que había hecho tan grandes promesas a los antepasados de Israel. El libro de Daniel prueba para todos los tiempos que Dios es el Señor soberano incluso en Babilonia con su templo grandioso dedicado a Marduk, y no sólo en Jerusalén, el único lugar señalado para el culto sacrificial (cf. *Dt* 12, 2 - 14). Mucha gente de Israel consideraba que Jerusalén era sagrada e inviolable porque Dios había escogido la

ciudad y su templo para ser el lugar privilegiado de su presencia. Pero el profeta Jeremías reprochó con dureza al pueblo por su apego supersticioso a la ciudad santa y al templo. Le recuerda al pueblo que Dios estará presente en medio de ellos sólo si reforman su conducta y sus acciones portándose justamente con los demás y dejando en adelante de oprimir a los débiles (cf. *Jer* 7, 1-15). Como cristianos, también nosotros necesitamos que se nos recuerde que todo apego excesivo a un lugar, incluso a un lugar sagrado como una iglesia o un santuario, puede convertirse en una forma de idolatría que conduce a nuestra condenación. Creer que Dios puede estar presente en un lugar más que en cualquier otro es una forma errónea de religiosidad.

El ejemplo de Daniel demuestra también que los creyentes pueden permanecer leales a su fe y al mismo tiempo vivir y prosperar en una sociedad pagana a pesar de las pruebas y las tribulaciones que pueden tener que soportar. Dios otorga a Daniel y a sus compañeros una inteligencia y un conocimiento superior. Dios dio también a Daniel «el discernimiento de toda suerte de visiones y sueños» (1, 17). El talento de Daniel para interpretar sueños y visiones caracterizará de forma destacada los capítulos 2 y 4. Los cuatro judíos encabezan la lista de su clase. El rey Nabucodonosor preside en persona el examen oral final y encuentra a los cuatro judíos diez veces mejores que los magos y astrólogos de todo su reino (cf. 1, 17-20). Aquí hay otra ironía: Daniel y sus compañeros resultan ser superiores a los expertos paganos incluso respecto a las ciencias de que se ufanaban los babilonios. Como un cuento de hadas, el relato tiene naturalmente un final feliz: de entonces en adelante los héroes viven felizmente.

Sin embargo, los cristianos de hoy no siempre pueden contar con la prosperidad en su vida terre-

na. El éxito no es invariablemente un signo de aprobación divina, como pensaban ingenuamente los puritanos de América. Después de todo, Jesús nos dice: «Quien quiera poner a salvo su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (*Mt* 16, 25; *Mc* 8, 35; *Lc* 9, 24). Los cristianos no deberían valerse de criterios seculares para valorar si sus vidas tienen éxito. Como dijo la Madre Teresa a un periodista después de recibir el Premio Nobel de la Paz en 1978, «el Señor nunca nos llama a tener éxito, sino sólo a ser fieles».

Finalmente, este capítulo nos enseña que hemos de vivir nuestro compromiso de fe incluso en el entorno pagano del mundo de hoy con todos sus atractivos y halagos, sus tentaciones y sus componendas. No hay ningún otro lugar o tiempo en que podamos vivir. El cristiano no puede vivir en el pasado ni en el futuro, sino sólo en el presente. Más aún, no hay tiempos o lugares ideales en que ser cristiano, practicar las virtudes cristianas y vivir un estilo cristiano de vida. No hay edades de oro en la Iglesia; no hay un reino cristiano de Camelot. El tiempo y lugar presentes son los únicos en que Dios nos encuentra y nosotros encontramos a Dios. Lo que este capítulo escenifica es la fidelidad en acción, una fidelidad al Señor y una fidelidad a la conciencia en un mundo pagano.

II

«EL MISTERIO LE FUE REVELADO A DANIEL EN UNA VISIÓN» (Dan 2, 1-23)

1 En el año segundo del reinado de Nabucodono-
sor, tuvo Nabucodonosor un sueño: su espíritu se
turbó de tal modo que le era imposible dormir.
2 El rey mandó llamar a los magos y adivinos, a
los hechiceros y a los caldeos, para que explicaran
al rey aquel sueño. Vinieron, pues, y se presenta-
ron ante el rey. 3 El rey les dijo: Tuve un sueño y
mi espíritu está turbado por el deseo de compren-
der este sueño.
4 Los caldeos respondieron al rey en arameo: ¡Vivas
por siempre, oh rey! Cuenta el sueño a tus sier-
vos y te daremos la interpretación. 5 Respondió el
rey a los caldeos diciéndoles: Es asunto que tengo
decidido: Si no me dais a conocer el sueño y su
interpretación, seréis descuartizados, y vuestras
casas serán convertidas en muladar; 6 pero si me
dais a conocer el sueño y su interpretación, reci-
biréis de mí dones, regalos y grandes honores. Por
tanto, dadme a conocer el sueño y su interpreta-
ción. 7 Respondieron ellos por segunda vez y di-
jeron: Cuente el rey el sueño a sus siervos, y no-

sotros le daremos la interpretación. 8El rey repli-
có: Veo claramente que pretendéis ganar tiempo,
porque sabéis que es un asunto que tengo deci-
dido. 9Ahora bien, si no me descubrís el sueño,
es que habéis tomado vuestra decisión: habéis con-
certado entre vosotros decirme falsedades y men-
tiras mientras pasa el tiempo. Por tanto, decidme
el sueño, y entonces conoceré que podéis darme
su interpretación. 10Los caldeos respondieron al
rey diciéndole: No hay nadie en el mundo que
pueda resolver lo que pretende el rey. Por eso,
ningún rey, por grande y poderoso que fuera, pre-
guntó jamás cosa semejante a ningún mago, adi-
vino o caldeo. 11La propuesta que el rey hace es
tan difícil, que nadie se la puede descubrir al rey,
a no ser los dioses, cuya morada no está entre los
hombres.

12Ante esto, el rey se enfureció terriblemente y
mandó matar a todos los sabios de Babilonia. 13Pro-
mulgado el decreto de dar muerte a los sabios,
buscaron también a Daniel y a sus compañeros
para matarlos.

14Entonces Daniel se dirigió con prudencia y sen-
satez a Aryok, jefe de la guardia del rey, que
había salido a matar a los sabios de Babilonia.
15Tomó la palabra y dijo a Aryok, oficial del rey:
¿Por qué se promulga un decreto tan severo por
parte del rey? Aryok explicó entonces el asunto a
Daniel, 16y Daniel fue a pedir al rey que le con-
cediera tiempo para dar a conocer al rey la in-
terpretación. 17Daniel se fue después a su casa y
comunicó el asunto a sus compañeros Ananías,
Misael y Azarías, 18a fin de que imploraran la
misericordia del Dios del cielo acerca de aquel
misterio, con el objeto de que no mataran a Da-
niel y a sus compañeros con los demás sabios de
Babilonia.

[19]*El misterio le fue revelado a Daniel en una visión nocturna, y por eso Daniel bendijo al Dios del cielo.* [20]*Daniel comenzó a hablar diciendo:*
Bendito sea el nombre de Dios
de eternidad en eternidad,
porque la sabiduría y la fuerza le pertenecen.
[21]*Él es quien cambia los tiempos y los momentos,*
quien depone a los reyes y los entroniza,
quien otorga la sabiduría a los sabios
y la ciencia a los inteligentes.
[22]*Él es quien revela oscuridades y secretos,*
quien conoce lo que hay en las tinieblas,
y la luz mora junto a él.
[23]*A ti, Dios de mis padres, alabo y ensalzo,*
porque me diste sabiduría y poder;
y ahora me has revelado lo que te hemos pedido:
el enigma del rey nos lo has dado a conocer.

En este largo capítulo el rey Nabucodonosor tiene una pesadilla que lo inquieta. Llama a sus «magos y adivinos, a los hechiceros y a los caldeos». Les ordena que le digan, bajo pena de muerte, el contenido del sueño y su significado. Como es natural, los «expertos» babilonios no pueden ayudar al rey. Sólo el extranjero Daniel puede satisfacer la petición del rey. Le dice al rey que su sueño apocalíptico se refiere a una estatua colosal que simboliza cuatro reinos sucesivos: el babilonio, el medo, el persa y el griego.

Los sueños en la Biblia

En el antiguo Oriente Próximo, como también en la Biblia, se consideraba que los sueños eran importantes. En el ciclo de relatos de José que figuran en el Génesis, los sueños se producen con regularidad.

José tuvo un sueño en el que él y sus hermanos estaban atando gavillas en el campo, cuando de repente su gavilla se levantó por encima de las otras, y las gavillas de sus hermanos formaron un círculo en torno a la de José y se inclinaron ante ella. Sus hermanos le preguntaron si lo iban a entronizar como rey sobre ellos, y lo odiaron porque les contaba también sus otros sueños (cf. *Gén* 37, 5-11). Luego vendieron a José a una caravana de mercaderes, quienes a su vez lo vendieron en Egipto a Putifar, un cortesano del faraón. Más tarde José interpreta los sueños del copero y del panadero del rey, que estaban en prisión (cf. *Gén* 40, 1-19), y los del faraón (cf. *Gén* 41, 1-33). El resultado es que José acaba convirtiéndose en un cortesano afortunado en un país pagano, llegando a ser el segundo en el mando en la corte del rey (cf. *Gén* 41, 37-46). En las distintas narraciones de nuestro libro, Daniel y su carrera están modelados en gran medida según los relatos de José.

Dios se revelaba a menudo en sueños. En un sueño le dice el Señor a Salomón que pida lo que desee; él pide sabiduría (cf. *1 Re* 3, 5-15). En el Génesis los sueños son el medio normal de comunicación divina en las historias de Abraham (Cf. *Gn* 15, 12-20), Abimelec (20, 3-7), Labán (31, 24) y Jacob (46, 2-4). En el Nuevo Testamento se les avisó a los magos en un sueño que no volvieran a Herodes (cf. *Mt* 2, 12). Más adelante se le dice a José en un sueño que lleve al niño Jesús a Egipto para evitar el intento de Herodes de matarlo (cf. *Mt* 2, 12). La mujer de Pilato tiene un sueño inquietante a causa de Jesús y le dice a su marido que Jesús es inocente (cf. *Mt* 27, 19).

Pero la Biblia contiene también severas advertencias en relación con los que se fían de los sueños. Así, por ejemplo, *Dt* 13, 2-6 impone la pena de muerte al profeta o soñador que extravía al pueblo del camino del Señor. La amonestación más amplia res-

pecto a los sueños se encuentra en *Eclo* 34, 1-7: «Esperanzas vanas y engañosas para el hombre necio; los sueños dan alas a los insensatos. Como quien agarra una sombra y persigue el viento, así es quien se apoya en los sueños. Una cosa tras otra es la visión de los sueños; ante el rostro la imagen del rostro. De lo impuro ¿qué cosa pura puede salir? Y de la mentira ¿qué verdad puede brotar? Adivinaciones, agüeros y sueños son cosas vanas, como lo que imagina el corazón de la mujer encinta. Como no te visite el Altísimo y te los envíe, no pongas en ellos tu corazón. Que a muchos extraviaron los sueños, y cayeron los que en ellos esperaban». Las profundas intuiciones de Ben Sirá son válidas en todo tiempo y lugar. Este sabio antiguo da el mentís a las prácticas de las llamadas «artes» mágicas que pretenden pronosticar el futuro a clientes crédulos.

No obstante, el interés por los sueños es perfectamente legítimo en la medida en que no exageremos su importancia. Sigmund Freud (1856-1939) propuso muchas teorías sobre los sueños, a los que él llamaba «la vía regia al inconsciente». Aunque los psicólogos están hoy frecuentemente en desacuerdo con las teorías de Freud, los sueños pueden decirnos algo sobre nosotros mismos, nuestras esperanzas y temores, como también sobre nuestros talentos y posibilidades. Cuando aceptó el Premio Nobel de física en 1922, Niels Bohr (1885-1962) dijo que sus sueños le habían mostrado la composición del átomo. Muchos otros han dado cuenta de experiencias similares. Vale la pena meditar el comentario de Carl Jung (1875-1961), fundador de la psicología analítica: «No tengo ninguna teoría sobre los sueños. No sé cómo nacen. Por otra parte, sé que si meditamos sobre un sueño con suficiente tiempo y de forma concienzuda –si lo hacemos nuestro y le damos vueltas una y otra vez– casi siempre sale algo».

Nabucodonosor tuvo un mal sueño que le produjo una gran inquietud (2, 1). De suerte que convocó «a los magos y adivinos, a los hechiceros y a los caldeos», los expertos de su corte, para que le refirieran lo que había soñado (2, 2). El término «caldeo» se emplea aquí casi como sinónimo de astrólogo. Éstos eran los hombres que habían sido instruidos en astrología, magia y brujería, así como en la interpretación de sueños. No se nos dice por qué pregunta el rey a estos hombres por el contenido del sueño. Puede ser que Nabucodonosor no se acordase de su sueño en absoluto, como nos sucede con frecuencia a nosotros cuando nos hemos despertado de una pesadilla. También es posible que el rey estuviese sometiendo a prueba a sus sabios para ver si su pericia era auténtica, como parece indicar 2, 9.

Ellos le piden al rey que les diga el sueño, una petición perfectamente normal. Luego se lo interpretarán (2, 4). Sin embargo, el rey se niega en redondo; al contrario, insiste en que los expertos le digan primero el contenido del sueño y luego su significado. Si se muestran incapaces, serán descuartizados y se destruirán sus casas (2, 5). Un castigo tan cruel y desusado no era algo inaudito en la antigüedad. Las formas asirio-babilonias de ejecución están gráficamente ilustradas en los bajorrelieves descubiertos por los arqueólogos. Asimismo, los códigos de Asiria y Babilonia describen modos espantosos de ejecución del mismo tipo (cf. *Dan* 3, 96; 6, 25 y *2 Mac* 1, 16). Tales métodos bárbaros se practicaban también en la ejecución de católicos en Inglaterra durante la época isabelina y posteriormente durante el «reinado del terror» en la Revolución Francesa. Por desgracia, se siguen produciendo también hoy en muchas partes del mundo, incluso en los llamados países democráticos,

torturas promovidas por el gobierno y formas macabras de ejecución.

Los «expertos» fracasan mientras que Daniel tiene éxito

Los expertos declaran que ningún rey había formulado nunca una exigencia tan inusual (2, 10). Cuando añaden que el rey está pidiendo algo tan difícil que sólo unos seres divinos pueden revelárselo (2, 11), podemos ver cómo la mano hábil del autor anticipa el resultado del episodio. En efecto, de todos los sabios de Babilonia, sólo Daniel, bajo inspiración divina, es capaz, primero, de describir detalladamente el sueño de Nabucodonosor, y luego, de interpretarlo correctamente. Sólo Dios conoce todos los secretos, así como las cosas ocultas del corazón humano. Dios revela tales misterios sólo a los que él escoge.

Daniel demuestra que es superior en las mismas habilidades de que estaban orgullosos los sabios babilonios. A pesar de todos sus esfuerzos y de la instrucción recibida, los expertos paganos no pudieron ofrecer ninguna ayuda a su rey. Vuelven a fracasar en los episodios de los capítulos 4 y 5. Dios no puede ser manipulado por las estratagemas de los magos de Babilonia para revelar lo que el rey quería saber. Puede parecer extraño que estos relatos coloquen a Daniel y sus compañeros entre los «magos, encantadores y brujos» babilonios. Los profesionales de estas «artes» paganas son condenados terminantemente en muchas partes del Antiguo Testamento: «No ha de haber en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien se dé a la adivinación, a la observación de las nubes, a la magia, a la hechicería; nadie que se dedique al encantamiento, ni consulte espíritus y adivinos, ni evoque a los muertos. Es una

abominación ante JHWH cualquiera que haga esto; por tales abominaciones arroja JHWH, tu Dios, a esas naciones de delante de ti» (*Dt* 18, 10-12; cf. *Ex* 22, 17; *Lev* 19, 26.31; 20, 6.27; *Is* 47, 9-15).

Prácticas supersticiosas y límites de la sabiduría humana

La astrología, escrutar las estrellas, leer la mano, consultar la esfera de cristal, leer las hojas de té y las cartas del tarot: éstas y otras prácticas supersticiosas están incluidas en esta condena bíblica. Por ello sería un serio error sacar conclusiones teológicas para hoy por lo que se refiere a la presencia de los cuatro judíos entre los magos babilonios. El autor, aquí, no hace otra cosa que seguir la trama irónica de su propia ficción. En otras palabras, el autor quiere que Daniel y sus compañeros venzan a los paganos en su propio juego. El relato dramatiza el conflicto entre la cosmovisión babilonia y la israelita. Este conflicto perdura hasta nuestros días. Los cristianos deben darse cuenta de que es imposible reconciliar los valores de una sociedad esencialmente pagana, como aquella en que vivimos, con los valores de la fe revelada a la que confiamos nuestras vidas.

El fracaso de los babilonios recalca que existen unos límites claramente definidos para la sabiduría, inteligencia y educación humana. En una era científica como la nuestra necesitamos que se nos recuerde esta importante verdad. La ciencia no puede resolver todos los problemas con que topamos ni llenar los espacios vacíos del espíritu humano. Ni siquiera puede la ciencia responder a todas las cuestiones críticas planteadas por las ciencias mismas. La naturaleza última de la materia y la energía sigue mos-

trándose esquiva a los esfuerzos de los físicos. La mente humana por sí sola es incapaz de sondear los misterios de este vasto universo. Con poesía exquisita, *Job* 39-41 pone de relieve los límites de la comprensión humana. Ni el filósofo ni el humanista secular pueden explicar la razón de nuestra existencia como seres humanos y de nuestro destino último, que es la comunión amorosa con un Dios personal que se preocupa por el hombre y que se implica en los asuntos humanos. Este episodio demuestra lo que hemos dicho anteriormente. Dios dotó a Daniel con «el discernimiento de toda suerte de visiones y sueños» (1, 17), y Nabucodonosor encontró a Daniel y sus compañeros «diez veces superiores a todos los magos y adivinos que había en todo su reino» (1, 20).

Daniel pide audiencia al rey

Puesto que los sabios babilonios fueron incapaces de satisfacer las exigencias del rey, éste monta en cólera y ordena que se los mate (2, 12). Nabucodonosor, como todos los tiranos a lo largo de la historia, exige una obediencia incondicional. No importa que sea difícil o imposible, o que vaya contra una conciencia bien formada. Gobernantes y dictadores de ayer y de hoy no desean ser contrariados. Daniel y sus compañeros están también incluidos en la sentencia de muerte (2, 13) porque se los contaba entre los sabios del país (1, 17-20). Sin embargo, Daniel es un hombre de acción. Él «se dirigió con prudencia y sensatez a Aryok, jefe de la guardia del rey» y preguntó por qué había promulgado el rey un decreto tan severo. Aryok se lo dijo. Entonces Daniel pidió ser recibido en audiencia por el rey en persona (2, 14-16). A veces, es necesario hacer frente a los go-

bernantes, como hizo Daniel. Pero, como Daniel, hay que actuar *prudente* y respetuosamente, y no de forma arrogante o polémica. De lo contrario, la intervención puede acabar en confrontación que incluso puede empeorar las cosas. Siendo humilde y prudente, Daniel logró ser recibido en audiencia por Nabucodonosor. Una gota de miel atrae más moscas que un barril de vinagre.

Fueron la amabilidad cristiana y la humildad desarmante las que permitieron a Francisco de Asís y a uno de sus hermanos, en 1219, obtener una audiencia ante Malik al-Kamil, sultán de los musulmanes de Egipto. El sultán se sintió fascinado por aquellos pobres hombres que estaban en su presencia con tal encanto y dignidad. Si se hacían musulmanes, dijo, les ofrecería las riquezas y placeres de su corte. Naturalmente, ellos se negaron. Le dijeron, por el contrario, que estaban allí para convertir al sultán a la fe cristiana. En lugar de cortarles la cabeza, el sultán sometió a dura prueba a los dos frailes, incitándolos a hollar la cruz. Se extendió delante de Francisco una alfombra suntuosa con cruces bordadas. Sin vacilación alguna, el santo caminó sobre las cruces. Luego le dijo al sultán: «Mira, he caminado sobre las cruces del mal ladrón. Te puedes quedar con ellas si lo deseas. Nosotros nos quedamos con la nuestra, que es la verdadera cruz». Totalmente desarmado por la respuesta del santo, el sultán se mostró de acuerdo en escucharlo sobre la fe cristiana, y luego los despidió en paz.

Daniel ora para obtener la luz

Cuando Aryok informa a Daniel sobre lo que había sucedido, Daniel primero se lo comunica a sus compañeros y luego les pide que oren al «Dios del

cielo» acerca de este «misterio», para no ser ejecutados con los sabios de Babilonia (2, 17-18). En vez de consultar los libros babilonios de sueños en que habían sido instruidos él y sus compañeros (1, 4.17-20), Daniel, que tenía una viva conciencia de lo limitado que era incluso su gran conocimiento (1, 17), apela a la Fuente de toda sabiduría. Daniel, hombre de acción, es también hombre de oración. La acción, incluso la de más noble calidad, no debería extinguir nunca el espíritu de oración. El culto a Dios junto con la oración diaria deben correr parejos con la implicación en nuestra cultura, una cultura que por desgracia considera la fe en Dios como una curiosidad ingenua.

La oración es un rasgo destacado también en otras partes del libro (cf. 3, 24-45.51-90; 6, 11; 9, 3-19; 13, 42-43). Incluso Nabucodonosor y Darío el Medo oran al Dios de Israel cuando Daniel resuelve sus problemas (cf. 3, 95.100; 4, 31-32; 6, 27-28). Daniel, percatándose del apurado trance que tenían que afrontar él y los sabios babilonios, pide la ayuda divina. De ahí que aliste a sus compañeros en un grupo de oración. Acaso sea éste el primer ejemplo bíblico de una casa como lugar de oración. La oración en grupo establece un vínculo común y una solidaridad entre los participantes y refuerza la fe de cada cual. En el Nuevo Testamento encontramos a los cristianos orando a menudo en comunidad con el objeto de recabar ayuda del Señor o para alentarse mutuamente en la fe (cf. *Act* 1, 14; 4, 23-31; 12, 5.12; *Ef* 6, 10-18). La oración de los cuatro judíos no es egoísta. Piden que también se salven los sabios paganos. Pablo nos dice: «Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias» (*Col* 4, 2). El Nuevo Testamento nos exhorta también a orar por los gobernantes: «Ante todo, recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres:

por los reyes y por todos los que ocupan altos puestos, para que podamos llevar una vida tranquila y pacífica con toda religiosidad y dignidad» (*1 Tim* 2, 1-2). Como Daniel, deberíamos orar para que los que están constituidos en autoridad se abstengan de la violencia y protejan al inocente.

Dios acude en su ayuda

El Dios del cielo responde a las oraciones de los cuatro judíos. Como fuente de todo conocimiento y misterio, Dios revela a Daniel de nuevo el sueño del rey y su significado en una visión nocturna (2, 19). La reacción de Daniel es instructiva. No sale corriendo presa de la agitación a decir al rey lo que Dios ha revelado; más bien ofrece inmediatamente al Señor un himno de alabanza y acción de gracias, en una poesía exquisita, por haberle otorgado lo que le había pedido. Como el autor de *Sal* 113, 2 y *Job* 1, 21, Daniel primero bendice el nombre (es decir, la persona o esencia) de Dios «porque la sabiduría y la fuerza le pertenecen» (2, 20). No hay otra fuente de sabiduría humana y angélica y de poder terreno y celestial. Incluso los ciclos de la naturaleza caen bajo el dominio del Dios del cielo que los creó (cf. *Dan* 7, 12; *Act* 1, 7). Los reyes vienen y van porque su poder deriva de Dios, quien controla absolutamente sus destinos. Pablo se expresa en estos términos: «Sométanse todos a las autoridades que ejercen el poder. Porque no hay autoridad sino por Dios; y las que existen, por Dios han sido establecidas» (*Rom* 13, 1; cf. *Jn* 19, 10-11). Daniel es como José, que reconoció que su pericia para interpretar sueños venía de Dios (cf. *Gén* 40, 8; 41, 16). En Daniel también resuenan (2, 21) las palabras del sabio Ben Sirá: «Toda sabiduría viene del Señor y con él está para siem-

pre... El Señor mismo la creó...; la derramó sobre todas sus obras, en toda carne según su medida, y la prodigó en quienes lo aman» (*Eclo* 1, 1.9.10). La sabiduría humana es un don del Señor, y no sólo el resultado del estudio y el esfuerzo, como afirma el primer capítulo de Daniel.

Sólo Dios puede revelar «las cosas profundas y oscuras», como confiesa también *Job* 12, 22. Dios «conoce lo que hay en la oscuridad» puesto que él es la misma luz (*Miq* 7, 8), que aquí se usa simbólicamente para el conocimiento que Dios tiene de todas las «oscuridades y secretos» (2, 22). El contraste entre la luz y las tinieblas constituye un tema recurrente en la literatura del antiguo Oriente Próximo. En el Antiguo Testamento la luz se usa como símbolo no sólo del conocimiento, como sucede en 2, 22, sino también de conceptos tales como la vista (*Tob* 10, 5; 11, 14), la verdad (*Sal* 37, 6; 43, 3; 119, 105.130), la salvación (*Sal* 27, 1), la bondad (*Job* 30, 24), la felicidad (*Sal* 89, 15; 97, 11, *Sab* 18, 1), y la vida misma (*Is* 53, 11; *Miq* 7, 9; *Sal* 49, 19; *Job* 3, 20; 18, 5-6; *Tob* 14, 10; *Eclo* 22, 9). En los rollos del Mar Muerto y en el Nuevo Testamento, la luz y la oscuridad se usan simbólicamente para indicar la verdad y el error (cf. *Lc* 11, 35), el bien y el mal (*Jn* 1, 4-9; 3, 19), la vida y la muerte (*Jn* 8, 12; 12, 46). La «regla de la guerra» de Qumram habla de la enemistad entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Jesús llama a los cristianos «la luz del mundo» (*Mt* 5, 14). Pablo escribe: «Pues en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora, luz en el Señor. Andad, pues, como hijos de luz» (*Ef* 5, 8; cf. *Jn* 8, 12; 12, 36; *1 Tes* 5, 5; *1 Jn* 1, 7; 2, 8-11).

En la conclusión de su oración, Daniel ofrece su acción de gracias y su alabanza al «Dios de mis padres» por darle la sabiduría y el poder y por revelarle el sueño del rey y su significado (2, 23). La ex-

presión «Dios de mis padres» evoca la frase «Dios de vuestros [es decir, de Israel] padres», que se halla en otras partes, especialmente en *Dt* 1, 11.21; 4, 1; 6, 3; 12, 1; 27, 3; *Jos* 18, 3; *2 Cró* 29, 9; *Esd* 8, 28; 10, 11; *Act* 7, 32. La expresión subraya que éste es el mismo Dios que fue adorado y honrado por el Israel de antaño cuando Dios reveló a Moisés su nombre sagrado, JHWH (cf. *Ex* 3, 13-15). Es el mismo Dios al que Jesús nos enseñó a llamar «Padre nuestro» (*Mt* 6, 9-13) y al que Jesús se dirigió como «Padre Santo» (*Jn* 17, 11). Podemos acudir a este Dios con confianza absoluta cuando nos acercamos a él con un corazón sincero (cf. *Heb* 10, 19-23). Porque Dios es un Dios de amor (cf. *1 Jn* 4, 16) y compasión, totalmente trascendente pero también siempre presente para los que ponen su fe en él.

III

«HAY UN DIOS EN EL CIELO QUE REVELA LOS MISTERIOS»
(Dan 2, 24-49)

[24]*Daniel se dirigió después a Aryok, a quien el rey*
había dado el encargo de dar muerte a los sabios
de Babilonia, y le dijo: No mates a los sabios de
Babilonia. Llévame a la presencia del rey, y yo daré
a conocer al rey la interpretación. [25]*Aryok llevó en-*
tonces a Daniel rápidamente a la presencia del rey
y le dijo: He hallado a un hombre entre los de-
portados de Judá que dará a conocer al rey la in-
terpretación. [26]*El rey tomó la palabra y le dijo a*
Daniel, a quien llamaban Belt_assar: ¿Eres tú capaz
de revelarme el sueño que tuve y su interpretación?
[27]*Daniel respondió al monarca diciendo: El misterio*
que el rey desea saber, no hay sabios, ni adivinos,
ni magos, ni astrólogos que puedan revelárselo al
rey; [28]*pero hay un Dios en el cielo que revela los*
misterios, y él ha dado a conocer al rey Nabuco-
donosor lo que sucederá al fin de los días. Tu sueño
y las visiones de tu mente, las que tuviste mientras
estabas en el lecho, son las siguientes:
[29]*En cuanto a ti, ¡oh rey!, mientras estabas en el*
lecho, tus pensamientos se elevaron hacia lo que

habrá de suceder en lo venidero, y el que revela
los misterios te manifestó lo que ha de suceder.
30En cuanto a mí, no me ha sido revelado este
misterio porque tenga yo una sabiduría superior a
la de todos los demás vivientes, sino para dar a
conocer al rey la interpretación, y tú comprendas
los pensamientos de tu corazón.
31Tú, ¡oh rey!, tuviste una visión. Viste una esta-
tua. Era una estatua muy grande y de extraordi-
nario brillo. Se erguía frente a ti, y su aspecto era
terrible. 32La cabeza de esa estatua era de oro puro;
su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus
caderas, de bronce; 33sus piernas, de hierro, y sus
pies, en parte de hierro y en parte de arcilla. 34Es-
tabas mirando, y de pronto se desprendió una pie-
dra de la montaña sin intervención de mano al-
guna, chocó contra los pies de la estatua, que eran
de hierro y de arcilla, y los pulverizó. 35Entonces
se desmenuzaron también el hierro, la arcilla, el
bronce, la plata y el oro, y quedaron como tamo
de las eras en verano. El viento se los llevó sin
dejar rastro alguno; mas la piedra que chocó con-
tra la estatua se convirtió en una gran montaña
que llenó toda la tierra.
36Éste es el sueño. Ahora expondremos al rey su in-
terpretación. 37Tú, ¡oh rey!, eres rey de los reyes, a
quien el Dios del cielo concedió el imperio, el poder,
la fuerza y la gloria. 38En tus manos puso a los
hijos de los hombres, a las bestias del campo y a
las aves del cielo en cualquier lugar donde moren,
haciéndote dueño de todo. La cabeza de oro eres
tú. 39Después de ti surgirá otro reino, inferior al
tuyo; luego un tercer reino, que será de bronce y
dominará toda la tierra. 40Habrá un cuarto reino,
duro como el hierro, semejante al hierro que todo
lo pulveriza y tritura; y, como el hierro que tritu-
ra, así él pulverizará y triturará a todos aquéllos.

41 Los pies y los dedos que viste, en parte de arcilla
figulina y en parte de hierro, son un reino que será
dividido, pero tendrá en sí algo de la solidez del
hierro, puesto que viste el hierro mezclado con ar-
cilla figulina. 42 Y como los dedos de los pies eran
en parte de hierro y en parte de arcilla, una parte
del reino será fuerte y otra parte será frágil. 43 El
hierro que viste mezclado con arcilla figulina signi-
fica que se mezclarán mediante semen humano, pero
no se unirán el uno al otro, como el hierro no se
amalgama con la arcilla. 44 Y en el tiempo de esos
reyes, suscitará el Dios del cielo un reino que nunca
será destruido, y ese reino no será entregado a otro
pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos esos reinos
y él subsistirá eternamente. 45 Por eso viste que una
piedra se desprendió de la montaña sin intervención
de mano alguna, y pulverizó el hierro, el bronce,
la arcilla, la plata y el oro. El Dios grande dio a
conocer al rey lo que sucederá en el futuro. Verda-
dero es el sueño y cierta su interpretación.
46 Entonces el rey Nabucodonosor cayó rostro en
tierra, se postró ante Daniel y mandó que se le
ofrecieran oblaciones y perfumes. 47 Tomando el rey
la palabra, le dijo a Daniel: Verdaderamente vues-
tro Dios es el Dios de los dioses, el Señor de los
reyes y el revelador de los misterios, ya que tú has
podido revelar este misterio. 48 Después, el rey enal-
teció a Daniel y le hizo muchos y grandes rega-
los. Lo nombró gobernador de toda la provincia
de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de
Babilonia. 49 Daniel pidió al rey que pusiera al fren-
te de la administración de la provincia de Babi-
lonia a Šadrac, Mešak y Abed-Negó. Daniel per-
maneció en la corte del rey.

Tras alabar y dar gracias a Dios, Daniel acude ahora en ayuda de los sabios de Babilonia, incluidos

él mismo y sus tres compañeros. Acude a Aryok, a quien hemos encontrado ya en 2, 14, y le dice que no lleve a cabo el decreto regio de ejecución. Daniel refiere al rey los contenidos y la interpretación de su sueño. El rey promueve a Daniel a un alto cargo en el gobierno.

Daniel le da una lección a Nabucodonosor

Accediendo a la solicitud de audiencia, Aryok trae a Daniel a la presencia del poderoso Nabucodonosor (2, 24). Aryok describe a Daniel como uno de «los deportados de Judá» (2, 25), una descripción cargada de ironía, pues es este judío «deportado» el que puede liberar a Nabucodonosor del miedo y de la turbación provocados por su sueño. Se nos dice una vez más en 2, 26 que el nombre babilonio de Daniel es Beltšassar, que significa «[Marduk o Bel], guarda su vida». Conviene no pasar por alto la ironía, pues no es Marduk o Bel ni ninguna otra divinidad babilonia la que guardó la vida de Daniel, sino más bien el verdadero Dios de Israel.

Cuando el rey le pregunta a Daniel si puede referirle el sueño y su significado, Daniel podía haber respondido simplemente con un sí, sin explicar cómo había alcanzado este conocimiento. Sin atribuirse ningún mérito, Daniel ve una oportunidad de darle una lección cortés, pero franca, sobre el fracaso del paganismo y la verdad sobre Dios. Primero explica la inadecuación de la sabiduría babilonia y de las prácticas mágicas, afirmando que los dioses paganos no tienen conocimiento alguno de nada, y mucho menos de algo tan misterioso como lo que soñó el rey. Los profetas de Israel anteriores a Daniel ridiculizaron la idolatría pagana, describiendo a los falsos dioses como «obra de las manos del hombre, madera y piedra»

(*Is* 37, 19). Los ídolos son «dioses que no pueden salvar» (cf. *Is* 45, 20); son completamente «inútiles» (*Jer* 2, 8), «abominables» (*Jer* 7, 30) y «mentirosos» (cf. *Jer* 8, 5). Daniel revela luego al rey que hay un verdadero «Dios en el cielo que revela los misterios» y «lo que sucederá al fin de los días» (2, 28). Daniel reconoce sin dilación que sólo Dios ha mostrado al rey lo que quiere saber.

Podemos aprender de Daniel cómo aprovechar la oportunidad para hablar de Dios y de las realidades últimas. Muchos siguen hoy un estilo de vida que casi se reduce a satisfacer los deseos físicos y sociales, psicológicos y sexuales. A pesar de su prosperidad y abundancia, no están contentos. Se sienten inquietos. Algo les falta. Por eso, en un vano intento de hallarlo, persiguen la riqueza, la posición social, el poder, incluso la gratificación de los sentidos. Pero en realidad lo que están buscando es el sentido, algo que no puede hallarse acumulando más y más o abandonándose a un inacabable círculo de autogratificación. Los cristianos convencidos buscarán y hallarán oportunidades para proclamar en una sociedad consumista que sólo el Señor puede proporcionar la clave para una vida humana significativa. La Madre Teresa de Calcuta ha sido un ejemplo destacado de compromiso, coraje y franqueza cristiana. Practicó lo que el Nuevo Testamento llama en griego *parresía*, que significa «franqueza, llaneza de lenguaje, valor», que no encubre nada ni cierra los ojos ante nada, incluso en presencia de quienes están en las altas esferas.

Especialmente después de recibir el Premio Nobel de la Paz en 1978, la Madre Teresa era muy solicitada para entrevistas y discursos. Sin miedo a hablar francamente, defendió con vigor los principios cristianos que animaron su vida, principios como la veneración por los pobres, la santidad del matrimonio y el respeto a toda vida humana, especialmente de las

personas de edad, los enfermos incurables, los no nacidos. Los cristianos deberían dejarse guiar por Pablo, que oraba diciendo: «para que Dios ponga su palabra en mis labios y me conceda anunciar con valentía el misterio del evangelio, cuyo embajador soy, aun entre cadenas, para que pueda valientemente hablar de él como conviene» (*Ef* 6, 19-20; cf. *Act* 4, 31).

El sueño apocalíptico del rey se refiere al futuro que nadie puede conocer excepto «un Dios en el cielo» que revela los misterios (2, 28-29). En 2, 37 y 44, Daniel modifica ligeramente la locución con «el Dios del cielo». Que la expresión «Dios de/en el cielo» figure tres veces añade énfasis. Repetir una expresión tres veces es la forma hebrea de indicar el grado superlativo, como en *Is* 6, 3: «Santo, santo, santo es JHWH Sebaot». Esta triple repetición evoca la expresión «el Dios grande» (2, 45), que junto con la frase «Dios en/de el cielo», sugiere la total trascendencia de Dios. Dios está completamente más allá y por encima de nuestras capacidades de comprender. Pero ese mismo Dios es también inmanente. Ha querido implicarse en la historia humana. Los dioses de Babilonia, que pretendidamente tenían poder sobre la ciudad y la nación y cuyas imágenes eran hechas por manos humanas, no pudieron hacer nada por Nabucodonosor. La razón es sencilla: no eran dioses en absoluto. En efecto, sólo el Dios del cielo tiene poder y dominio sobre todas las naciones, tiempos y pueblos. Sólo este Dios es supremo. Por eso este Dios puede revelar secretos también en Babilonia.

La confesión de Daniel

Daniel confiesa humildemente que conoce el misterio sólo porque Dios se lo ha revelado, y que no tiene «una sabiduría superior a la de todos los demás

vivientes» (2, 30). No tiene más talento ni está mejor instruido que los demás sabios. Éstos no pudieron conocer el misterio del rey simplemente por medio de su educación. Daniel reconoce la Fuente de su conocimiento de tales misterios. La incapacidad de los sabios paganos trae a la mente lo que Pablo observa en *1 Cor* 1, 19: «Porque escrito está: Destruiré la sabiduría de los sabios, y anularé la inteligencia de los inteligentes».

Los judíos del siglo II a. C. que leían el Libro de Daniel debían de haber quedado deslumbrados y atraídos por la sabiduría, la ciencia y la cultura griegas, que les parecían superiores con mucho a las propias. Se vieron tentados a poner en cuestión su propia sabiduría y herencia religiosa junto con sus creencias y prácticas, que parecían anticuadas para los nuevos tiempos. Los cristianos de hoy pueden experimentar el mismo sentimiento respecto a su propia fe en la llamada época poscristiana. Pueden preguntarse si las viejas creencias cristianas tienen alguna validez en un mundo que ha logrado tan maravillosos avances en tecnología, viajes, comunicación, ciencia, medicina y calidad de vida. El mensaje de Pablo a los primeros cristianos, a los que imponían respeto la literatura y el saber de Grecia, sigue siendo válido hoy: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el filósofo de las cosas de este mundo? ¿No convirtió Dios en necedad la sabiduría del mundo? Y porque el mundo, mediante su sabiduría, no conoció a Dios en la sabiduría de Dios, quiso Dios, por la necedad del mensaje de la predicación, salvar a los que tienen fe. Ahí están, por una parte, los judíos pidiendo señales; y los griegos, por otra, buscando sabiduría. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos; necedad para los gentiles; mas, para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios.

Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios, más poderoso que los hombres» (*1 Cor* 1, 20-25).

Daniel describe e interpreta el sueño apocalíptico

Llegamos ahora a la minuciosa descripción que hace Daniel del sueño del rey. El rey vio una estatua colosal, «de extraordinario brillo» y de «aspecto terrible» (2, 31). Pero ésta no era una estatua ordinaria. Tenía una cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y las caderas de bronce, las piernas de hierro y los pies en parte de hierro y en parte de arcilla (2, 32-33). Una piedra o roca, que «se desprendió de la montaña sin intervención de mano alguna», chocó contra los pies de hierro y arcilla, haciendo que toda la estatua se desmenuzara en polvo fino «como tamo de las eras». El viento se lo llevó todo sin dejar rastro. No quedó nada de la estatua. Pero la piedra que la había destruido se convirtió en «una gran montaña que llenó toda la tierra» (2, 31-35). Éste, como mínimo, fue un sueño extraño, o, por mejor decir, fue un sueño apocalíptico.

Daniel da ahora la interpretación, que no pretende en absoluto consolar o adular la vanidad del rey. Daniel le dice a Nabucodonosor que él es «el rey de reyes», título que significa el más regio o poderoso de los reyes. Ezequiel le da a Nabucodonosor el mismo título (26, 7). Pero en realidad sólo Dios es el «Rey de reyes» (*2 Mac* 13, 4). Nabucodonosor es la cabeza de oro a la que el Dios del cielo había dado «el imperio, el poder, la fuerza y la gloria». Dios otorgó al rey el control no sólo sobre los seres humanos, sino también sobre «las bestias del campo y las aves del cielo» (2, 37-38), una alusión a *Gén* 1, 26-28. Como hemos aprendido por la oración de

Daniel en 2, 21, sólo Dios «depone a los reyes y los entroniza». La misma idea se encuentra en *Jer* 27, 5-6: «Yo [Dios] hice la tierra, al hombre y a los animales que hay sobre la superficie de la tierra, con mi gran potencia y con mi brazo extendido, y la doy a quien parece bien a mis ojos. Pues bien, entrego todos estos países en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias salvajes le entrego para que le sirvan». Así, sin darse cuenta, el poderoso Nabucodonosor es servidor de Dios lo mismo que el rey persa Ciro, que es llamado «ungido» de JHWH en *Is* 45, 1. Sin embargo, a pesar de la grandeza de Nabucodonosor, otro reino, aunque inferior al suyo, tomará su lugar: éste es el significado del pecho y los brazos de plata. Al tercer reino, de bronce, lo sustituirá un cuarto, «fuerte como el hierro», que romperá y sojuzgará a todos los demás. Pero éste será un reino dividido, «en parte fuerte» como el hierro y «en parte frágil» como la arcilla (2, 39-42). Las alianzas matrimoniales de este último reino no durarán, «como el hierro no se amalgama con la arcilla» (2, 43).

Hay un acuerdo general en que los cuatro reinos descritos aquí por el simbolismo apocalíptico de los metales son el babilonio, el medo, el persa y el griego, incluidos los reinos ptolemaico y seléucida, que siguieron a la muerte de Alejandro Magno. Esta secuencia no es históricamente precisa. El autor simplemente se ha apropiado una opinión común respecto a la sucesión de estos reinos. La intención del autor no es dar una lección de historia, sino mostrar que el Dios del cielo controla la historia y que puede reducir a polvo incluso a los reyes más poderosos y sus imperios (2, 21). Aunque hubo una constante disminución de poder e influencia desde la cabeza de oro (el reino babilonio) a los pies de arcilla y hierro (los reinos ptolemaico y seléucida, que a menudo lu-

charon entre sí), cada uno de estos reinos tuvo espantosas consecuencias para los judíos.

Sin embargo, fue la dinastía seléucida la que más afectó a los israelitas de aquellas fechas. Los reinos precedentes ya habían desaparecido y sólo eran un mal recuerdo. Pero los tiranos como el seléucida Antíoco IV seguían teniendo poder absoluto. Él persiguió y martirizó a los judíos que eran fieles a su herencia espiritual (cf. *2 Mac* 6, 1 - 7, 41). Por consiguiente, para los judíos tuvo que haber sido un gran consuelo creer que la perversidad seléucida no duraría y que «en el tiempo de esos reyes suscitará el Dios del cielo un reino que nunca será destruido» (cf. 2, 44). La piedra misteriosa que derribó y pulverizó la estatua monstruosa y que se convirtió «en una gran montaña que llenó toda la tierra» (2, 35) es el reino que durará para siempre (2, 45). Sus miembros son aquellos judíos que perseveraron hasta el final. La imagen de una gran montaña viene de *Is* 2, 2 (cf. *Miq* 4, 1). La idea de un reino eterno reservado para los judíos leales se recogerá de nuevo en el apocalipsis de *Dan* 7. Reyes y reinos, estados y gobiernos, incluso los más poderosos y ricos, vienen y se van, como sabemos por la historia. Sólo el gran Dios y su reino durará para siempre.

El reino de Dios

Hay un detalle importante que no hay que descuidar. La piedra que choca contra la estatua «se desprendió de la montaña sin intervención de mano alguna» (2, 34.45). Así, el quinto reino, el reino que durará para siempre, que sustituirá a los reinos del mundo, es exclusivamente obra de Dios, y no resultado de los esfuerzos humanos. Este rasgo peculiar puede haber sido dirigido originalmente contra los Macabeos, que usaron la fuerza contra aquellos ju-

díos que capitularon ante Antíoco IV (cf. *1 Mac* 2, 22-48). Cuando la gente está oprimida anhela una intervención divina y ruega para que se produzca. Pero la liberación no llega empuñando las armas, sino sólo en el tiempo y del modo establecidos por Dios. Esta lección se ha olvidado a menudo. El resultado es la triste historia de conflictos armados que continúan hasta hoy incluso entre grupos cristianos, como los serbios ortodoxos y los católicos croatas, o los católicos y protestantes de Irlanda del Norte.

Ahora bien, si se acepta en su significado literal la interpretación del sueño dada por Daniel, el cuarto reino, que incluye la dinastía de los seléucidas a que perteneció Antíoco IV, sería el último reino terrestre antes del establecimiento de «un reino que nunca será destruido« ni «entregado a otro pueblo» (2, 44). Sin embargo, después del fin de la dinastía seléucida, este reino eterno que llenaría «toda la tierra» (2, 35) no pareció dejar ningún signo empírico de su presencia. Pero el mensaje escatológico de este relato es claro. Los que permanecen fieles a Dios en cualquier tiempo y lugar pueden llegar a ser miembros del reino perdurable. Este mensaje es el que consoló a los judíos de aquellos días que permanecieron fieles.

El Nuevo Testamento se apropia la imagen de la «piedra» y la aplica a Jesucristo. Así, en *1 Pe* 2, 4-8, leemos: «Acudid a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero ante Dios escogida y preciosa. También vosotros servid de piedras vivas para edificar una casa espiritual ordenada a un sacerdocio santo que ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo. Por eso está escrito: "Mirad que pongo en Sión una piedra angular escogida, preciosa; y el que crea en ella no será defraudado" [*Is* 28, 16]. Lo de preciosa, pues, va por vosotros, los creyentes; mas por los no creyentes: "La piedra que rechazaron los constructores, ésa vino a ser piedra angular" [*Sal* 118,

22], y "piedra de tropiezo y roca de escándalo". En ella tropiezan los que se rebelan contra la palabra; a esto iban a parar» (cf. *Rom* 9, 31-33; *Mc* 12, 10-11; *Mt* 21, 42). El texto de *Lc* 20, 17-18 es todavía más explícito: «Pero él [Jesús], fijando en ellos [en los destinatarios de la parábola de los viñadores homicidas] los ojos, les dijo: "¿Qué significa, pues, aquello que está escrito: La piedra que desecharon los constructores, ésa vino a ser piedra angular? Todo el que caiga sobre esa piedra, se estrellará; y aquel sobre quien ella caiga, quedará aplastado"».

El misterio del reino de Dios es, sin duda, una enseñanza central de Jesucristo. En el Nuevo Testamento, la expresión «reino de los cielos (=Dios)» o «reino de Dios» aparece en noventa y siete versos. Al comienzo de su ministerio, «Jesús comenzó a predicar y a decir: "Convertíos; porque el reino de los cielos está cerca"» (*Mt* 4, 17). El reino está abierto a todos los que se arrepienten sinceramente, porque, como dice Jesús, «no todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 7, 21). Como discípulos cristianos, nuestra vocación primaria es seguir a Jesús y predicar «que el reino de los cielos está cerca» (*Mt* 10, 7). Jesús invierte los valores de su sociedad y también de la nuestra cuando afirma: «Os aseguro que, si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por consiguiente, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos» (*Mt* 18, 3-4).

Estas palabras son difíciles para la gente de hoy que se esfuerza a toda costa por alcanzar el éxito y el ascenso, el poder y el prestigio. Después que Jesús dijo a la gente la parábola del sembrador, «acercándose a él los discípulos, le dijeron: "¿Por qué les hablas por medio de parábolas?" Y él les respondió:

"A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos; pero a ellos, no"» (*Mt* 13, 10-11). El significado es claro: Sólo los que aceptan a Jesús como Señor pueden comprender de qué trata el misterio del reino de Dios. Escribe Pablo: «El reino de Dios no consiste en tal clase de comida o de bebida, sino en justicia y paz y alegría en el Espíritu Santo» (*Rom* 14, 17). Añade el apóstol: «¿O es que no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni lujuriosos, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni calumniadores, ni salteadores heredarán el reino de Dios» (*1 Cor* 6, 9-10).

A causa de nuestra fe en Jesús, «Él [Dios] nos libertó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención, el perdón de los pecados» (*Col* 1, 13-14). «Por lo tanto, al recibir un reino resistente a toda sacudida, mantengamos esta gracia y, usando de ella, demos a Dios el culto que le agrada, con un religioso temor» (*Heb* 12, 28). El reino de Dios es «el misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas, para que se dé ahora a conocer a los principados y potestades en los cielos, por medio de la Iglesia, la multiforme sabiduría de Dios» (*Ef* 3, 9-10). Este misterio es asimismo el misterio de la salvación realizada por medio del sufrimiento de Jesús, y el misterio de la vida eterna conseguida por medio de la muerte de Jesús en la cruz. El Cristo que sufre, muere y resucita es para los «que han sido llamados, tanto judíos como griegos, [el] Cristo [que] es poder de Dios y sabiduría de Dios» (*1 Cor* 1, 24).

Daniel concluye su explicación del sueño apocalíptico diciéndole al rey con plena seguridad: «Verdadero es el sueño y cierta su interpretación» (2, 45). Nabucodonosor no necesita prueba alguna de las pa-

labras de Daniel; conoce por intuición que el judío ha dicho la verdad. Sin embargo, según 2, 46, el rey da la impresión de haber olvidado que Daniel era capaz de responder a las preguntas del rey sólo por revelación de Dios y no gracias a su formación como sabio (2, 28-30). Así que el rey tributa a Daniel lo que tiene todos los visos de ser honores divinos. Cuando Pablo curó al lisiado de Listra, la gente pensó que él y Bernabé eran dioses griegos en forma humana (cf. *Act* 14, 8-14). Llamaron a Bernabé «Zeus» y a Pablo «Hermes». Cuando quisieron ofrecer un sacrificio a los apóstoles, Pablo exclamó: «¿Por qué hacéis esto? También nosotros somos hombres, sujetos a las mismas miserias que vosotros, y os traemos la buena noticia de que debéis convertiros de estas vanidades al Dios vivo "que hizo el cielo y la tierra y el mar y todo cuanto hay en ellos"» (*Act* 14, 15).

Pero aquí los honores divinos tributados a Daniel pueden ser simplemente un modo irónico del autor para vencer, empleando sus propias armas, a los reyes paganos, que a menudo esperaban honores divinos de sus súbditos. Antíoco IV se adjudicó el título de *Epífanes,* que significa «[dios] manifiesto». Aquel tirano fue, sin embargo, todo menos un hombre piadoso; de ahí el apodo popular *Epimanes,* «loco». Jerónimo da una explicación diferente. Escribe que Nabucodonosor «dio culto no a Daniel en cuanto mortal, sino al Dios que en Daniel revela misterios». De hecho, Nabucodonosor proclama en 2, 47 que el Dios de Daniel es «el Dios de los dioses, el Señor de los reyes», como también «el revelador de los misterios». Ésa es la razón por la que, como confiesa el rey, Daniel era capaz de revelar el misterio. Sin embargo, aquí hay otra ironía implícita. Nabucodonosor, que en la vida real estaba a la cabeza de un gran imperio y a quien incluso Daniel llama «rey de los reyes» (2, 37), ahora rinde homenaje a Daniel, un cautivo

de un pueblo de ínfima categoría. Éste es un vuelco asombroso de los valores y las expectativas humanas.

Como es habitual en los relatos del cortesano con éxito (como José en *Gén* 42, 37-44), el rey colma de dones a Daniel y lo promueve a una alta posición como «gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia» (2, 48). Pero, a diferencia de muchos que hoy olvidan sus raíces una vez que han escalado la cima del mundo social o político, Daniel se preocupa por sus tres compañeros. Daniel pide a Nabucodonosor que les confíe los mejores puestos (2, 49).

Pero este final feliz no debería malentenderse. Los dictadores y otros tiranos continúan actuando como si no tuvieran que dar cuenta a nadie, ni siquiera a Dios, y persiguen a los que viven conforme a una fe y unos principios religiosos. Más aún, a nadie se le escapa que los creyentes no siempre son recompensados con honores y un trato respetuoso. La buena gente sigue sufriendo y padeciendo la muerte injustamente. Al ser un misterio, el reino de Dios no es empíricamente verificable en este mundo en que vivimos, sino que sólo es revelado a los seguidores de Cristo (cf. *Mt* 13, 11). No obstante, el reino es tanto una realidad presente como una realidad futura. El reino existe desde ahora en los corazones de los creyentes que viven según la ley de Cristo. El reino pertenece a «los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 3), y a los «perseguidos por atenerse a lo que es justo, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 10). El reino es también una realidad futura. Como dice Jesús en su proceso ante Pilato: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis guardias habrían luchado para que no fuera yo entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (*Jn* 18, 36). El reino alcanza su destino final en la inmortalidad dichosa prometida a los fieles (cf. *Mt* 25, 31-40).

IV

«EL REY NABUCODONOSOR HIZO UNA ESTATUA DE ORO» (Dan 3, 1-18)

[1]El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro de sesenta codos de altura, y la erigió en la llanura de Dura, en la provincia de Babilonia. [2]Después, el rey Nabucodonosor mandó convocar a los sátrapas, prefectos, gobernadores, consejeros, tesoreros, juristas, jueces y a todas las autoridades de la provincia, para que vinieran a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había erigido. [3]Reuniéronse, pues, los sátrapas, prefectos, gobernadores, consejeros, tesoreros, juristas, jueces y todas las autoridades de la provincia, para la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había erigido, y se pusieron ante la estatua que había erigido Nabucodonosor.

[4]El heraldo proclamó en voz alta: A vosotros, pueblos, naciones y lenguas, se os manda lo siguiente: [5]En el momento en que oigáis el sonido de la trompeta, de la flauta, de la cítara, de la sambuca, del salterio, de la cornamusa, y de toda suerte de instrumentos de música, postraos para adorar la estatua de oro que erigió el rey Nabucodonosor.

6El que no se postre y no la adore, será arrojado
al instante en medio de un horno de fuego ar-
diente. 7Por eso, cuando todos los pueblos oyeron
el sonido de la trompeta, de la flauta, de la cíta-
ra, de la sambuca, del salterio, de la cornamusa,
y de toda suerte de instrumentos de música, todos
los pueblos, naciones y lenguas se postraron para
adorar la estatua de oro que el rey Nabucodono-
sor había erigido.
8En aquel instante se presentaron algunos caldeos
y denunciaron a los judíos. 9Tomaron la palabra
y dijeron al rey Nabucodonosor: ¡Vivas por siem-
pre, oh rey! 10Tú, ¡oh rey, has dado un decreto
según el cual todo el que oiga el sonido de la trom-
peta, de la flauta, de la cítara, de la sambuca, del
salterio, de la cornamusa y de toda suerte de ins-
trumentos de música, se postre para adorar la es-
tatua de oro; 11y que el que no se postre y no la
adore, sea arrojado en medio de un horno de fuego
ardiente. 12Pues bien, hay algunos judíos, a quie-
nes pusiste al frente de la administración de la pro-
vincia de Babilonia, es decir, Šadrac, Mešak y
Abed-Nego, los cuales no han tenido en cuenta tu
decreto, ¡oh rey!, no veneran a tu dios y no ado-
ran la estatua de oro que erigiste.
13Furioso entonces Nabucodonosor, mandó traer a
Šadrak, Mešak y Abed-Negó, que fueron condu-
cidos a la presencia del rey. 14Nabucodonosor tomó
la palabra y les dijo: ¿Es verdad, Šadrak, Mešak
y Abed-Negó, que no veneráis a mis dioses y no
adoráis la estatua de oro que he erigido? 15¿Estáis
ahora dispuestos, en el momento en que oigáis el
sonido de la trompeta, de la flauta, de la cítara,
de la sambuca, del salterio, de la cornamusa y de
toda suerte de instrumentos de música, a postra-
ros para adorar la estatua que hice? Pues bien, si
no la adoráis, seréis arrojados al instante en medio

de un horno de fuego ardiente. ¿Y quién es el dios
que podría libraros de mis manos?
[16]*Šadrak, Mešak y Abed-Negó respondieron al rey*
Nabucodonosor diciendo: No necesitamos darte una
respuesta sobre este asunto. [17]*Desde luego, nuestro*
Dios, a quien servimos, puede librarnos y nos li-
brará del horno de fuego ardiente y de tus manos,
¡oh rey! [18]*Pero si no lo hace, sepas, ¡oh rey!, que*
ni aun entonces veneraremos a tus dioses ni ado-
raremos la estatua de oro que has erigido.

Aunque el capítulo 3 es el más largo del libro debido a los extensos añadidos deuterocanónicos, el desarrollo del relato es sencillo y lineal. El rey Nabucodonosor manda erigir una enorme estatua de oro y ordena que todos, bajo pena de muerte, le tributen culto cuando se dé la señal. Los tres compañeros de Daniel permanecen leales a su fe y desafían el decreto real. Entonces los tres judíos son arrojados en un horno ardiente. Pero el calor y las llamas no les causan daño alguno. Cuando el rey ve lo que ha sucedido, manda que los tres hombres salgan del horno y rinde homenaje a su Dios. Este capítulo es, pues, similar al capítulo 6. Los dos relatos tratan de la rivalidad, de la envidia y de la traición a los sabios judíos por parte de los cortesanos paganos.

Šadrak, Mešak y Abed-Negó desafían la orden del rey

Curiosamente, a Daniel, que es el héroe de los dos primeros capítulos como también de los otros relatos y apocalipsis del libro, ni siquiera se le menciona aquí. En cambio, encontramos en el centro de la escena a los tres compañeros de estudio de Daniel, a los que se designa sólo por sus nombres babilonios, Šadrak, Mešak y Abed-Negó. Imponer o cambiar nombres era

un signo de poder. Por ello, el uso de los nombres babilonios debería entenderse como una ironía. Aunque los señores paganos impusieron a los judíos estos nombres, no podían, con todo su poderío, obligarlos a hacer lo que era contrario al dictado de su conciencia. Así, los tres judíos desafían abiertamente la orden de Nabucodonosor de dar culto a la estatua de oro, con el resultado de que son arrojados al horno abrasador. El ángel de Dios viene en su ayuda.

Este relato puede basarse en las palabras de *Is* 43, 1-2: «Pero ahora, así dice JHWH, que te creó, Jacob, que te formó, Israel. No temas, pues te redimo, te llamo por tu nombre, eres mío. Si pasas por las aguas, contigo estoy, si por los ríos, no te anegarán; si andas por el fuego, no te quemarás, y la llama no te abrasará». Es JHWH el que ha llamado a los tres judíos por su nombre, sus nombres hebreos que conocemos por el capítulo 1: Ananías («JHWH ha tenido piedad»), Misael («¿Quién como Dios?») y Azarías («JHWH ha ayudado»). Precisamente como sugieren los significados de estos nombres, el Dios de la misericordia acude en socorro de los tres hombres. Nuestro relato puede ser también un *midrash* o historia edificante basada en *Sal* 66, 10-12: «Cierto, Dios, nos has probado, nos has pasado en el crisol, como la plata; nos has hecho caer en una red y puesto la opresión en nuestros lomos. Dejaste a los humanos cabalgar sobre nuestras cabezas; pasamos por el fuego y por el agua, pero al fin tú nos conduces al alivio». La prueba a que Dios somete a los seres humanos es un motivo común en el Antiguo Testamento (cf. *Gén* 22; *Éx* 17, 2.7; *Dt* 6, 16; *Jdt* 8, 12).

Nabucodonosor, como otros gobernantes absolutos a lo largo de la historia, no es coherente. Al final del relato del capítulo 2 parece confesar la creencia en el Dios de Israel como «el Dios de los dioses, el Señor de los reyes y el revelador de los misterios»,

por citar sus propias palabras (2, 47). Más aún, en aquella historia tuvo un sueño de una estatua colosal hecha de oro, plata, bronce, hierro y arcilla; la estatua lo espantó. Parece que no aprendió nada de aquella experiencia perturbadora. En el presente relato da órdenes para que se fabrique un ídolo gigante de oro macizo induciendo con la intimidación a que todos le rindan culto. Naturalmente, como hemos indicado en la introducción, estas incoherencias bien visibles pueden simplemente sugerir que el autor de este relato es diferente del autor del otro relato. Sea como fuere, el redactor final del libro no vio ningún problema literario ni lógico en permitir que los dos relatos se sucedieran en ese orden.

La estatua tendría «sesenta codos de altura y seis codos de anchura» (3, 1), lo que corresponde a unos treinta metros por tres. Esa inmensa escultura habría sido incluso más grande que los famosos Colosos de Memnón, no lejos de Tebas (Egipto), cada uno de los cuales se había tallado a partir de un único bloque de piedra de unos veinte metros de altura. El ídolo de Nabucodonosor sería más alto que la maciza estatua de granito del más egocéntrico de los faraones de Egipto, Ramsés II (1290-1224 a. C.), en Tebas, que, si no hubiera sido destruido, mediría unos diecisiete metros de altura. Cuando visité Tebas en la primavera de 1963 y contemplé las ruinas de la estatua, pensé en lo que Percy Bysshe Shelly (1792-1822) escribió en su espléndido poema «Ozimandias de Egipto» (Ozimandias es otro nombre con que se designa a Ramsés II):

> Hallé un viajero procedente de un país antiguo
> que dijo: dos piernas de piedra, grandes y sin busto,
> se yerguen en el desierto. Junto a ellas, sobre la arena,
> medio hundido, yace un rostro destrozado...
> Y sobre el pedestal aparecen estas palabras:
> «Mi nombre es Ozimandias, rey de reyes:

¡Mirad mis obras, vosotros los poderosos, y desesperad!»
Nada queda en la cercanía. En torno al desmoronamiento
de aquella colosal ruina, ilimitada y desnuda,
las arenas solitarias y llanas se extienden a gran distancia.

Estas patéticas palabras se aplican también al poderoso y arrogante Nabucodonosor y a sus monumentos.

Las dimensiones del ídolo de Nabucodonosor –«sesenta codos de altura y seis codos de anchura»– se han de entender simbólicamente, no de forma realista, como sugiere la desproporción (diez a uno) de su altura y anchura. En la figura humana la proporción es habitualmente de cinco o seis a uno. Muchos números de la Biblia tienen poco o nada que ver con el cálculo; más bien tienen un valor simbólico. Así, siete –el número de días de la semana– simboliza la perfección o la totalidad. En *Ap* 5, 6, se representa a Jesús como un cordero con siete ojos y siete cuernos. Estas imágenes significan que Jesús tiene perfecto (el número siete) conocimiento (simbolizado por los ojos) y total (de nuevo siete) poder (simbolizado por los cuernos). Otro número importante es el cuatro, que significa la tierra, porque los antiguos creían que la tierra tenía cuatro ángulos. También doce es un número importante; es el número de las tribus de Israel y de los apóstoles. Pero el número seis, al ser uno menos que siete, simboliza la imperfección. El número de la bestia en *Ap* 13, 18 es «seiscientos sesenta y seis», donde el número seis se repite tres veces, siendo tres el número usado para significar la forma superlativa. Así, la bestia es la peor criatura imaginable. De modo semejante, los números de las dimensiones del ídolo de Nabucodonosor sugieren que real-

mente es horrible. Este relato era particularmente significativo para los judíos del siglo II a. C. porque Antíoco IV había mandado erigir en el templo de Jerusalén la imagen de Zeus Olímpico. Esta imagen era «la horrible abominación» a que se hace referencia en *1 Mac* 1, 54; *Dan* 9, 27; 11, 31, y el símbolo del poder romano que profanaría el templo («la abominación de la desolación» de *Mt* 24, 15 y *Mc* 13, 14).

El rey convoca a todos a adorar la estatua

Como en *Jdt* 2, 2, Nabucodonosor convoca a los distintos dignatarios del Estado cuando decide hacer algo importante. Les ordena que acudan a la dedicación de la estatua, y todos ellos, naturalmente, se presentan (3, 2-3). Como monarca absoluto, Nabucodonosor exige obediencia absoluta y no tolera ninguna oposición. Este tipo de pretensión ha sido el sello de los dictadores a lo largo de la historia. Hitler pretendió que sus tropas prestaran juramento de fidelidad solamente a él. Sus órdenes tenían que seguirse al pie de la letra, incluso cuando eran contrarias a la ley moral. Por eso, las temidas tropas SS del Tercer Reich pudieron cometer tan espantosas atrocidades en campos de concentración como Auschwitz, Belsen, Buchenwald, Dachau y Treblinka. En el proceso de Nuremberg, después de la Segunda Guerra Mundial, algunos de los nazis que fueron responsables de estos campos con sus hornos crematorios, trataron de justificar su exterminio de millones de judíos, polacos, gitanos, homosexuales y otras «gentes indeseables» alegando que ellos no eran responsables de sus acciones porque no hacían más que cumplir órdenes.

El heraldo del rey proclama a los «pueblos, naciones y lenguas» (presumiblemente una indicación de la amplia extensión del imperio babilonio). Al so-

nido «de la trompeta, de la flauta, de la cítara, de la sambuca, del salterio, de la cornamusa, y de toda suerte de instrumentos de música», se ordena a todos que se postren y adoren a la estatua de oro. Los que se nieguen a hacerlo serán «arrojados al instante en medio de un horno de fuego ardiente» (3, 4-6). Según *Jer* 29, 22, dos falsos profetas, cuyos nombres eran Sedecías y Ajab, fueron asados en las llamas por el rey Nabucodonosor. Condenar a una persona a la hoguera es una pena que se halla también en la Ley 110 del Código de Hammurabi (1776-1686 a. C.). Cuando la orquesta interpretó su canto, todos se postraron y adoraron al ídolo. Pero no los tres judíos.

No ha cambiado mucho desde los tiempos de Nabucodonosor. Todavía hay mucha gente que oye la orquesta e inmediatamente se postran ante los ídolos de la sociedad actual: los cantantes populares, los actores o los héroes de los mundos político, social y financiero. Otros viven sus vidas según las exigencias insaciables del hedonismo, el consumismo y el utilitarismo, que son incompatibles con la ley de Dios y la conciencia cristiana bien formada.

El heroísmo de Šadrak, Mešak y Abed-Negó

El rabino Elchanan Wasserman, la máxima autoridad rabínica de Europa antes de la Segunda Guerra Mundial, enseñó que el heroísmo significaba algo totalmente diferente de la resistencia armada. Heroísmo significaba la disposición a permanecer fieles al propio credo incluso cuando nos vemos enfrentados con la barbarie, la crueldad y el caos. En 1941, el rabino Wasserman reunió a la comunidad judía de Kovno y les pidió que proclamasen lealtad a su fe a pesar de la temible deportación y muerte que los aguardaban de manos de los nazis. Para estos creyentes, el martirio fue el acto de heroísmo. Otro

tanto cabe decir de Šadrak, Mešak y Abed-Negó. Aunque eran «administradores de la provincia de Babilonia», se negaron categóricamente a seguir los pasos de la masa. Eran ciudadanos honrados y cumplidores de la ley. Sin embargo, había límites a lo que el estado podía exigir. A diferencia de los macabeos, que se enzarzaron en una oposición armada a las fuerzas de Antíoco IV, los tres judíos iniciaron una desobediencia civil y una resistencia no violenta, dispuestos a ser martirizados. Ésta es la clase de resistencia que adoptaron el Mahatma Gandhi (1869-1948) y Martin Luther King (1929-1968) en sus esfuerzos por producir un cambio civil, social y político. La ley de Nabucodonosor era inmoral e iba contra la conciencia de los tres judíos por estar basada en un positivismo legal, esa filosofía perniciosa que afirma que una acción es permisible simplemente porque el poder político ha aprobado una ley que la autoriza o incluso la impone.

A pesar de la amenaza de una muerte atroz, Šadrak, Mešak y Abed-Negó no comprometerían sus principios religiosos simplemente para ser «políticamente correctos» ni para salvar sus vidas. Adoptan una posición firme contra el poder político y sus exigencias legales pero inmorales, como hizo el joven teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer, que fue martirizado por los nazis en 1945. Los cristianos de la Iglesia primitiva fueron acusados del crimen civil de ateísmo porque, al igual que los tres judíos antes que ellos, se negaron a dar culto a los dioses y diosas de la religión estatal romana. También estos cristianos fueron martirizados por su fe.

Como servidores del Dios viviente del cielo, los tres judíos no servirían a un Dios pagano ni darían culto a un ídolo sin vida hecho de oro macizo (cf. 3, 7-12). Aquí vemos a los *confesores* judíos actuando como mártires. De hecho, el relato puede ser una

exhortación a seguir el ejemplo de los mártires heroicos, que prefirieron la muerte a una vida de corrupción, componendas e infidelidad (cf. *1 Mac* 1, 57.60-63; *2 Mac* 6, 8-11.18-31). En *2 Mac* 7 está el relato de una anónima madre judía y sus siete hijos, que fueron apresados y torturados con látigos y azotes por el rey para «obligarlos a que tomaran carne de puerco, prohibida por la ley. Uno de ellos, convirtiéndose en portavoz de los demás, dijo: ¿Qué nos vas a preguntar y qué quieres saber de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que traspasar las leyes de nuestros padres. Enfurecido el rey [Antíoco IV], dio orden de poner al fuego sartenes y calderas. Cuando ya estaban ardiendo, mandó cortar la lengua al que se había hecho portavoz de los otros, arrancarle el cuero cabelludo al modo de los escitas y cortarle las extremidades a la vista de sus demás hermanos y de su madre. Cuando estaba mutilado de todos sus miembros, pero vivo todavía, mandó acercarlo a la hoguera y freírlo en la sartén. Mientras el humo de la sartén se esparcía durante largo rato, se animaban unos a otros junto con la madre a morir valientemente». Cinco de los restantes hermanos fueron cruelmente mutilados y ejecutados de la misma manera. Sólo el hijo más joven estaba todavía vivo. Antíoco prometió «con juramentos que, si se apartaba de las costumbres de sus padres lo haría rico y muy feliz, lo tendría por amigo y le confiaría cargos públicos. Como el joven no le prestara ninguna atención, el rey llamó a la madre y la exhortaba a que se convirtiera en consejera del joven, con el fin de salvarlo... [Ella] se inclinó hacia él y... díjole así en su lengua nativa: Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé en mi seno por nueve meses, que te amamanté por tres años, que te crié, te eduqué y te alimenté hasta la edad que tienes. Te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra. Y viendo todas las cosas

que en ellos hay... No temas a este verdugo; sino que, haciéndote digno de tus hermanos, acepta la muerte, para que en el día de su [de Dios] misericordia te vuelva yo a encontrar con tus hermanos». El joven hijo se negó a obedecer las exigencias del rey. Encolerizado, el rey lo trató incluso peor que a sus hermanos. Finalmente, la madre fue ejecutada.

Los caldeos denuncian a los judíos ante el rey

En nuestro relato es interesante que «algunos de los caldeos» son los que informan al rey de que Šadrak, Mešak y Abed-Negó habían desafiado sus órdenes. La expresión «los caldeos» es, como hemos señalado antes, un nombre colectivo para los sabios babilonios que se menciona también en 2, 2.4.5.10. Parece que podemos deducir que algunos de estos expertos tenían envidia de Šadrak, Mešak y Abed-Negó porque los tres judíos, lo mismo que Daniel, habían encabezado la lista de su clase, según se ha referido en el capítulo primero. Pues bien, aquí tenían la oportunidad de deshacerse de los tres judíos de una vez por todas. Pero estos caldeos son también desagradecidos, pues según el relato del capítulo 2 les debían la vida a Daniel y sus compañeros. Por haber orado estos judíos, Dios reveló a Daniel el misterio del sueño de Nabucodonosor. De esta suerte, la orden del rey de matar a todos los sabios no fue llevada a efecto. Como escribió una vez el poeta francés J. de La Fontaine (1621-1695): «El símbolo de la ingratitud no es la serpiente, sino el hombre».

El rey Nabucodonosor se enfurece cuando se entera del desafío de Šadrak, Mešak y Abed-Negó. Sin embargo, al parecer, el rey se dio cuenta de que los caldeos habían delatado a sus amigos judíos por envidia. Y así, cuando son llevados los tres a su pre-

-cncia, les ofrece la oportunidad de defenderse preguntando si es verdadera la denuncia de que no servirían a su dios ni darían culto a la estatua de oro que había erigido. Él los insta a que se postren y rindan culto al ídolo cuando la orquesta interprete la canción del ídolo. Si no obedecen, sufrirán una horrible muerte arrojados al fuego. Luego les formula la pregunta arrogante y blasfema: «¿Quién es el dios que podría libraros de mis manos?» (3, 15).

Esta pregunta despectiva recuerda las palabras del comandante asirio que habla en nombre del rey Senaquerib: «Así dice el rey: Que no os engañe Ezequías, pues no podrá salvaros; y que Ezequías no os haga confiar en JHWH, diciendo: Ciertamente JHWH nos salvará: esta ciudad no será entregada en mano del rey de Asiria. No escuchéis a Ezequías... Que no os seduzca Ezequías diciendo: JHWH nos salvará. ¿Salvaron acaso los dioses de las naciones a sus respectivos países de la mano del rey de Asiria?... ¿Quién de todos los dioses de aquellos países es el que ha salvado de mi mano a su país, para que JHWH salve de mi mano a Jerusalén?» (*Is* 36, 14-16.18.20). El Señor salvó a Jerusalén de la mano de Senaquerib. «Salió el ángel de JHWH e hirió en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil. Cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todos ellos eran cadáveres, estaban muertos. Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento, se volvió a Nínive y allí se quedó» (*Is* 37, 36-37). Tal es la ruina de la arrogancia blasfema, porque, como observa justamente *Prov* 16, 18, «la arrogancia precede a la ruina, la altivez de espíritu precede al fracaso».

En su orgullo presuntuoso, Nabucodonosor y Senaquerib creen que su poder y autoridad no tienen límites. De modo semejante, Hitler pensaba que su Tercer Reich duraría mil años. Ni Asiria, ni Babilonia, ni el Tercer Reich existen ya. Pero Jerusalén vive

todavía en el Israel de la fe, en los descendientes espirituales de Abraham. «Tened, pues, presente que los que proceden de la fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por fe, anunció de antemano a Abraham: Todos los gentiles serán bendecidos en ti. Así pues, los que proceden de la fe son bendecidos juntamente con el creyente Abraham» (*Gál* 3, 7-9).

Los tres judíos confiesan su fe en Dios

Šadrak, Mešak y Abed-Negó hablan ahora sin miedo. Su conducta trae a la mente las palabras de Jesús: «Os entregarán a los tribunales... Tendréis que comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa... Cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis de antemano de lo que habéis de decir, sino que aquello que se os dé en aquel momento, eso diréis, porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu Santo» (*Mc* 13, 9-11). Los tres judíos dicen al rey que no sienten necesidad alguna de defenderse ni de explicar por qué se niegan a respetar sus exigencias (3, 16). Luego dan al rey una pequeña lección de teología israelita. Dios, si quiere, puede salvarlos del horno ardiente; y ellos oran para obtener la salvación. Pero si Dios no quiere salvarlos, ellos no servirán a un dios pagano ni darán culto a la estatua que ha mandado hacer el rey (3, 17-18). Vemos aquí, en una secuencia dramática, la fe inquebrantable y el impávido valor de los tres *confesores.* Dejan a Dios ser Dios. No intentan controlar a Dios. Sólo Dios es el único que decide si quiere intervenir milagrosamente en los asuntos humanos, y cuándo lo quiere. Esperar otra cosa es hacer de Dios un recurso que exonera de todo trabajo o una conveniencia celestial que está a nuestra disposición.

V

«AZARÍAS, PUESTO DE PIE EN MEDIO DE LAS LLAMAS, ABRIÓ SUS LABIOS Y ORÓ»
(Dan 3, 19-45)

[19]Entonces Nabucodonosor se enfureció y la ex-
presión de su rostro se cambió con respecto a Šadrak,
Mešak y Abed-Negó. Y ordenó encender el horno
con un fuego siete veces mayor del que se solía
encender. [20]Y mandó a algunos de los hombres más
robustos de su ejército que ataran a Šadrak, Mešak
y Abed-Negó, para arrojarlos al horno de fuego
ardiente. [21]Inmediatamente aquellos tres hombres
fueron atados, y con sus calzones, túnicas, gorros
y vestidos fueron arrojados en medio del horno de
fuego ardiente. [22]Y como la orden del rey era se-
vera y el horno estaba muy encendido, la llama
del fuego abrasó a los que habían llevado a Šadrak,
Mešak y Abed-Negó, [23]y estos tres hombres, Šadrak,
Mešak y Abed-Negó, cayeron atados en medio del
horno de fuego ardiente.
[24]Y se paseaban en medio de las llamas, alaban-
do a Dios y bendiciendo al Señor. [25]Azarías, pues-
to de pie en medio de las llamas, abrió sus labios
y oró así:

26 Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, y digno de alabanza;
y glorioso es tu nombre por los siglos.
27 Porque justo eres en todo lo que hiciste,
todas tus obras son verdaderas,
tus caminos son rectos
y todos tus juicios son verdad.
28 Justos fueron tus juicios
en todo lo que trajiste sobre nosotros
y sobre la ciudad santa de nuestros padres, Jerusalén.
Porque, según verdad y justicia, trajiste todo esto por causa de nuestros pecados.
29 Pues pecamos y procedimos inicuamente,
alejándonos de ti,
y delinquimos en todo y no escuchamos tus preceptos;
30 no los guardamos ni procedimos
como nos mandaste para nuestro bien.
31 Y todo lo que nos enviaste
y todo lo que nos hiciste,
con verdadera justicia lo hiciste.
32 Nos entregaste en manos de nuestros enemigos,
hombres inicuos y malvados apóstatas,
y en las de un rey injusto, el más perverso de toda la tierra.
33 Y ahora no podemos abrir nuestra boca:
vergüenza y oprobio cayeron sobre tus siervos y tus adoradores.
34 No nos abandones para siempre, por tu nombre,
no repudies tu alianza,
35 no apartes de nosotros tu misericordia,
por amor de Abraham, tu amigo,
de Isaac, tu siervo,
y de Israel, tu santo,
36 a quienes prometiste
multiplicar su estirpe como las estrellas del cielo

y como las arenas de la orilla del mar.
[37]*Porque hemos venido a ser, Señor,*
la más pequeña de todas las naciones,
y estamos hoy humillados en toda la tierra por causa de nuestros pecados.
[38]*Ahora no tenemos ni jefe, ni profeta, ni príncipe,*
ni holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso,
ni lugar donde ofrecerte las primicias
y encontrar misericordia.
[39]*Mas con ánimo contrito y espíritu humillado seamos acogidos,*
como con holocaustos de carneros y de toros,
y como miríadas de corderos cebados;
[40]*sea hoy así nuestro sacrificio ante ti,*
que te sea agradable y que plenamente te sigamos,
pues no habrá confusión para los que en ti confían.
[41]*Y ahora, con todo el corazón te seguimos y tememos*
y buscamos tu rostro. No nos confundas;
[42]*antes obra con nosotros según tu clemencia,*
y según la grandeza de tu misericordia.
[43]*Líbranos según tu portentoso poder,*
y da gloria a tu nombre, Señor.
[44]*Sean confundidos los que hacen mal a tus siervos,*
sean cubiertos de vergüenza,
privados de todo su poder y dominio,
y su fuerza sea quebrantada.
[45]*Sepan que tú eres el único Dios y Señor,*
glorioso en toda la tierra.

La cólera de Nabucodonosor contra Šadrak, Mešak y Abed-Negó no conoce límites. No hay que contrariar a tiranos como él. Por eso ordena «encender el horno con un fuego siete veces mayor del que se solía encender» (3, 19). Nuevamente aquí el número es simbólico; «siete» indica totalidad o perfección. Así el horno alcanza el grado máximo de tempera-

tura. Luego el rey llama, no a sus servidores ordinarios, sino a «los hombres más robustos de su ejército» para que aten a los tres judíos disidentes y los arrojen al horno ardiente. Aquí se juega con la ironía. Se necesitan los soldados más fuertes para atar, no a unos adversarios poderosos, sino a unos judíos indefensos, que sólo se encomiendan al poder de Dios para verse protegidos. Los tres *confesores* son arrojados al horno «con sus calzones, túnicas, gorros y vestidos» (3, 21), detalles importantes que caracterizarán el cenit del relato en 3, 94.

Šadrak, Mešak y Abed-Negó, arrojados al horno

El fuego del horno era tan enorme que «la llama del fuego abrasó a los que habían llevado a Šadrak, Mešak y Abed-Negó» (cf. 3, 22).Nuestro autor recurre de nuevo a la ironía. Los soldados más fuertes del rey son consumidos por el mismo fuego que hicieron para quemar a los tres judíos aparentemente indefensos. Pero «estos tres hombres cayeron atados en medio del horno de fuego ardiente» y «se paseaban en medio de las llamas, alabando a Dios y bendiciendo al Señor» (3, 23-24). Nótense los llamativos contrastes: el poderoso Nabucodonosor, enfurecido y rodeado por sus más fuertes soldados; y Šadrak, Mešak y Abed-Negó, en el horno ardiente y entonando sus alabanzas jubilosas a Dios. Muchos otros mártires han ido a la muerte cantando himnos al Señor.

La oración de Azarías

Azarías ora en voz alta. Su oración (3, 26-45) es un lamento penitencial como los Salmos 51 y 106 y las oraciones de *Esd* 9, 6-15, *Dan* 9, 4-19 y *Bar* 1,

[illegible] 3. Es un examen conmovedor de los pecados cometidos por Israel en el pasado: todas las violaciones de la Alianza sellada en el Sinaí. Estos actos de deslealtad fueron la causa de que la nación sufriera la derrota y el destierro precisamente como Dios había prometido en *Lev* 26, 14-43 y en *Dt* 28, 15-68. No obstante, Azarías comienza con palabras de alabanza: «Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, y digno de alabanza» (3, 26). Algunos himnos de los manuscritos de Qumram, junto al Mar Muerto, comienzan con palabras similares. La razón estriba en que Dios ha sido recto y justo en lo que ha hecho a Israel (3, 27-33). Y es que Dios es absolutamente fiel a sus promesas incluso cuando ello entraña la destrucción de la nación y el destierro del pueblo elegido. La justicia de Dios –celebrada también en *Sal* 119, 137; en *Tob* 3, 2; y en 13, 6– es un tema que asimismo se apropia el Nuevo Testamento (cf. *Ap* 16, 7 y 19, 2). Incluso Nabucodonosor exalta y glorifica «al rey del cielo, cuyas obras son todas verdad y sus caminos justicia» (4, 34).

De particular importancia en 3, 27-33 es lo que el autor afirma sobre las razones por las que estas catástrofes sobrevienen a los judíos. Declara: «Nos entregaste en manos de nuestros enemigos, hombres inicuos y malvados apóstatas, y en las de un rey injusto, el más perverso de toda la tierra» (3, 32). Está claro que ese rey es Nabucodonosor: Por su crueldad, que se ha descrito previamente en este capítulo, un judío piadoso podía fácilmente describirlo como el tirano peor del mundo. Pero el autor deja claro que Nabucodonosor era capaz de destruir Jerusalén y desterrar al pueblo no simplemente por su poder militar, sino porque Dios había convertido al ejército babilonio en instrumento de su juicio (cf. 3, 31). La misma idea se expresa en 1, 2. La frase «no podemos abrir nuestra boca» significa que el pueblo,

debido a su deslealtad, no tenía derecho alguno a lamentarse de la «vergüenza y el oprobio» que Dios le ha infligido (3, 33).

No obstante, Azarías habla en nombre del resto fiel del pueblo (cf. 3, 34-37). Sus palabras son instructivas sobre el modo como hemos de acercarnos a Dios en la oración. «No nos abandones para siempre, por tu nombre, no repudies tu alianza» (3, 34). Azarías recuerda a Dios que su mismo honor debería impulsarlo a acudir en ayuda de su pueblo. Los creyentes no deberían tener miedo alguno de acercarse a Dios y hablarle francamente de sus dificultades. La clave para este acercamiento íntimo a Dios es el arrepentimiento y la humildad. En su intento por salvar Sodoma, Abraham regatea atrevidamente con Dios sobre el número de personas inocentes necesario para no aniquilar la ciudad perversa. Abraham le recuerda incluso a Dios que los inocentes no deberían morir con los culpables y que «el juez de todo el mundo actuará con justicia» (cf. *Gén* 18, 23-32). Orar es estar abierto a Dios que nos ama y no tener miedo alguno en hablar de lo que llevamos en nuestro corazón.

El gran Jeremías nos sirve de ejemplo. Tuvo una época difícil en su ministerio profético. Y se quejó amargamente a Dios: «Tú me sedujiste, JHWH, y yo me dejé seducir. Fuiste más fuerte que yo y contra mí prevaleciste. Sirvo de irrisión todo el día; todos ellos se burlan de mí. Siempre que hablo, tengo que gritar: ¡Violencia y opresión! Esto es lo que proclamo. La palabra de JHWH me resulta oprobio y escarnio todo el día. Pensé: No me acordaré más de él, no hablaré más en su nombre. Pero había en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos; me esforzaba por contenerlo, pero no podía... ¡Maldito el día en que nací! ¡El día en que me alumbró mi madre no sea bendito! ¡Maldito el hombre que anunció a mi padre: "Te ha nacido un hijo varón",

llenándolo de gozo! Sea este hombre como las ciudades que subvirtió JHWH sin compasión; oigo un grito por la mañana, un alarido al mediodía, porque no me hizo morir en el seno, y mi madre hubiera sido mi sepulcro y yo en su seno su eterna preñez. ¿Por qué salí del seno, para ver dolor y pena y para que mis días se vayan consumiendo en la vergüenza?» (*Jer* 20, 7-9.14-18). Estas palabras profundamente conmovedoras pueden parecernos fuera de lugar y cercanas a la falta de respeto, incluso a la blasfemia. Pero ésta es una verdadera oración, una oración profundamente apasionada y sincera de un profeta que se toma su misión en serio y tiene la honradez de decir a Dios exactamente los sentimientos que esa misión le produce (cf. las otras «confesiones» del profeta en *Jer* 12, 1-4; 15, 10-11.15-21; 17, 14-18; 18, 18-23).

Azarías suplica misericordia

Azarías despliega ahora todos sus recursos. Suplica a Dios que no retire su misericordia «por amor a Abraham, tu amigo» (3, 35). La tradición bíblica considera a Abraham «el amigo de Dios» (cf. *Is* 41, 8; 2 *Cró* 20, 7; *Sant* 2, 23). Fue a Abraham a quien Dios se reveló primero. Abraham fue llamado del paganismo a una tierra que Dios le mostraría. Dios haría de él una gran nación, y todas las naciones de la tierra serían bendecidas en él. Abraham obedeció a la llamada de Dios (cf. *Gén* 12, 1-4), y así se convirtió en nuestro padre en la fe (*Rom* 4, 16). En *Gén* 15, 5 y 22, 17 se le prometió a Abraham la multiplicación de su estirpe «como las estrellas del cielo y como las arenas de la orilla del mar» (3, 36). A Israel, al que Azarías llama «tu santo» (3, 35), se le llama más frecuentemente «el siervo de Dios» (cf. *Is* 41, 8; 44, 1-2.21; 45, 4; 48, 20; 49, 3).

Azarías alude a *Dt* 28, 62 para indicar qué pocos son los que quedan del pueblo elegido, y luego confiesa una vez más que por causa de sus pecados están «hoy humillados en toda la tierra» (3, 37). Jerónimo aplica este verso a la Iglesia cuando pasa por pruebas a causa de los pecados de los cristianos. La confesión de Azarías es un recuerdo saludable de que el pecado no se puede liquidar como si no tuviera ninguna consecuencia para la persona, la nación o la comunidad religiosa. Naciones e imperios tan poderosos como el egipcio, el babilonio y el persa se construyeron con la fuerza de las armas y florecieron por cierto tiempo, para luego debilitarse y desaparecer por completo, principalmente a causa de la decadencia moral del pueblo y sus líderes. En Occidente, el vasto Imperio romano se descompuso desde dentro mucho antes de que las fuerzas exteriores del jefe germano Odoacro lo destruyeran el año 476. En nuestros mismos días, otro imperio se ha disuelto, en primer lugar, por la quiebra de la ideología atea que inspiraba el gobierno y la economía, y también por su negación de los derechos básicos civiles y políticos. La corrupción en el gobierno, los negocios y la vida privada, la explotación de los pobres, la violación del derecho a la vida y otros tipos de pecado afectan a una sociedad y la llevan a su decadencia última. Una nación y un pueblo ignoran la ley de Dios en su propio perjuicio. Éste es el punto que Azarías expone con tanta elocuencia y pasión cuando lamenta que en su día ellos no tienen «ni jefe, ni profeta, ni príncipe» (3, 38). Un lamento semejante, compuesto después de que los babilonios destruyeran Jerusalén el año 587 a. C., se deja oír en *Lam* 2, 9.

Puesto que el pueblo no puede ya ofrecer los sacrificios litúrgicos prescritos, Azarías pide al Señor que acepte en cambio un «ánimo contrito y un es-

píritu humillado... como si fueran holocaustos de carneros y de toros...». Y añade: «y que plenamente te sigamos, pues no habrá confusión para los que en ti confían» (cf. 3, 38-40). Aquí vemos la esencia y el espíritu de la verdadera religión: la oración, el arrepentimiento, la humildad, seguir el camino del Señor sin reservas. Si faltan éstos, la liturgia y el sacrificio carecen de valor. Recordemos las palabras de Isaías: «¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios? –dice JHWH–. Estoy harto de holocaustos de carneros y de grasa de cebones; la sangre de toros, corderos y cabritos no me gusta. Cuando venís a presentaros a mí, ¿quién buscó de vosotros que pisarais mis atrios? No sigáis trayendo vana ofrenda, el incienso me es abominable. Novilunios, sábados, asambleas: crimen con festividad no lo soporto. Vuestros novilunios y vuestras solemnidades yo las detesto; son para mí una carga que estoy cansado de llevar. Cuando extendáis vuestras palmas, ocultaré de vosotros mis ojos; aunque multipliquéis las oraciones, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre: lavaos, purificaos, apartad vuestras malas acciones de delante de mis ojos; cesad de obrar el mal, aprended a obrar el bien; buscad lo que es justo, enderezad lo violento; defended al huérfano, proteged a la viuda» (*Is* 1, 11-17; cf. *Am* 5, 21-24).

La liturgia –no importa lo bella, artística y emocionalmente satisfactoria que sea– es peor que una pérdida de tiempo si se convierte en sustitutivo de una vida recta. Isaías la califica de detestable a los ojos del Señor. La liturgia, si ha de ser acepta al Señor, debe ser una celebración de la vida del creyente con Dios, una vida de justicia y compasión, de comportamiento moral y de preocupación por los pobres y oprimidos (cf. *Eclo* 34, 21-27; 35, 1-5). Lo que Azarías lamenta es el fracaso del pueblo en seguir tal género de vida.

Seguidamente, la oración de Azarías se traduce en una firme resolución de seguir al Señor sin reservas, «con todo el corazón» (3, 41), una frase tomada de las bien conocidas palabras de *Dt* 6, 5: «Amarás a JHWH, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Azarías concluye con un ferviente ruego a la bondad y a la gran misericordia del Señor. Implora la salvación para que «des gloria a tu nombre, Señor» (cf. 3, 43). Ora también por la derrota de sus enemigos para que puedan saber «que tú eres el único Dios y Señor, glorioso en toda la tierra» (3, 45). Un ruego semejante se expresa también en *Dan* 4, 14; *1 Re* 20, 28; *2 Re* 19, 19; *Sal* 59, 13; *Is* 37, 20; *Ez* 25, 11; 30, 19; *Bar* 2, 14-15.

Jesús, sin embargo, nos manda que tengamos una actitud diferente hacia nuestros enemigos: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen: así seréis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt* 5, 43-45).

VI

«EN EL HORNO, CON UNA SOLA BOCA, CANTABAN LOS TRES»
(Dan 3, 46-90a)

46 *Los servidores del rey que los habían arrojado*
al horno, no cesaban de atizar el fuego con betún,
pez, estopa y sarmientos, 47 *de tal manera que las*
llamas se elevaban cuarenta y nueve codos por en-
cima del horno 48 *y, saliendo hacia fuera, abrasa-*
ron a todos los caldeos que se encontraban alre-
dedor del horno. 49 *Pero el ángel del Señor bajó al*
horno con Azarías y sus compañeros, echó fuera
del horno las llamas de fuego, 50 *e hizo que en*
medio del horno soplara un viento de brisa, de tal
modo que el fuego no los tocó en absoluto, ni les
causó daño ni molestia alguna. 51 *Entonces los tres,*
como con una sola boca, cantaban, glorificaban y
bendecían a Dios diciendo:
52 *Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres,*
loable y sumamente ensalzado por los siglos.
Bendito tu glorioso y santo nombre,
y sumamente loable y ensalzado por los siglos.
53 *Bendito eres en el templo de tu santa gloria,*
y sumamente alabado y glorificado por los siglos.
55 *Bendito tú, que sondeas los abismos,*

sentado sobre querubines,
loable y sumamente ensalzado por los siglos.
[54]*Bendito eres sobre el trono de tu reino,*
y sumamente alabado y ensalzado por los siglos.
[56]*Bendito eres en el firmamento del cielo,*
y alabado y glorificado por los siglos.
[57]*Obras todas del Señor, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[59]*Cielos, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[58]*Ángeles del Señor, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[60]*Aguas todas que estáis sobre el cielo,*
bendecid al Señor,
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[61]*Potencias todas del Señor, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[62]*Sol y luna, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[63]*Astros del cielo, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[64]*Lluvias todas y rocío, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[65]*Vientos todos, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[66]*Fuego y bochorno, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[67]*Frío y calor, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[68]*Rocíos y escarchas, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[69]*Hielo y frío, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[70]*Hielos y nieves, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[71]*Noches y días, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.

[72]*Luz y tinieblas, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[73]*Relámpagos y nubes, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[74]*Bendiga la tierra al Señor,*
alábelo y ensálcelo por los siglos.
[75]*Montes y colinas, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[76]*Cosas todas que germinan en la tierra,*
bendecid al Señor,
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[77]*Fuentes, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[78]*Mares y ríos, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[79]*Monstruos marinos y todo lo que se mueve*
en las aguas, bendecid al Señor,
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[80]*Aves todas del cielo, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[81]*Bestias todas y ganados, bendecid al Señor*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[82]*Hijos de los hombres, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[83]*Israel, bendice al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[84]*Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[85]*Siervos del Señor, bendecid al Señor,*
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[86]*Espíritus y almas de los justos,*
bendecid al Señor,
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[87]*Santos y humildes de corazón,*
bendecid al Señor,
alabadlo y ensalzadlo por los siglos.
[88]*Ananías, Azarías y Misael,*

bendecid al Señor,
alabadlo y ensalzadlo por los siglos,
porque nos libró del hades,
nos salvó de la mano de la muerte,
y nos sacó de en medio del fuego.
89*Dad gracias a Dios, porque es bueno,*
porque es eterna su misericordia.
90a*Adoradores todos del Señor,*
bendecid al Dios de los dioses,
alabadlo y dadle gracias,
porque es eterna su misericordia.

Curiosamente, en la versión de Teodoción de este relato, el enunciado contenido en 3, 46, «los servidores del rey... no cesaban de atizar el fuego», contradice lo que se dijo en 3, 22, «la llama del fuego abrasó a los que habían llevado a Šadrak, Mešak y Abed-Negó». Pero esta contradicción puede indicar que esta sección puede tener un traductor diferente del que tradujo el relato originario. Los *Setenta* eluden esta dificultad distinguiendo entre los hombres que arrojaron a los tres judíos en el horno y los hombres que siguieron atizando las llamas. Ahora les llega a los tres jóvenes judíos el turno de cantar un himno de alabanza en el horno ardiente.

El horno llameante

Se nos refiere un nuevo detalle: «Las llamas se elevaban cuarenta y nueve codos por encima del horno» (3, 47). Aquí nuevamente el número no se ha de entender literalmente, sino simbólicamente. El número cuarenta y nueve es igual al número siete (que simboliza totalidad o perfección) multiplicado por sí mismo. Y así, las llamas alcanzaron una perfecta altura para indicar el poder salvador de Dios

incluso en un infierno tan violento. En contraste, el ídolo de oro de Nabucodonosor tiene una altura de sesenta codos y una anchura de seis codos, dos números que simbolizan imperfección, como hemos visto arriba en 3, 1. Estas llamas son perfectas para los propósitos de Dios: queman a los caldeos que estaban cerca.

El ángel acude en su ayuda

Ahora se produce una intervención todavía más espectacular para neutralizar las llamas que alcanzaron tanta altura. «El ángel del Señor» desciende y echa «fuera del horno las llamas de fuego» (3, 49). En otras partes del Antiguo Testamento, «el ángel del Señor» es una personificación del poder de Dios o representa a Dios mismo (cf. *Gén* 16, 7-11; 22, 11.15; *Éx* 3, 2; *Núm* 22, 22-35; *Jue* 6, 11-12). Pero aquí tenemos una persona de naturaleza angélica que aparece como un cuarto individuo presente en el horno (cf. 3, 92). Cabe observar que el ángel desciende sólo al final de la oración de Azarías (cf. 3, 26-45). Éste no sólo echa fuera las llamas, sino que también transforma el interior del horno, haciendo «que en medio del horno soplara como un viento de brisa» (3, 50). Ésta es una hipérbole en su expresión más colorida al servicio de una teología como relato. La maldad humana, representada por las llamas altísimas, no puede competir con la misericordia y fidelidad de Dios, representada en el ángel y la brisa fresca que trae.

El cántico de los tres judíos

Los tres judíos entonan ahora su canto para glorificar y bendecir al Señor. Nabucodonosor tenía su

orquesta con su «trompeta, flauta, cítara, sambuca, salterio, cornamusa y toda suerte de instrumentos de música» (cf. 3, 5.7.10.15) para deslumbrar a las multitudes con el fin de que obedecieran la orden regia de adorar al ídolo. Pero la musicalidad de las palabras de Šadrak, Mešak y Abed-Negó resulta mucho más bella para el oído y más satisfactoria para el espíritu humano. El cántico está dividido en tres partes: alabanzas dirigidas directamente a Dios: «Bendito eres tú...» (3, 52-56); alabanzas indirectas en que se invita a distintas criaturas a participar (3, 57-88b); y alabanzas por la intervención extraordinaria a favor de los tres judíos (3, 88c-90). Las tres partes tienen el mismo género literario (poesía lírica) en forma de himno. Hay un par de fórmulas fijas en cada una de las dos primeras partes: «Bendito eres» y «sumamente alabado y ensalzado por los siglos» (3, 52-56); (2) «Bendecid al Señor» y «alabadlo y ensalzadlo por los siglos» (3, 57-88b). Tales fórmulas se encuentran también en otros salmos. Por ejemplo, el salmo 136 tiene al final de cada verso el estribillo «pues su amor es eterno» (cf. *Sal* 103, 1-2.20-23; 150, 1-5). Estas fórmulas son al estilo de las aclamaciones o estribillos de las letanías.

Francisco de Asís siguió la técnica de las fórmulas fijas en su famoso *Cántico de las criaturas*, en el que usa la frase «loado, mi Señor» ocho veces. Escribe san Buenaventura: «En todas las cosas bellas, él [Francisco] contemplaba al que es sumamente bello, y por sus huellas en las cosas creadas encontró a su amado en todas partes, haciendo que todas las cosas le sirvieran de escala para ascender al que es enteramente amable». Francisco de Asís nunca perdió esa capacidad propia de los niños de asombrarse de la belleza y el esplendor de las criaturas de Dios. Lo mismo se puede decir del inspirado autor del himno de los tres confesores.

La introducción al himno (3, 52-56) es una forma ampliada de las alabanzas proclamadas por Azarías en su oración (3, 26). El Señor es verdaderamente «el Dios de nuestros padres», el mismo Dios que se reveló a Moisés (cf. *Éx* 3, 14-15). Es este Dios el que es Padre de nuestro Señor Jesucristo. «Muy fragmentariamente y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres mediante los profetas. En estos últimos días nos habló por el Hijo, al que nombró heredero de todas las cosas, por medio del cual, igualmente, creó los mundos» (*Heb* 1, 1-2). El templo de la «santa gloria» (3, 53) de Dios no es el templo de Jerusalén, que había sido destruido por Nabucodonosor el año 587 a. C. (como se apunta en 3, 38). Es, más bien, el palacio de los cielos en que Dios tiene «el trono de [su] reino» (cf. 3, 54). El palacio está ubicado «en el firmamento del cielo» (3, 56), donde Dios «está sentado sobre querubines» y desde donde sondea «los abismos» (3, 55), porque conoce todas las cosas (cf. *Sal* 11, 4). La frase «sobre querubines» es una expresión poética que se originó en el lenguaje cultual asociado con el arca de la alianza que estaba colocada en el santuario (cf. *Éx* 25, 17-22). Los querubines del arca eran imágenes de criaturas con alas extendidas como para soportar a la deidad: «Reina el Señor, los pueblos se conmueven, está sentado sobre querubines, la tierra se estremece» (*Sal* 99, 1; cf. *Sal* 80, 2; *Is* 37, 16).

Invitación a todas las criaturas a bendecir al Señor

Ahora viene el famoso *Benedicite* en que los tres confesores invitan a todas las criaturas a bendecir al Señor (cf. 3, 57-88b). Parte de este hermoso poema se usa los domingos y otros días festivos en la Liturgia de las Horas matutina que recitan quienes han

recibido las órdenes sagradas y muchos laicos. La invitación colectiva a todas las criaturas (cf. 3, 57) se extiende ahora a las criaturas particulares, comenzando por las celestes. Primero vienen los ángeles (cf. 3, 58), a los que se invita a alabar al Señor también en *Sal* 148, 2. Los ángeles son servidores junto al trono de Dios en lo alto (cf. *Sal* 103, 20; *Tob* 12, 15; *Lc* 1, 19; *Ap* 8, 2). En 3, 59-60, mediante el recurso literario de la personificación, el autor se dirige a los cielos (como en *Is* 44, 23; *Sal* 19, 1; 97, 6), y luego a las aguas que están sobre los cielos (cf. *Gén* 1, 6-7 y *Sal* 148, 4). En la cosmografía hebrea estas aguas dan origen a las precipitaciones (cf. *Gén* 7, 11). Tomando la idea de *Sal* 103, 21 y 148, 2b, invita como grupo a las «potencias todas del Señor» (3, 61), que son los ejércitos celestiales de Dios (cf. *Gén* 2, 1). Entre éstos, en 3, 62-63, están el sol, la luna y las estrellas, que son creadas en ese orden en *Gén* 1, 14-16; también en *Sal* 148, 3 se las convoca a alabar al Señor.

Sin embargo, los fenómenos meteorológicos reciben la parte del león de las personificaciones, diez versos (3, 64-73). El número diez significa un número redondo (por ejemplo, los Diez Mandamientos a los que se hace referencia como tales en *Éx* 34, 28; *Dt* 4, 13; 10, 4) o un número mínimo (cf. *Gén* 18, 32; *Núm* 11, 32; al menos se requieren diez personas para la cena pascual judía). La importancia de los aguaceros y la lluvia, como también del rocío y la escarcha, el hielo y la nieve (cf. 3, 64.68.70) –todos ellos fuentes de humedad– es obvia para quien ha vivido en Tierra Santa durante un periodo de tiempo. En aquella parte del mundo falta con frecuencia una cantidad suficiente de agua, que nosotros damos por descontada, pero que es crucial para la supervivencia. Cuando fui becario en la *American School of Oriental Research* de Jerusalén, en 1962-63, la lluvia fue tan escasa que se tuvo que racionar el agua.

«Los vientos», en griego *pnéumata*, que puede significar también «espíritus», son invitados a bendecir al Señor (3, 65), porque empujan a las nubes cargadas de agua provenientes del Mar Mediterráneo. Es interesante subrayar que la *Vulgata* entiende la palabra griega como referida a «los espíritus», y luego añade «de Dios». Da la impresión de que el inspirado poeta que compuso este cántico disfrutaba con el tiempo frío y los fenómenos concomitantes, porque dedica tres versos al «frío», al «hielo y [el] frío», y a los «hielos y nieves» (cf. 3, 67.69.70). Una nevada puede transformar un campo ordinario con sus árboles en algo de una belleza deslumbradora, motivo frecuente en muchas pinturas. En 3, 71 el autor coloca las «noches» antes que los «días» porque en el pensamiento judío se decía que el día comienza con la puesta del sol. Así, por ejemplo, después que Dios creó la luz y la separó de la tiniebla y llamó a la luz «día» y a la tiniebla «noche», «hubo tarde y mañana, día primero» (cf. *Gén* 1, 3-5). No obstante, siguiendo el texto del Génesis, el poeta coloca la «luz» antes que las «tinieblas» (3, 72). Luego los tres confesores convocan a los «relámpagos y nubes» a bendecir al Señor. Un trueno que retumba y una tormenta con relámpagos pueden constituir un espectáculo grandioso de luz y sonido, del que el poeta parece que disfrutaba, como me sucede a mí mismo.

Tras una llamada introductoria dirigida a la tierra (cf. 3, 74), los tres confesores invitan a las distintas criaturas de la tierra a bendecir al Señor. Son siete en total (cf. 3, 75-81), y el número siete simboliza totalidad o perfección. Primero están los «montes y colinas» (cf. *Sal* 148, 9; *Is* 44, 23; 49, 13), probablemente porque Dios se reveló a Moisés en el monte del Sinaí/Horeb, «el monte de Dios» (cf. *Éx* 3, 1; 4, 27; 18, 5; *Núm* 10, 33). Al monte Sión también se lo llamaba «el monte del Señor» (cf. *Sal* 24, 3) o el

«monte santo» del Señor (cf. *Sal* 2, 6; 48, 3; *Is* 11, 9; 65, 25). A continuación vienen «cosas todas que germinan en la tierra», una forma colectiva de referirse a los árboles, plantas y flores, como también a los distintos cereales que sirven de alimento a los hombres y a los animales. Al agua, tan importante, se le dedican dos versos: las «fuentes» con su «agua viva [=fresca y corriente]» (cf. *Jer* 2, 13; 17, 13; *Zac* 14, 8), en cuanto opuesta al agua estancada (a menudo desagradable) recogida en las cisternas; y los «mares y ríos» (cf. *Sal* 69, 35). Seguidamente vienen las criaturas vivas que son capaces de movimiento, comenzando por los mayestáticos «delfines» (cf. *Sal* 74, 14) y el resto de las «criaturas del agua». En la mitología semítica el mar contenía temibles monstruos caóticos que aterrorizaban a la gente. No es eso lo que dice el Antiguo Testamento. Todas las criaturas del agua, las grandes y las pequeñas, son buenas por el hecho de provenir de la mano de Dios. «Creó Dios los grandes cetáceos y todos los seres vivos que serpentean y bullen en las aguas, según su especie, y todas las aves aladas según su especie. Y vio Dios que estaba bien» (*Gén* 1, 21). Finalmente el poeta, imitando *Sal* 148, 10, invita a las «bestias todas y ganados a bendecir al Señor». Todas las criaturas vivientes en sus incontables especies e infinitas variedades deberían ser respetadas sin abusar de ellas, pues proclaman la gloria de su Creador. La pérdida de una especie animal debida a la destrucción absurda del entorno es una pérdida para todos nosotros y para las generaciones futuras.

Lo que se debe notar respecto a 3, 59-81 es que para nuestro inspirado poeta todas estas criaturas son fenómenos naturales, todas ellas parte de la buena creación de Dios. Muchas de estas criaturas eran objeto de culto entre los paganos. Pero aquí el poeta proclama en voz alta y claramente que todas las cria-

turas, incluso las celestes, no son más que «obras del Señor» (cf. 3, 57). El autor de la Sabiduría de Salomón tiene una concepción semejante: «Vanos son por naturaleza todos los hombres en quienes hay desconocimiento de Dios, quienes por los bienes visibles no supieron conocer el que es, ni por la consideración de las obras reconocieron al artífice; sino que al fuego, al viento, al aire veloz, o al círculo de los astros o al agua impetuosa, a las lumbreras del cielo tomaron por dioses rectores del mundo. Si, encantados por su hermosura, tomaron esas cosas por dioses, conozcan cuánto más hermoso es el Soberano de todas ellas, pues el autor de la belleza las creó. Si quedaron sobrecogidos ante su poder y actividad, comprendan por ellas cuánto más poderoso es quien los formó» (*Sab* 13, 1-4).

Futilidad de la idolatría y de la superstición

Toda forma de superstición que considera las fuerzas de la naturaleza como divinas está fuera de la perspectiva creyente. Los acadios y babilonios daban culto a la diosa luna, llamada «Sin», y tanto en Mesopotamia como en Egipto el pueblo veneraba un extenso número de deidades del firmamento. Los egipcios también daban culto a distintos animales, una práctica llamada teriolatría, ridiculizada por el autor de la Sabiduría: «Adoran incluso a los más aborrecibles animales, que en estupidez son peores que todos los demás. Nada tienen de aquella hermosura que puede admirarse en los otros animales. Están excluidos del elogio de Dios y de su bendición. Por ello mediante tales seres recibieron justo castigo y fueron atormentados por multitud de animales» (*Sab* 15, 18 - 16, 1). Para el pueblo elegido el sol no era más que una fuente de luz (cf. *Gén* 1, 14-18). Para evitar in-

cluso el indicio de politeísmo pagano, el autor sacerdotal de *Gén* 1 ni siquiera usa las palabras hebreas que designan al «sol» y a la «luna», sino que en vez de ellas usa las expresiones insólitas «las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que dominara el día, y la lumbrera menor para que dominara la noche» (*Gén* 1, 16). Asimismo, las estrellas son meras criaturas que sirven para proporcionar luz y contar el tiempo (cf. *Gén* 1, 16; *Sal* 8, 4; 136, 9; *Jer* 31, 35). El día en que Dios creó el universo «cantaban las estrellas de la mañana y aclamaban todos los hijos de Dios [los ángeles]» (*Job* 38, 7). A pesar de su belleza espectacular, las estrellas no son puras ante los ojos de Dios (cf. *Job* 25, 5). En *Dan* 12, 3, los justos serán «como las estrellas, por siempre jamás». El Antiguo Testamento condenó categóricamente los cultos celestes de Mesopotamia (cf. *Dt* 4, 19; *Am* 5, 26). En vista de lo que dice la Escritura, «leer» las estrellas, como han pretendido hacer los astrólogos con la gente crédula a lo largo de la historia, es pura superstición.

El animismo y otras supersticiones no han desaparecido a pesar de la era tecnológicamente avanzada en que vivimos. Según un reciente estudio del *International Social Survey Program*, el cincuenta por ciento de los británicos cree en los curanderos, los adivinos y la astrología. En Gran Bretaña no parece inverosímil para los que creen en Dios creer también en tales prácticas animistas. El sociólogo Andrew Greeley saca la siguiente conclusión: «Las Reformas, la Ilustración, las revoluciones industrial y científica no han expulsado la magia del mundo "civilizado"».

El poeta reserva la conclusión del cántico (por tanto, la posición más destacada) a los seres humanos, que, sin excepción, son invitados a bendecir al Señor (cf. 3, 82-88b). Merece notarse que nuevamente

aquí, en una sección unificada, tenemos siete líneas poéticas. Después de la invitación a todos los hijos de Adán, lo cual incluye también a los gentiles, el poeta se dirige a Israel (cf. *Sal* 135, 19), pues Dios había elegido a Israel de entre todos los pueblos de la tierra para que fuera propiedad suya (cf. *Dt* 7, 6; 14, 2; 1 *Sam* 12, 22; *1 Re* 3, 8; *Sal* 33, 12). Seguidamente vienen los «sacerdotes del Señor» que ofician en el altar e interceden por el pueblo (cf. *Éx* 40, 13-15). A todos los seres humanos se les llama a ser «siervos del Señor» (3, 85) haciendo su voluntad. Dios, sin embargo, otorga el título de «mi siervo» a ciertos personajes del Antiguo Testamento: Abraham (cf. *Gén* 26, 24), Jacob/Israel (cf. *Is* 41, 8), Moisés (cf. *Núm* 12, 7-8; *Jos* 1, 2), Caleb (cf. *Núm* 14, 24), David (cf. 2 *Sam* 3, 18; 7, 5.8), Job (cf. *Job* 2, 3; 42, 7-8) e Isaías (cf. *Is* 20, 3). Pero Dios llama incluso a un canalla como Nabucodonosor «mi siervo» (cf. *Jer* 25, 9; 27, 6; 43, 10), porque, destruyendo el reino de Judá a causa de su infidelidad, este soberano realiza la voluntad de Dios.

La mención de los «espíritus y almas de los justos» (3, 86) es una alusión a la interioridad de la persona humana, que también posee un cuerpo, la exterioridad. Así, los hombres rectos, que hacen la voluntad de Dios, son llamados a bendecir a Dios con todo su ser, con su espíritu y alma al igual que con su cuerpo. Los «santos y humildes de corazón» (3, 87) son naturalmente gente como Šadrak, Mešak y Abed-Negó, a los que Nabucodonosor había arrojado al horno ardiente por haberse negado a dar culto al ídolo regio de oro. Finalmente, el poeta presenta a los tres judíos invitándose a sí mismos a bendecir al Señor (cf. 3, 88ab). Aquí se los llama por sus nombres hebreos, Ananías, Azarías y Misael, que vimos por primera vez en 1, 6, pero en un orden diferente. La razón por la que se usan los nombres hebreos

es que los tres *confesores* ya no están bajo el poder de Nabucodonosor, sino inequívocamente bajo el control soberano de Dios. En 3, 88cdef hay un cambio de la segunda persona a la primera, pues estas líneas presentan la razón por la que los tres confesores deben bendecir al Señor. Dios «nos libró» y «nos salvó» y «nos libró» y «nos sacó». Las expresiones «el hades», «la mano de la muerte» y la «encendida llama» están en paralelismo sinonímico. El cántico concluye con una cita de los salmos 106, 1 y 136, 1 (cf. 3, 89), y con una alusión al salmo 136, 2 (cf. 3, 90).

Entre los héroes de Israel, *1 Mac* 2, 59 enumera a Ananías, Azarías y Misael, quienes «por haber tenido confianza fueron salvados de las llamas». La escena de los tres judíos que alaban y bendicen al Señor dentro del horno llameante se convirtió en un tema del arte cristiano porque simbolizaba la Resurrección.

VII

«BENDITO SEA EL DIOS DE ŠADRAK, MEŠAK Y ABED-NEGÓ»
(Dan 3, 91-97)

[91]*Entonces el rey Nabucodonosor, asombrado, se*
levantó precipitadamente y dijo a sus consejeros:
¿No hemos arrojado en medio del horno de fuego
a tres hombres atados? Ellos respondieron al mo-
narca: ¡Ciertamente, oh rey! [92]*El rey replicó: Pues*
bien, yo veo a cuatro hombres que se pasean li-
bremente en medio del fuego sin sufrir daño al-
guno, y el aspecto del cuarto es semejante al de
un hijo de los dioses. [93]*Acercóse entonces Nabuco-*
donosor a la boca del horno de fuego ardiente y
dijo: ¡Šadrak, Mešak y Abed-Negó, siervos del Dios
Altísimo, salid y venid aquí! Salieron entonces
Šadrak, Mešak y Abed-Negó de en medio del fuego.
[94]*Los sátrapas, prefectos, gobernadores y consejeros*
del rey se reunieron para ver a aquellos hombres
y comprobaron que el fuego no había tenido poder
alguno sobre sus cuerpos, que ni los cabellos de sus
cabezas se habían quemado, que sus calzones es-
taban intactos y que ni siquiera olían a chamus-
cado. [95]*Entonces Nabucodonosor exclamó: ¡Bendi-*
to sea el Dios de Šadrak, Mešak y Abed-Negó,

que envió a su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él. Desobedecieron la orden del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a dios alguno fuera de su Dios. [96]*Yo promulgo este edicto: Todo pueblo, nación y lengua que profiera injurias contra el Dios de Šadrak, Mešak y Abed-Negó sea descuartizado, y su casa sea convertida en muladar, porque no hay dios alguno que pueda librar como éste.* [97]*Luego el rey colmó de favores a Šadrak, Mešak y Abed-Negó en la provincia de Babilonia.*

Šadrak, Mešak y Abed-Negó tienen que haber tenido potentes voces dentro del horno; según la versión de los Setenta, Nabucodonosor pudo oírlos cantar desde su palacio. Asombrado de que los tres estuvieran todavía vivos, el rey se levanta rápidamente y acude al horno. No sólo están vivos los tres *confesores*. ¡Ni siquiera despiden olor a quemado su pelo o sus vestidos! El rey bendice a Dios y les otorga a los tres grandes favores.

El rey encuentra a los tres judíos sanos y salvos

Nabucodonosor convoca a sus nobles porque está desconcertado por lo que ve en el horno. Les pregunta: «¿No hemos arrojado en medio del horno de fuego a tres hombres atados?». Los nobles responden afirmativamente (cf. 3, 91). Pero ahora el rey ve «cuatro hombres que se pasean libremente en medio del fuego, y el aspecto del cuarto es semejante al de un hijo de Dios» [como dice la versión de Teodoción] (3, 92). La cólera violentísima de Nabucodonosor por haber sido desafiado y el fuego llameante de cuarenta y nueve codos de altura (cf. 3, 47) no podían dañar a los tres confesores que pusieron su

fe y confianza en Dios. Salvados por una intervención milagrosa de Dios, se pasean libremente por el interior del horno. Ningún rey de la tierra, por fuerte e influyente que sea, puede encadenar el poder de Dios.

El misterioso hombre de aspecto «semejante al de un hijo de los dioses» es un ángel, o «un ángel de Dios», como traduce del arameo la versión de los *Setenta,* pues a los ángeles se les llama a menudo «hijos de Dios» (cf. *Dt* 32, 8; *Job* 1, 6; 2, 1; 38, 7; *Sal* 89, 7). De hecho, Nabucodonosor mismo llama a esta persona extraña «ángel de Dios» (cf. 3, 95). Presumiblemente se trata del mismo ángel del Señor que «bajó al horno con Azarías y sus compañeros, echó fuera del horno las llamas de fuego, e hizo que en medio del horno soplara como un viento de brisa» (3, 49-50). Pero los intérpretes cristianos primitivos, yendo más allá de la versión de Teodoción, identificaron al misterioso personaje como «el hijo de Dios». Jerónimo comenta así esta frase: «No sé cómo un rey impío mereció ver al Hijo de Dios».

El rey libera a los judíos

Nabucodonosor había asistido a la espectacular liberación de los tres judíos. Por ello se acercó «a la boca del horno de fuego ardiente y dijo: ¡Šadrak, Mešak y Abed-Negó, siervos del Dios Altísimo, salid y venid aquí!» (3, 93). No se hace ninguna mención más del ángel, porque una vez que ha realizado su función como emisario de Dios, desaparece. Sólo se reconoce a Dios, que lo ha enviado. El poderoso Nabucodonosor confiesa finalmente que Šadrak, Mešak y Abed-Negó son «siervos del Dios Altísimo». El título «Dios Altísimo», que aparece con frecuencia en los libros más antiguos de la Biblia (cf. *Gén* 14, 18-

20.22; *Sal* 57, 2; 78, 35.56) se encuentra también en 3, 99 (la introducción del siguiente relato) y en 5, 18.21; y «el Altísimo» en 4, 14.21-22.29; 7, 18.22.25.27. En la Sabiduría de Ben Sirá (el Eclesiástico) el título «el Altísimo» aparece cuarenta y una veces. Se encuentra también en el Nuevo Testamento, principalmente en Lucas y los Hechos de los Apóstoles (cf. *Lc* 1, 32.35.76: 6, 35; 8, 28; *Act* 7, 48; 16, 17). Aparece asimismo con alguna frecuencia en el Apócrifo del Génesis y otros manuscritos de Qumram.

Es un título de gran dignidad y profundo respeto. Expresa la idea de que Dios, como soberano de todo el universo, tiene la supremacía absoluta sobre todas las personas y todas las cosas. «Batid palmas, pueblos todos, aclamad al Señor con voces de alegría. El Señor, el Altísimo, es temible, rey soberano sobre toda la tierra» (*Sal* 47, 2-3). La soberanía de Dios se extiende asimismo sobre los llamados dioses de los gentiles. «El Señor es un Dios grande, rey poderoso sobre los dioses todos. En su poder están las profundidades de la tierra, y las altas montañas a él le pertenecen. Suyo es el mar, él es quien lo ha formado, y hechura de sus manos es también el continente. Venid y saludémoslo, postrados, doblemos la rodilla ante el Señor, nuestro hacedor» (*Sal* 95, 3-6). Pero aquí el rey pagano usa el título augusto «el Dios Altísimo». Así pues, Nabucodonosor reconoce por fin que el Dios de Israel ejerce su dominio incluso en Babilonia.

Los judíos salen del horno

Šadrak, Mešak y Abed-Negó salen ahora del horno ardiente, sanos y salvos, sin que la experiencia les haya causado mal alguno. En su curiosidad, «los sátrapas, prefectos, gobernadores y consejeros del rey

se reunieron» para ver por sí mismos. Irónicamente, son estos mismos individuos los que en un pasaje precedente acudieron a la dedicación del ídolo de oro cuando el rey los había convocado. Cuando la orquesta interpretó su himno, todos ellos se postraron y dieron culto a la estatua (cf. 3, 2-7). Algunos de ellos fueron quienes informaron al rey sobre la desobediencia civil de Šadrak, Mešak y Abed-Negó (cf. 3, 8-12). Ahora, sin embargo, los oficiales del rey sienten un temor reverencial en presencia de los tres judíos. Con sus propios ojos «comprobaron que el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, que ni los cabellos de sus cabezas se habían quemado, que sus calzones estaban intactos y que ni siquiera olían a chamuscado» (3, 94). No sólo estaban ilesos los tres *confesores;* ni siquiera un solo pelo de su cabeza había sido tocado por el fuego. Vienen a la mente las palabras de Jesús: «Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre. Porque ni siquiera un cabello de vuestra cabeza se perderá. A fuerza de constancia poseeréis vuestra vidas» (*Lc* 21, 17-19). Incluso las ropas de los tres judíos permanecieron intactas. Y no tuvieron que exponer al aire sus prendas de vestir para eliminar el olor a fuego y humo. En el asombro de los oficiales vemos de nuevo cómo se emplea la hipérbole al servicio de la teología. Adviértase que los paganos mismos verifican y autentifican el extraordinario milagro.

El rey glorifica al Dios de los judíos

El relato culmina en un viraje radical cuando «Nabucodonosor exclamó: ¡Bendito sea el Dios de Šadrak, Mešak y Abed-Negó, que envió a su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él. Desobedecieron la

orden del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a dios alguno fuera de su Dios» (3, 95). Hay una sutil ironía en esta escena. En un momento anterior del relato (3, 4-5), cuando la orquesta interpretaba su himno, se ordenó a las naciones y pueblos que se postraran y rindieran culto al ídolo del rey. Pero aquí, como en respuesta al cántico de los tres judíos en que se invitaba a todos los seres humanos a bendecir al Señor (cf. 3, 82), el rey bendice ahora al Dios de Israel. El sencillo cántico de los tres judíos tiene más efecto sobre el rey que el que su sofisticada orquesta había tenido sobre ellos.

Nabucodonosor elogia incluso a los tres confesores por desafiar la orden real y exponer sus cuerpos a las llamas. Finalmente, decreta que «todo pueblo, nación y lengua que profiera injurias contra el Dios de Šadrak, Mešak y Abed-Negó sea descuartizado y su casa sea convertida en muladar, porque no hay dios alguno que pueda librar como éste» (3, 96). Hay una deliciosa ironía en este decreto. En 3, 4-7, el rey había mandado que cuando la orquesta interpretara su himno, «naciones, pueblos y lenguas» debían postrarse «para adorar la estatua de oro», y todos ellos hicieron exactamente esto. Ahora, a esas mismas «naciones y pueblos» se les ordena que no blasfemen contra el Dios de Israel. Más aún, a los tres confesores se les exime, al parecer, de dar culto al ídolo regio de oro.

Sin embargo, que Nabucodonosor llame a los tres confesores «siervos del Altísimo» no quiere decir que el Dios de Israel es ahora el Dios del rey. Él simplemente reconoce que el Altísimo es el Dios de los tres judíos, y su religión es ahora legítima en el reino pagano. Su decreto (cf. 3, 96) refuerza la legitimidad y el respeto que todas las naciones y pueblos que están bajo el dominio del rey han de tributar a la religión judía. Era precisamente esta clase de tolerancia

religiosa la que deseaban los judíos del siglo segundo a. C.; pero les era negada durante el régimen brutal de Antíoco IV Epífanes. En la conclusión de este largo relato, Nabucodonosor otorga favores a Šadrak, Mešak y Abed-Negó (cf. 3, 97). Por su fidelidad a la ley de Dios y su perseverancia incluso teniendo que afrontar una muerte atroz, los tres judíos no sólo sobreviven a la prueba, sino que también obtienen una posición más prominente en la administración pública.

Algunas reflexiones

Es importante tener presente que los tres judíos no evitaron las llamas; fueron salvados en medio de las llamas. Sólo después de que deliberadamente eligieran ser arrojados al horno ardiente por ser fieles a las exigencias de su fe experimentaron la extraordinaria liberación por parte de Dios. El hecho de que los judíos sean fieles hasta el grado extremo de la muerte no condiciona para nada a Dios. Dios es absolutamente libre de obrar como quiera. Dios puede elegir no hacer nada, como Šadrak, Mešak y Abed-Negó declaran al rey antes de que los arroje en el horno abrasador. Ésta es una fe en su estado más puro, sin condiciones impuestas. Así, el discurso de los tres *confesores* al rey (cf. 3, 16-18) implica claramente que la fe en el poder salvador de Dios no quiere decir que Dios suspenderá las leyes de la naturaleza o intervendrá para impedir que los malvados cometan maldades simplemente para hacer la vida más agradable a la buena gente. Dios no es un *deus ex machina*, un Dios de conveniencia al que llamar para que nos saque de apuros. Ni es Dios un recurso que nos libra de los trabajos ni un analgésico celestial. Resulta evidente por lo que Jesús experimentó en su agonía y muerte en la cruz. Pero el

Dios y Padre que no se guardó a su propio Hijo, sino que lo entregó, capacitará a los creyentes para trascender o ir más allá de sus instintos naturales, eligiendo la muerte, a ceder a las exigencias inmorales del Estado. En otras palabras: la fe auténtica en el Dios de la revelación capacita a los que creen para permanecer fieles y constantes incluso cuando Dios decide, según sus designios personales, permanecer silencioso. El relato de los tres *confesores* pone de manifiesto que la lealtad a Dios es más importante y, a la postre, más significativa que la prolongación de la vida y la prosperidad social y económica adquiridas a expensas de los principios religiosos.

Ambrosio (340-397), en su Comentario al Salmo 118, escribe lo siguiente: «Como hay muchas clases de persecución, así hay muchas clases de martirio. Cada día eres testigo de Cristo. Fuiste tentado por el espíritu de fornicación... y no quisiste que se mancillara tu pureza de mente y de cuerpo: eres un mártir de Cristo. Fuiste tentado por el espíritu de avaricia para apoderarte de los bienes del huérfano y violar los derechos de la viuda indefensa, pero te acordaste de la ley de Dios y consideraste tu deber de prestar ayuda y de no actuar injustamente: eres testigo de Cristo... Fuiste tentado por el espíritu de la soberbia, pero viste al pobre y al necesitado y los miraste con compasión amorosa, y amaste la humildad más que la arrogancia: Eres testigo de Cristo... El verdadero testigo es uno que da testimonio de los mandamientos del Señor Jesús y sostiene ese testimonio con las obras».

Así, lo que los tres *confesores* dicen a Nabucodonosor en 3, 16-18 es que el problema de Dios y de la fe en Dios que nos ama y cuida de nosotros es difícil de resolver incluso cuando se cree en el Dios verdadero que se reveló a Israel. Pero ese problema, que cada hombre y mujer tienen que afrontar si se

preguntan por las cosas y no toman la vida a la ligera, resulta insoluble cuando uno asienta su fe en los dioses paganos, que están tan muertos y son tan impotentes como la estatua de oro de Nabucodonosor. Como sabemos por mitos tan antiguos como el mesopotámico *Enuma Elish*, se creía que estos dioses no eran muy diferentes de los seres humanos. Tenían padres, y venían a la existencia por vía de nacimiento. Se los describe gráficamente como seres sexuales que a menudo tenían impulsos eróticos desenfrenados. Tenían esposas e hijos que luchaban unos contra otros. Tenían defectos y pasiones. Tenían que combatir con dioses rivales y con frecuencia los suplantaban dioses presuntamente superiores.

El Antiguo Testamento ridiculiza a menudo a los dioses paganos, «dioses de madera y piedra, hechos por mano de hombre, que no ven ni oyen, ni comen ni huelen» (cf. *Dt* 4, 28; cf. *Dan* 14, 5.27). El Dios de Israel, en cambio, no es varón ni mujer; es puro espíritu. Por lo mismo, no tiene consorte ni prole alguna. Dios existe desde siempre. Dios es supremo; no hay ningún otro. Pero este Dios es también un Dios que se preocupa, que salva, un Dios que quiere implicarse en los asuntos humanos, un Dios que nos considera responsables de nuestras decisiones y acciones.

En el relato de *2 Mac* 7 la madre y sus siete hijos no se ven librados de la muerte a pesar de su extraordinaria fe y constancia. Como otros creyentes perseguidos a lo largo de la historia, sufren una muerte horrible. El autor de este relato nos dice, naturalmente, que a los mártires se les hará justicia en la vida futura, en la que recibirán la recompensa merecida por su fidelidad. Sin embargo, en nuestro relato, Šadrak, Mešak y Abed-Negó se ven librados en el último minuto por la intervención asombrosa de Dios. Pero el autor sabía ciertamente que el fuego

real quema realmente y que Dios no interfiere de ordinario en las leyes de la naturaleza. El milagroso clímax descrito tan gráficamente en 3, 24-45.49-94 puede ser simplemente otra forma de aludir el autor a la doctrina de la resurrección o la vida después de la muerte que se describe explícitamente en 12, 1-3.

Morir siendo pasto de las llamas era un castigo que no sólo practicaban los gobernantes bárbaros de la antigüedad. En la historia de la Iglesia, muchos cristianos valerosos hallaron también la muerte al ser quemados vivos. San Lorenzo, el diácono romano, fue martirizado durante la persecución de Valeriano el año 258. Según la leyenda, bien conocida por Ambrosio y Agustín, san Lorenzo fue condenado a la hoguera. Pero nunca perdió su sentido del humor. Mientras lo asaban en la parrilla, le dijo al juez: «Ya está en su punto por este lado; dale la vuelta y come». En los siglos XVI y XVII, centenares de mártires japoneses murieron crucificados, decapitados o quemados vivos en las fuentes termales de Unzen, un lugar de peregrinación que visité en la primavera de 1972. Durante las persecuciones, las autoridades japonesas colocaron en el suelo *Fumi-e*, «imágenes para ser pisadas», que representaban a Jesús crucificado o a María y al Niño rodeados de santos. A los sospechosos de ser cristianos se les ordenaba que pisotearan las imágenes. El que se negara a hacerlo era torturado y ejecutado.

La horrible forma de ejecución y eliminación de los supuestos enemigos practicada por Nabucodonosor pervive todavía, incluso en el siglo XX. Tras haber envenenado con gas a millones de judíos, gitanos, polacos y otros grupos humanos considerados indeseables, los nazis emplearon hornos o plantas incineradoras para quemar los cadáveres. Según informes fiables, estas atrocidades en los campos de exterminio se cometían con música de fondo. Por desgra-

cia, la brutalidad de Nabucodonosor pervive también en nuestros días en la tortura y el encarcelamiento, el destierro y la muerte de muchas víctimas inocentes. En numerosos lugares del planeta, incluso en algunas presuntas democracias, los presos de conciencia son sometidos a las formas más degradantes de castigo y ejecución. Su único crimen consiste en la negativa a postrarse y dar culto a la estatua de oro del Estado mientras suena la música.

Gobiernos sin escrúpulos siguen recurriendo todavía a amedrentar con el horno para mantener a raya a los disidentes políticos y religiosos. Las autoridades de estos países emplean prácticas como el encarcelamiento por motivos de conciencia, los asesinatos políticos por las «fuerzas de seguridad», los procesos inicuos, las torturas judiciales, las detenciones y los secuestros. Šadrak, Mešak y Abed-Negó muestran la forma de vencer el miedo al horno: mediante la fe en un Dios de justicia y misericordia que nos ama y que puede salvarnos. Prueban que la fe viva puede apagar el fuego y puede mover montañas: «Os aseguro que, si tuvierais una fe del tamaño de un granito de mostaza, diríais a este monte: "Trasládate de aquí allá", y se trasladaría; y nada os sería imposible» (*Mt* 17, 20). Y también: «Os aseguro que si tenéis fe y no titubeáis... si decís a este monte: "Quítate de ahí y échate al mar", así se hará» (*Mt* 21, 21).

El modo de reaccionar Azarías (cf. 3, 25-45) y luego Šadrak, Mešak y Abed-Negó (el nombre babilonio de Azarías) después de ser arrojados al horno ardiente (cf. 3, 51-90ab) es instructivo para los creyentes de hoy. Azarías confiesa los pecados del pueblo y alaba a Dios por sus «juicios justos» al castigar a la nación entregándola a Nabucodonosor (cf. 3, 27-32). Luego invoca la misericordia y la liberación de los opresores para que puedan conocer que

sólo el Señor es Dios «glorioso en toda la tierra» (cf. 3, 33-45). Cuando el ángel del Señor acudió en su socorro e «hizo que en medio del horno soplara como un viento de brisa» (3, 49-50), Šadrak, Mešak y Abed-Negó prorrumpieron en un cántico exultante. Así, tras la confesión del pecado y la petición de misericordia, viene la alabanza al Señor.

La oración de Azarías es un saludable recuerdo de que el Señor extenderá su misericordia y perdón a los que vuelven a él arrepentidos. Nadie queda sin esperanza o sin ayuda. Nadie se ha alejado demasiado. Nadie está excluido del amor y la preocupación de Dios.

La oración de Azarías es melancólica. El cántico de Šadrak, Mešak y Abed-Negó es exultante, y nos incita a alzar nuestras voces en alabanza al Señor por las bellezas de la creación, sobre todo por la madre tierra, a la que a menudo damos por descontado. Como escribió una vez el gran exégeta alemán Gerhard von Rad, «la alabanza es nuestro más característico modo de existencia: alabar y no alabar se oponen recíprocamente como la vida y la muerte».

La alabanza es también la forma más alta de oración. Proclamamos la bondad del Señor lo mismo que su misericordia y majestad, y al mismo tiempo reconocemos nuestra total dependencia de Dios y de la munificencia con que nos sustenta. La alabanza también nos ayuda a preservar nuestro sentido de asombro y reverencia en este mundo tan inmenso e imponente.

VIII

«YO, NABUCODONOSOR, TUVE UN SUEÑO QUE ME ATERRÓ»
(Dan 3, 98 - 4, 15)

3 [98]*El rey Nabucodonosor a todos los pueblos, na-*
ciones y lenguas que moran en toda la tierra: ¡Vues-
tra paz sea grande! [99]*Pláceme dar a conocer los*
prodigios y las maravillas que ha hecho conmigo
el Dios Altísimo.
[100]*¡Cuán grandes son sus prodigios!*
¡Cuán poderosas sus maravillas!
Su reino es un reino eterno,
y su dominio perdura de generación en generación.
4 [1]*Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa,*
vivía felizmente en mi palacio. [2]*Tuve un sueño*
que me aterró. Los fantasmas que tuve en mi lecho,
mientras dormía, y las visiones de mi mente me
horrorizaron. [3]*Di orden de que vinieran a mi pre-*
sencia todos los sabios de Babilonia, a fin de que
me dieran a conocer la interpretación de mi sueño.
[4]*Vinieron, pues, los magos, los adivinos, los caldeos*
y los astrólogos y les conté el sueño; pero no su-
pieron darme la interpretación.
[5]*Después vino otro a mi presencia, Daniel, llamado*
Beltšassar, en quien reside el espíritu de los dioses

santos, y le conté el sueño. 6*¡Beltšassar, jefe de los*
magos! Yo sé que posees el espíritu de los dioses san-
tos y que ningún misterio se te oculta: Oye el sueño
que he tenido y dame a conocer su interpretación.
7*Estaba contemplando en mi lecho las visiones de*
mi mente,
y de pronto vi un árbol,
de enorme altura,
en el centro de la tierra.
8*El árbol creció y se hizo fuerte;*
su copa llegaba hasta el cielo,
y se veía desde los confines de la tierra.
9*Su ramaje era hermoso y su fruto abundante;*
había en él alimento para todos.
A su sombra se cobijaban las bestias del campo,
en sus ramas anidaban las aves del cielo,
y de él se alimentaba todo ser viviente.
10*Estaba contemplando yo en mi lecho las visiones*
de mi mente,
cuando de pronto vi un vigilante, un santo,
que bajaba del cielo.
11*Y clamando a voz en grito dijo así:*
Abatid el árbol, cortad sus ramas,
sacudid su follaje, desparramad sus frutos;
que las bestias huyan de su sombra,
y las aves de sus ramas.
12*Pero dejad en la tierra el tocón y las raíces,*
atado con cadenas de hierro y de bronce,
entre la hierba de los campos;
que se empape del rocío del cielo,
y comparta con las bestias el forraje de la tierra.
13*Su corazón de hombre le será cambiado*
y le será dado un corazón de bestia;
siete tiempos pasarán sobre él.
14*Por decreto de los vigilantes es esta sentencia,*
por orden de los santos es esta decisión,
para que sepan todos los vivientes

que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres;
lo da a quien le place
y eleva al más humilde de los hombres.
15*Éste es el sueño que tuve, yo, el rey Nabucodonosor. Y tú, Beltšassar, dame a conocer la interpretación, ya que ninguno de los sabios de mi reino ha sido capaz de dármela a conocer. Tú, en cambio, eres capaz, porque el espíritu de los dioses santos mora en ti.*

La división de esta sección, al igual que la división de todos los demás capítulos de la Biblia, viene de la Vulgata latina. Stephen Langton, un teólogo inglés y arzobispo de Canterbury, introdujo esta división hacia el año 1225. Langton cometió un error al unir los tres primeros versículos del relato, 3, 98-100, al final del relato del capítulo 3. Estos versículos pertenecen claramente al relato que se narra en el capítulo 4.

El rey Nabucodonosor figura de nuevo destacadamente en este relato. Pero, a diferencia de otras narraciones del libro, este relato tiene la forma de una carta o epístola escrita por el rey en persona. En ella da la descripción de un sueño terrorífico que no le pudieron interpretar sus sabios babilonios. De nuevo viene Daniel ante el rey y le refiere el significado del sueño. Como es normal en una carta, Nabucodonosor escribe en primera persona; pero una pequeña porción, 4, 25-30, está escrita en tercera persona. Un cambio semejante se produce también en el libro de Tobías. En *Tb* 1, 3 - 3, 6, la narración es en primera persona; luego, el resto del libro (3, 7 - 14, 15) está escrito en tercera persona.

La carta de Nabucodonosor

La forma de la carta sigue aquí el estilo usado en las cartas acádicas de la era neobabilonia, las cartas

aramaicas del periodo persa y las cartas griegas de la era helenística (cf. *1 Mac* 10, 18-20; 15, 2.16; *2 Mac* 1, 1). El remitente de la carta es el «rey Nabucodonosor»; los destinatarios, «todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra»; y el saludo, «¡vuestra paz sea abundante!» (cf. 3, 98). La expresión «los pueblos, naciones y lenguas» se encuentra también en el relato precedente (cf. 3, 4.7.96) así como en 5, 19; 6, 26; y 7, 14. El saludo «que vuestra paz sea grande» aparece también en 6, 26 (cf. *1 Pe* 1, 2 y *2 Pe* 1, 2). «Paz», en hebreo *shalom*, es el saludo habitual que los judíos se han dirigido recíprocamente hasta el día presente. «En cualquier casa en que entréis, decid primero: "Paz a esta casa"» (*Lc* 10, 5). Esta introducción formal viene seguida por una declaración del objetivo de la carta: «Pláceme dar a conocer los prodigios y las maravillas que ha hecho conmigo el Dios Altísimo» (3, 99). Luego dirige el rey un breve himno de alabanza a Dios (cf. 3, 100), un rasgo que se encuentra también en cartas como *2 Cor* 1, 3-4; *Ef* 1, 3-6; *1 Pe* 1, 3-5. El cuerpo de la carta (4, 1-34) refiere el sueño de Nabucodonosor y lo que le sucedió después.

El sueño de Nabucodonosor

Como en la narración de *Dan* 2, Nabucodonosor tiene un sueño que le da un susto mortal. El sueño parece especialmente fuera de lugar, pues el rey estaba en casa, en su palacio, tranquilo y feliz (cf. 4, 1). Está completamente satisfecho de sí mismo y de su posición en la vida. Cuando había sido turbado por el sueño precedente y recurrió a Daniel, quien refirió al rey los contenidos del sueño y su significado, reconoció que el Dios de Daniel «es el Dios de los dioses, el Señor de los reyes y el revelador de

los misterios» (2, 47). Pero ahora que las cosas han recobrado la normalidad y él disfruta de nuevo de su riqueza y poder, él se olvida de Dios o, lo que es peor, piensa que ya no necesita a Dios. Esto trae a la memoria la parábola del rico insensato: «Un hombre muy rico tenía una finca que le dio una gran cosecha. Y discurría para sí de esta forma: "¿Qué voy a hacer, si ya no tengo dónde almacenar mis cosechas?". Y añadió: "Voy a hacer esto: derribaré mis graneros para edificar otros mayores; así podré almacenar allí todo mi trigo y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma mía, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años; ahora descansa, come, bebe y pásalo bien". Entonces le dijo Dios: "¡Insensato! Esta misma noche te van a reclamar tu alma; y todo lo que has preparado, ¿para quién va a ser?"» (*Lc* 12, 16-20).

Cuando la gente vive en la prosperidad y la abundancia tiende a olvidarse de Dios. «Jesús dijo a sus discípulos: "Os lo aseguro: Un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Os lo vuelvo a decir: Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de Dios"» (*Mt* 19, 23-24). «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 3).

La buena fortuna de Nabucodonosor debería haberle dado motivos de preocupación. Su reino estaba seguro y la economía floreciente. ¿Qué podía ir mal? El rey lo averiguaría pronto. Y el aprendizaje de la lección le iba a resultar duro. La serenidad y seguridad del rey se verían completamente trastornadas por «los fantasmas y las visiones» que vio en su sueño (cf. 4, 2). Sin embargo, la pesadilla del rey no se desvaneció cuando se despertó. A diferencia del sueño del capítulo 2, los contenidos del presente sueño son demasiado claros. No obstante, el rey no sabe a qué atenerse. Y así, como en el caso an-

terior, Nabucodonosor convoca a sus expertos, «todos los sabios de Babilonia ... los magos, los adivinos, los caldeos y los astrólogos» (4, 3.4). Pero, a diferencia del relato anterior, el rey facilita las cosas a sus adivinos refiriéndoles el contenido del sueño y pidiéndoles luego sencillamente que le comuniquen su significado. Pero una vez más estos sabios no tienen idea de lo que quiere decir el sueño.

Daniel aparece en la corte

Finalmente entra en escena Daniel, cuyo nombre, dice el rey, es «Beltšassar, por el nombre de mi Dios». Este nombre, en babilonio, es una forma abreviada de «[Marduk o Bel], protege la vida del rey». El rey añade luego que en Daniel «reside el espíritu de los dioses santos» (4, 5).Esta expresión es una reminiscencia literal del relato de José. Después de que José había dado su sabio consejo de que se almacenara grano durante los siete años de abundancia como reserva para los siete años venideros de carestía, se nos dice: «Pareció bien la proposición a los ojos del faraón y a los ojos de todos sus servidores. Y dijo el faraón a sus servidores: ¿Podríamos acaso encontrar un hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios?» (*Gén* 41, 37-38). El comentario sobre el nombre babilonio de Daniel es irónico, pues los dioses paganos Marduk y Bel no podían ayudar a los sabios del rey a interpretar el sueño. Sólo Daniel, con la ayuda del Dios de Israel, puede satisfacer la petición del rey. Al dirigirse a Daniel/Beltšassar como «jefe de los magos» por lo que había hecho a favor del rey en el capítulo 2, Nabucodonosor confiesa: «Yo sé que posees el espíritu de los dioses santos y que ningún misterio se te oculta: Oye el sueño que he tenido y dame a conocer su interpretación» (4,

6). En 4, 15 repite el rey la frase «el espíritu de los dioses santos mora en ti», una vez que ha acabado de referirle a Daniel el sueño. Este recurso literario, llamado inclusión, acentúa el significado de la frase. Así, Nabucodonosor reconoce que Daniel tiene la capacidad de interpretar sueños no por la enseñanza recibida en las escuelas de la corte babilonia (cf. 1, 3-5), sino porque ha recibido este don de Dios. La implicación de la declaración del rey en 4, 6 es clara. Sólo Dios conoce lo que el futuro nos tiene reservado. Las «artes mágicas» babilonias son inútiles por ser puras fantasías para engañar a los crédulos y los supersticiosos.

Dirigiéndose a Babilonia con tonos burlones, dice el profeta Isaías: «Quédate, pues, con tus maleficios, con la multitud de tus hechicerías, por los que te fatigaste desde tu juventud. ¡Quizá puedas ayudarte! ¡Quizá hagas temblar! Te cansaste con la multitud de tus consultas. Que se presenten, pues, y te salven los que adoran los cielos, los que observan las estrellas, los que pronostican cada mes las cosas que te van a ocurrir. Mira: son como estopa, el fuego los consume; no salvarán su vida del poder de la llama. No son brasas para calentarse, lumbre para sentarse delante. Así son para ti tus traficantes, por quienes te fatigaste desde tu juventud; cada uno erraba por su lado, ninguno te salvaba» (*Is* 47, 12-15). A pesar de las fuertes condenas bíblicas, la astrología y la adivinación siguen influyendo en millones de personas hoy en día. Algunos consultan las cartas astrológicas y los horóscopos como un «inocente pasatiempo». Otros se toman en serio la astrología y permiten que ejerza una poderosa influencia en sus decisiones y acciones. Pero toda forma de adivinación y astrología es superstición y, en último término, idolatría, la cual es, naturalmente, contraria a la fe en el Dios verdadero.

En el capítulo 2, Daniel había tenido que referir primero al rey el contenido del sueño y luego su interpretación. Aquí Nabucodonosor mismo cuenta a Daniel lo que ha soñado. El sueño del rey se refiere a un árbol gigante «en el centro de la tierra ... su copa llegaba hasta el cielo, y se veía desde los confines de la tierra» (4, 7.8). La imagen del árbol se encuentra también en *Ez* 31, 3-9, donde el profeta compara al faraón con un cedro magnífico que se alza en el firmamento del Líbano.

«He aquí un cedro del Líbano
de hermoso ramaje,
un bosque de sombra
de elevada talla;
hasta las nubes
se elevaba su copa.
Las aguas lo hicieron medrar;
el abismo lo hacía subir,
porque llevaba sus corrientes
alrededor de su tronco
y mandaba sus acequias
a todos los árboles del campo.
Por eso su talla era más alta
que la de todos los árboles del campo;
se multiplicaban sus tallos,
se alargaba su ramaje
por las aguas caudalosas
que le llegaban.
En sus ramas anidaban
todas las aves del cielo;
bajo sus ramajes parían
todas las fieras del campo;
a su sombra se cobijaban
todas las grandes naciones.

Era hermoso por su corpulencia,
por la envergadura de su ramaje,
pues sus raíces se hundían
en aguas caudalosas.
No lo igualaban los cedros
en el vergel de Elohim:
los cipreses no tenían
comparación con sus ramas;
los plátanos no podían
competir con su ramaje;
en el vergel de Dios, ningún árbol
le igualaba en hermosura.
Hermoso lo había hecho yo
por la cantidad de su ramaje.
Lo envidiaban todos los árboles de Edén,
los del vergel de Elohim» (*Ez* 31, 3-9).

Por su orgullo y perversidad, el cedro fue talado ignominiosamente por extranjeros y sus ramas hechas pedazos (cf. *Ez* 31, 10-13). Herodoto (VII, 19) refiere que Jerjes tuvo un sueño en que se vio a sí mismo coronado con renuevos de un olivo; sus ramas cubrían toda la tierra hasta que de repente desapareció la corona que llevaba sobre la cabeza. Como en el caso del faraón de *Ez* 31 y Jerjes, el terrorífico sueño del árbol que tuvo Nabucodonosor fue ocasionado por su arrogante autosuficiencia. Incluso pensó que podía ocupar el lugar de Dios, que es el único que sustenta las vidas de todos los seres humanos, de los animales y los pájaros.

Nuestro autor, a la vez que utiliza la imagen del árbol de escritores precedentes, es también creativo e independiente. El árbol, que simboliza el imperio de Nabucodonosor, será talado, pero no destruido, de forma que todos puedan llegar a saber que sólo Dios domina sobre todos los gobiernos humanos (cf. 4, 14). Nuestro autor alude aquí al universalismo que

encontramos también en el Segundo Isaías (*Is* 40-55): «¡Ea! Sedientos todos, venid a las aguas –aun quien no tenga dinero–, venid; comprad y comed, venid y comprad, sin dinero y sin pagar, vino y leche. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y vuestra ganancia en lo que no sacia? Escuchadme bien y comeréis lo bueno, se deleitará vuestro gusto en manjares sustanciosos. Inclinad vuestro oído, escuchadme y viviréis» (*Is* 55, 1-3).

El sueño del capítulo 2 únicamente tenía al rey en vela, impidiéndole dormir, pero este sueño lo espanta de forma duradera. La razón más probable es que el rey haya tenido un atisbo de que la temible sentencia pronunciada en el sueño (cf. 4, 11-14) se aplicaba en cierto modo a él. Nabucodonosor vio «un árbol de enorme altura en el centro de la tierra» (4, 7). Este árbol gigantesco es ciertamente un símbolo de Nabucodonosor y su enorme imperio, que a los antiguos les parecía como si estuviera en el centro de la tierra, al menos en términos de su importancia política y social. El árbol «creció y se hizo fuerte», y «su copa llegaba hasta el cielo». En su altanería, Nabucodonosor se consideraba a sí mismo más que un simple mortal; no era como el resto de los seres humanos. El árbol «se veía desde los confines de la tierra» (4, 8), una expresión llena de color para indicar el objetivo expansionista del imperio. El árbol tenía hojas lozanas y hermosas y su fruto era abundante, proporcionando «alimento para todos». Cobijaba con su sombra a las bestias salvajes y «en sus ramas anidaban las aves del cielo». Todos los seres humanos comían de él (cf. 4, 9). Los pensamientos expresados por el simbolismo del árbol inmenso reflejan los hechos históricos relativos a la posición dominante del reino de Nabucodonosor, como también a su dilatado poder, su gloria terrena y su gran prosperidad. En el simbolismo se incluye

la protección y el apoyo que este reino proporcionaba de hecho al pueblo que lo constituía y a los que deseaban disfrutar de sus privilegios y ventajas. Nabucodonosor se consideraba a sí mismo como un déspota benévolo. Las imágenes de 4, 7-9 dan idea de lo que él había querido ser siempre: un monarca renombrado en el mundo así como un bienhechor de su pueblo e incluso de toda la humanidad, amado por todos. Pero, como sucede a menudo con otros gobernantes totalitarios, los nobles sentimientos y metas de Nabucodonosor se mezclaban con la presunción y el orgullo que a la postre lo llevarán a la ruina.

La historia conoce otros déspotas benévolos y no tan benévolos que han seguido el ejemplo de Nabucodonosor. También ciertos dictadores del siglo XX se han considerado a sí mismos como salvadores y bienhechores de su pueblo. Si estos tiranos tenían que privar a su pueblo de su libertad y de su dignidad con el fin de realizar el utópico nuevo orden del mundo, así debía ser. El nuevo reino al que ellos iban a dar comienzo es lo que cuenta, incluso al precio de derramar sangre y de pisotear la verdad y la dignidad humana. Las hojas del árbol de Nabucodonosor, aun siendo bellas, no sirven para salvar a las naciones, como sucede con el árbol de la vida descrito en el Nuevo Testamento: «Y [el ángel] me mostró un río de agua de vida, reluciente como cristal, que sale del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza y a un lado y a otro del río hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para curar a las naciones» (*Ap* 22, 1-2; cf. *Ez* 47, 1-12).

El árbol de Nabucodonosor puede dar a sus súbditos copiosos frutos y abundante sombra. Pero era poco lo que podría crecer a esa sombra. La libertad y la verdad no pueden prosperar en tal ambiente.

Pero hay otro árbol bajo el cual puede florecer toda aspiración del corazón humano y pueden crecer también centenares de otros frutos. «[Jesús] les propuso esta otra parábola: "El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo; y con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es la mayor de las hortalizas y se convierte en árbol, de modo que los pájaros del cielo pueden venir y anidar en sus ramas"» (*Mt* 13, 31-32). Aquí Jesús está citando a *Dan* 4, 9 y *Ez* 17, 23, donde los pájaros también representan al pueblo. Pero, en contraste con el pueblo de Nabucodonosor, que se veía privado de su libertad, los pájaros de la parábola de Jesús representan a todos los pueblos y naciones que son llamados a acudir libremente y habitar en las ramas del gran árbol que es el reino de Dios. «Cristo nos liberó para que vivamos en libertad. Manteneos, pues, firmes; y no os dejéis sujetar de nuevo al yugo de una esclavitud» (*Gál* 5, 1). «Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad. Solamente que esta libertad no dé pretexto a la carne; sino al contrario, por medio del amor poneos los unos al servicio de los otros» (*Gál* 5, 13).

El grato sueño de prosperidad y abundancia para la gente de su imperio que tuvo Nabucodonosor (4, 7-9) se vuelve ahora espantoso. Del cielo descendió «un vigilante, un santo», un ángel que gritaba su mensaje de perdición. El árbol inmenso va a ser talado, sus ramas cortadas, sus hojas sacudidas, sus frutos desparramados. Las bestias y los pájaros huirán presas del terror. A pesar de sus buenas intenciones y su filantropía, Nabucodonosor ve drásticamente reducido su tamaño a causa de su orgullo. El mal que había infligido a otros se vuelve ahora contra él. En el asedio de Tiro se le dice a la ciudad que Nabucodonosor «el golpe de su ariete dirigirá contra tus

muros, tus torreones demolerá con sus máquinas de guerra» (*Ez* 26, 9). Ahora las hachas están en las manos de Dios, que ha pronunciado sentencia sobre Nabucodonosor, y por la misma razón esa sentencia se ha pronunciado sobre el rey de Tiro: «Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro. Así dice el Señor JHWH: Tu corazón es orgulloso, y dices: Soy un dios, morada de dioses ocupo en el corazón de los mares, –cuando sólo eres un hombre y no un dios, aunque al corazón de Dios equiparas el tuyo–... Por haber equiparado tu corazón al corazón de Dios, por eso, yo voy a traer contra ti a extranjeros, a los más violentos de entre las naciones, que desenvainarán sus espadas contra tu bella sabiduría y profanarán tu esplendor. Te harán bajar a la fosa, morirás de muerte violenta en el corazón de los mares. ¿Podrás decir: soy un dios, ante tus verdugos, –siendo como eres un hombre y no un dios–?» (*Ez* 28, 2.6-9).

Una esperanza para el rey

Hay un rayo de esperanza para Nabucodonosor. El tocón y las raíces se dejarán en la tierra, pero será «atado con cadenas de hierro y de bronce». El rey será empapado del rocío del cielo y compartirá «con las bestias el forraje de la tierra» (cf. 4, 11-12). Durante siete años perderá su corazón de hombre y se le dará «un corazón de bestia». El número siete tiene aquí valor simbólico, denotando totalidad o perfección, como en 3, 19. Todo esto fue decretado por los centinelas o vigías, llamados también «los santos», otra expresión para designar a los ángeles (cf. *Job* 5, 1; 15, 15; *Sal* 89, 6; *Zac* 14, 5), que están ante el trono del Todopoderoso y son miembros del consejo divino (cf. *1 Re* 22, 19-22; *Job* 1, 6; 2, 1; 15, 8; *Sal* 89, 8; *Jer* 23, 18). Así, todos los vivientes sabrán

«que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres; lo da a quien le place y eleva el más humilde de los hombres». Estas palabras recuerdan las aducidas en *Ez* 17, 24: «Y sabrán todos los árboles del campo que yo, JHWH, abajo el árbol elevado y elevo al árbol humilde, seco el árbol verde y reverdezco al árbol seco».

Habiendo concluido el relato de su sueño, Nabucodonosor pide a Daniel/Beltšassar que le diga su significado, pues ninguno de los sabios puede hacerlo. Daniel, naturalmente, lo complace.

IX

«SU REINO ES UN REINO ETERNO»
(Dan 4, 16-34)

[16]*Entonces Daniel, llamado Beltšassar, quedó es-*
tupefacto un instante y turbado en sus pensa-
mientos. El rey tomó la palabra y dijo: Beltšassar,
que no te asuste el sueño ni su interpretación.
Beltšassar respondió: Mi señor, sea el sueño para
tus enemigos y su interpretación para tus adver-
sarios. [17]*El árbol que viste, que crecía y se hacía*
fuerte, cuya copa llegaba hasta el cielo y se veía
desde toda la tierra, [18]*cuyo ramaje era hermoso y*
su fruto abundante, que tenía alimento para todos,
a cuya sombra se cobijaban las bestias del campo
y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, [19]*eres*
tú, ¡oh rey!, que has crecido y te has hecho fuer-
te; tu grandeza se ha acrecentado y ha llegado
hasta el cielo, y tu imperio hasta los confines de
la tierra.
[20]*Y en cuanto a lo que vio el rey: a un vigilante,*
a un santo, que bajaba del cielo y decía: Abatid el
árbol y destruidlo, pero dejad en la tierra el tocón
y sus raíces, atado con cadenas de hierro y de bron-
ce, entre la hierba de los campos; que se empape
del rocío del cielo y que comparta su vida con las

bestias del campo, hasta que pasen sobre él siete tiempos, [21]*he aquí la interpretación, ¡oh rey!, y el decreto del Altísimo que afecta al señor, mi rey:*

[22]*Te arrojarán de entre los hombres,*
y con las bestias del campo tendrás tu morada;
de hierba, como los bueyes, te alimentarás
y del rocío del cielo serás empapado;
siete tiempos pasarán sobre ti,
hasta que sepas que el Altísimo
domina sobre el reino de los hombres
y lo da a quien le place.

[23]*Y lo que se dijo de dejar el tocón y las raíces del árbol, significa que tu reino quedará para ti cuando reconozcas que es el Cielo el que domina.*
[24]*Por tanto, ¡oh rey!, séate grato mi consejo: redime tus pecados con obras de justicia y tus iniquidades con la compasión por los pobres; así se prolongará tu felicidad.*
[25]*Todo esto se realizó en el rey Nabucodonosor.*
[26]*Doce meses después, mientras estaba paseándose por el palacio real de Babilonia,* [27]*el rey dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo he construido para residencia real con el poder de mi fuerza y para gloria de mi majestad?* [28]*Aún tenía el rey la palabra en la boca, cuando bajó del cielo una voz:*

A ti se te habla, ¡oh rey Nabucodonosor!
El reino te ha sido quitado;
[29]*te arrojarán de entre los hombres*
y con las bestias del campo tendrás tu morada;
de hierba, como los bueyes, te alimentarás,
y siete tiempos pasarán sobre ti,
hasta que sepas que el Altísimo
domina sobre el reino de los hombres
y lo da a quien le place.

[30]*En aquel mismo instante se cumplió en Nabucodonosor esta sentencia. Fue arrojado de entre los hombres, comió hierba como los bueyes, y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que crecieron sus cabellos como las plumas de las águilas y sus uñas como las de los pájaros.*
[31]*Al cabo del tiempo señalado, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo y recobré la razón. Entonces bendije al Altísimo y alabé y glorifiqué al que vive eternamente:*

porque su reino es un reino eterno,
y su imperio perdura de generación en generación.
[32]*Todos los habitantes de la tierra son reputados por nada ante él.*
Según su querer dispone del ejército del cielo
y de los moradores de la tierra.
No hay nadie que se oponga a su mano
y le diga: ¿Qué haces?

[33]*En este instante recobré la razón, y, para gloria de mi reino, me fueron devueltos también mi majestad y mi esplendor. Mis consejeros y mis magnates me buscaron. Fui restablecido en mi reino y se me concedió una grandeza aún mayor.*

[34]*Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y glorifico al rey del cielo,*
cuyas obras son todas verdad
y sus caminos justicia,
y que puede humillar a los que caminan con soberbia.

Cuando Daniel/Beltšassar oye el relato del sueño de Nabucodonosor, se aterra y su rostro palidece. El rey mismo advierte la consternación de Daniel. «Beltšassar», le dice el rey, «que no te asuste el sueño

o su interpretación» (4, 16). Después de desear con toda deferencia que el contenido de la visión les suceda a los enemigos del rey, Daniel pasa a interpretar los detalles del sueño. El orgullo altanero del rey es abatido. Va a vivir como un animal durante siete años antes de ser restablecido en su trono.

El significado del sueño del rey

Daniel no gasta una palabrería vana, sino que actúa como el profeta Natán, que se encaró con el rey David intrépidamente acusándolo del adulterio con Betsabé, del intento de encubrir la verdad y del asesinato de Urías, el marido de Betsabé (cf. *2 Sam* 12, 1-12). Daniel comienza diciendo: «El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte... eres tú, ¡oh rey!, que has crecido y te has hecho fuerte; tu grandeza se ha acrecentado y ha llegado hasta el cielo, y tu imperio hasta los confines de la tierra» (4, 17-18). Ahora viene la parte mala: el rey será abatido y vivirá «con las bestias del campo, hasta que pasen sobre él siete tiempos» (4, 20). Éste es «el decreto del Altísimo que afecta a mi señor, el rey». El arrogante orgullo de Nabucodonosor ha provocado su caída. «La arrogancia precede a la ruina, la altivez de espíritu precede al fracaso» (*Prov* 16, 18).

La enfermedad del rey

El rey padecerá una enfermedad conocida como zoantropía, en la que cree que ha sido transformado en un animal y se comporta como tal: un castigo apropiado para la conducta totalitaria y la explotación de su pueblo por parte de Nabucodonosor. Daniel le dice: «te arrojarán de entre los hombres, y

con las bestias del campo tendrás tu morada; de hierba, como los bueyes, te alimentarás y del rocío del cielo serás empapado». Nabucodonosor padecerá esta enfermedad durante siete años. El número siete simboliza, como ya se ha dicho, totalidad o perfección. De esta suerte, el rey tendrá el plazo indicado de tiempo para sufrir y para verse así conducido al arrepentimiento. Daniel dice al rey que será afligido hasta que sepa «que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres y lo da a quien le place» (4, 22). La orden de que el tocón y las raíces se dejen en la tierra significa que el reino de Nabucodonosor le será restituido una vez haya aprendido que es el cielo (es decir, Dios) quien domina (cf. 4, 23). Daniel insta al rey a arrepentirse y a expiar sus pecados mediante las buenas obras, y sus iniquidades «con la compasión con los pobres; así se prolongará tu felicidad» (4, 24). Al rey se le da la oportunidad de enmendar sus injusticias pasadas. Ha de mostrar misericordia con aquellos con los que había sido injusto. El arrepentimiento no es meramente un cambio del corazón; es también un cambio de dirección. No es sólo confesión del pecado a Dios; es también disposición a ofrecer reparación y restitución a aquellos a quienes hemos ofendido o perjudicado.

El valor de la limosna

Especialmente en el judaísmo tardío, la bondad para con los pobres mediante la limosna se consideraba una seria obligación, como también un medio de expiación del pecado. «Da limosna de tus bienes... No apartes tu rostro de ningún pobre, y no se apartará de ti el rostro de Dios. Si tienes bienes, haz limosna según la abundancia de ellos. Si tienes poco, no tengas miedo en hacer limosna según lo poco que

tengas» (*Tob* 4, 7-8). «La limosna libra de la muerte y no deja entrar en las tinieblas. La limosna, en efecto, es para todos los que la practican un buen presente ante el Altísimo» (*Tob* 4, 10-11). «Da de tu pan al hambriento, y de tus vestidos a los desnudos. Todo cuanto te sobrare, dalo en limosna, y que tus ojos no sientan pesadumbre al hacer tú la limosna» (*Tob* 4, 16). «Buena es la oración con el ayuno y la limosna y la justicia. Mejor es hacer limosna que atesorar oro. Pues la limosna libra de la muerte y purificará todo pecado. Los que hacen limosnas y obras buenas serán colmados de vida» (*Tob* 12, 8-9). «Recuerda, hijo, lo que hizo Nadab a Ajicar, que lo había educado; lo enterró vivo en un sepulcro. Pero Dios le devolvió la deshonra en su propia cara: Ajicar volvió a la luz, mientras que Nadab cayó en su propia trampa mortal y pereció. Considerad, pues, hijos míos, cuál es el fruto de la limosna y cuál el de la maldad; esta última causa la muerte» (*Tob* 14, 10-11). «El agua apaga el fuego que arde; y la caridad expía los pecados» (*Eclo* 3, 30). «Encierra tu caridad en tus graneros; ella te librará de toda desgracia» (*Eclo* 29, 12). «Quien da gracias ofrece flor de harina; quien practica la caridad hace un sacrificio de alabanza» (*Eclo* 35, 2). «Cornelio, ha sido escuchada tu oración, y de tus limosnas se ha hecho memoria en la presencia de Dios» (*Act* 10, 31).

El rey no se arrepiente

Nabucodonosor escucha a Daniel con atención, pero es evidente que no ve la necesidad de una conversión y un arrepentimiento inmediatos. El gran Agustín (354-430) también pospuso su conversión, algo que más tarde lamentará amargamente. Escribe en sus *Confesiones*: «Tarde te amé, oh belleza siem-

pre antigua y siempre nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mí, pero yo estaba fuera, y allí es donde te buscaba. En mi deformidad me lanzaba a las cosas bellas que creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Las cosas creadas me apartaban de ti; sin embargo, si no hubieran existido en ti, no habrían existido en absoluto».

Había transcurrido un año y a Nabucodonosor no le había sucedido nada. Él continuaba pavoneándose y complaciéndose en sí mismo. «Doce meses después, mientras estaba paseándose por el palacio real de Babilonia, el rey dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo he construido para residencia real con el poder de mi fuerza y para gloria de mi majestad?» (4, 26-27). Mientras estas palabras de insoportable arrogancia estaban todavía en los labios del rey, la voz del cielo pronunció sentencia sobre él. «A ti se te habla, ¡oh rey Nabucodonosor! El reino te ha sido quitado».

El motivo del juicio de Dios que golpea como un hacha se oye tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. «Pero al ver [Juan Bautista] que venían al bautismo muchos fariseos y saduceos, les dijo: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir del inminente castigo? ¡A ver si dais frutos propios de conversión, y no os hacéis ilusiones diciendo en vuestro interior: Tenemos por padre a Abraham! Porque os aseguro que poderoso es Dios para sacar de estas piedras hijos de Abraham. Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Y todo árbol que no da fruto bueno será cortado y arrojado al fuego"» (*Mt* 3, 7-10).

Aunque el juicio de Dios sobre el pecado y el mal del hombre puede ser aplazado, no obstante es inevitable. Nabucodonosor había sido prevenido explícitamente sobre el castigo que le iba a sobrevenir si no se arrepentía (cf. 4, 22); sin embargo, persistió

doce meses más en su presunción y complacencia (cf. 4, 26-27). Si sentimos la tentación de aplazar nuestro arrepentimiento, deberíamos recordar las palabras de Pablo: «Pero, por tu dureza y tu impenitente corazón, te estás acumulando ira para el día de la ira, cuando se revele el justo juicio de Dios, el cual retribuirá a cada cual según sus obras: a quienes, siendo constantes en el bien obrar, buscan gloria y honra e inmortalidad, les dará vida eterna; pero a quienes, obstinándose en la rebeldía y resistiendo a la verdad, se entregan a la perversión, los hará objeto de su ira y su furor» (*Rom* 2, 5-8). Así ahora el juicio de Dios se cumplió. Nabucodonosor «fue arrojado de entre los hombres, comió hierba como los bueyes, y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que crecieron sus cabellos como las plumas de las águilas y sus uñas como las de los pájaros» (4, 30). Se acabaron para el rey los peinados a la moda y las caprichosas manicuras. El poderoso Nabucodonosor vive ahora como una bestia, privado de su voluntad e inteligencia humanas. Su enfermedad mental durará el periodo de siete años que había sido decretado. Finalmente, el rey recobrará sus facultades mentales. Alza sus ojos al cielo y su razón le es devuelta. Entonces bendice, alaba y glorifica al Altísimo «que vive eternamente» (4, 31).

También nosotros tenemos que poner los pies en tierra y humillarnos antes de poder reconocer que el Dios del cielo pronunciará sentencia sobre nuestro orgullo, concupiscencia, sensualidad, ira, avidez, insensibilidad a las necesidades de los pobres, los oprimidos y los débiles. Dios puede concedernos un tiempo para arrepentirnos y para que sepamos «que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres» y aprendamos «que es el Cielo el que domina» (cf. 4, 22-23). Como dice otro autor inspirado sobre Dios: «Pero tienes piedad de todos, porque todo lo pue-

des, y apartas la vista de los pecados de los hombres para que se arrepientan; porque tú amas todos los seres, y nada aborreces de lo que hiciste. De haber odiado cosa alguna, no la hubieras creado. ¿Cómo podría subsistir cosa alguna, si tú no quisieras? O ¿cómo conservarse, de no haber sido llamada por ti? Pero tú perdonas a todos, porque tuyos son, Soberano que amas la vida. Pues tu espíritu incorruptible en todos está. Por eso castigas poco a poco a quienes caen, y corriges trayendo al recuerdo aquello en que pecan, para que, apartados del mal, crean en ti, Señor» (*Sab* 11, 23 - 12, 2).

Pero no deberíamos abusar de la misericordia de Dios. Dios no quiere que nos burlemos de él. Ahora es el momento de la salvación. Jesús nos dice: «Se ha cumplido el tiempo; el reino de Dios está cerca; convertíos y creed al evangelio» (*Mc* 1, 15). Pablo escribe: «Siendo, pues, colaboradores suyos, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Pues dice: En tiempo favorable te escuché y en día de salvación te presté ayuda. Ahora es tiempo favorable; ahora es el día de salvación» (*2 Cor* 6, 1-2).

Por lo que consta históricamente, no hay ninguna prueba de que Nabucodonosor sufriera una enfermedad mental o fuera destronado durante siete años. Por fuentes fiables sabemos bastante del reinado de cuarenta y tres años de este rey, de suerte que resulta imposible encajar en estos conocimientos lo que dice *Dan* 4 sobre él. Después de que T. G. Pinches publicara la «Crónica de Nabonides» en 1882, los estudiosos empezaron a sospechar que en una forma más primitiva de la narración popular el rey loco no fue Nabucodonosor II (605-562 a. C.), que aparece aquí y en los otros capítulos del libro, sino más bien su cuarto sucesor, Nabunaid o Nabonides (556-539). Este punto de vista fue confirmado por la fragmentaria «Oración de Nabonides» de la cuarta cueva de Qumram.

Sin embargo, el autor de nuestro relato no estaba interesado en transmitirnos información histórica sobre uno u otro gobernante babilonio. La audiencia original vería en la locura de Nabucodonosor las bufonadas del rey seléucida de su tiempo, Antíoco IV (175-164 a. C.). El año 169 este déspota se impuso el título de *Epífanes*, que significa «[Dios] Manifiesto». Pero a causa de su comportamiento, que abarcaba desde lo atroz o monstruoso a la ruda magnificencia, el pueblo lo apodó *Epímanes*, «Loco». El historiador antiguo Polibio describe con detalle la conducta de Antíoco: jaranear con desconocidos de ínfima categoría, pasear por las calles disfrazado, visitar las tiendas de los plateros y orfebres y tratar de impresionarlos con su conocimiento y amor al arte, su excesiva generosidad hacia gente completamente extraña, sus bromas perversas en los baños públicos. En una ocasión le dijo un hombre en los baños públicos: «Vosotros, los reyes, sois afortunados por tener tales ungüentos de exquisita fragancia». Al día siguiente fue Antíoco a los baños llevando consigo un gran recipiente de precioso ungüento que vertió entero sobre aquel hombre. Otros acudieron precipitadamente para conseguir su parte de perfume. Pero debido a que el piso estaba resbaladizo a causa del ungüento, muchos resbalaron y se cayeron, mientras el rey estallaba en locas carcajadas.

El rey recobra la salud

Al término de los siete años, Nabucodonosor recobró la razón y reconoció finalmente la supremacía de Dios. «Su reino es un reino eterno, y su imperio perdura de generación en generación» (4, 31). Debido a su arrogancia pecaminosa y a que dejó de reconocer que todo poder viene de Dios, Nabucodonosor

experimentó el juicio de Dios, un juicio que recayó no sólo sobre él, sino también sobre el pueblo que gobernaba. El rey y el pueblo son invitados al arrepentimiento. Sólo gracias a un genuino arrepentimiento experimentarán Nabucodonosor y su imperio que Dios tiene los brazos abiertos para ejercer su misericordia.

La voz profética de Daniel que invita a arrepentirse resuena también en nuestros días. Pero ¿dónde están hoy las voces proféticas? La Madre Teresa de Calcuta ha sido recibida con afecto por muchas personas, incluso no creyentes, pero su voz que lamenta los crímenes de nuestra sociedad es desatendida. Nabucodonosor recibió el castigo que correspondía a sus pecados. Lo mismo sucederá con nosotros. El pecado será pagado; sólo es cuestión de tiempo. Las advertencias están en la Escritura. Si no hay una conversión y un arrepentimiento sistemáticos, el hacha se abatirá sobre la raíz.

El primer acto de Nabucodonosor después de recobrar la razón es hacer un acto de fe en que sólo el reino de Dios «perdura de generación en generación» y en que Dios gobierna cielo y tierra (cf. 4, 31-32). Sólo entonces se le devolvieron la gloria de su reino, su majestad y su esplendor, y «se le concedió una grandeza aún mayor» (4, 33). Él alaba y glorifica «al rey del cielo, cuyas obras son todas verdad y sus caminos justicia», y confiesa lo que sabe por experiencia personal: que Dios «puede humillar a los que caminan con soberbia» (4, 34). Sólo cuando recobra su plena humanidad es capaz de alabar y bendecir al Altísimo.

El pecado de opresión

Como Nabucodonosor arrepentido, todos nosotros estamos destinados por Dios a realizar plena-

mente nuestra humanidad. Por consiguiente, privar a los débiles de los países del Tercer Mundo de su dignidad y libertad básicas que hacen posible una vida decorosa es obstaculizar el plan de Dios para la humanidad. Dios hizo a todos los seres humanos, sin excepción, a su imagen y semejanza, y les dio el mando «sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre la tierra y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra» (*Gén* 1, 26). Por lo mismo, es moralmente perverso que las sociedades multinacionales, con la connivencia de sus respectivos gobiernos, deshumanicen y conviertan en esclavos virtuales a hombres, mujeres y niños, de forma que puedan producir bienes de consumo a bajo precio para las naciones ricas de Occidente.

Los ciudadanos del Tercer Mundo no son bienes muebles destinados a la explotación. El sentido moral cristiano nos obliga a ayudarlos dando los pasos políticos y económicos necesarios para remediar las causas de la injusticia social. Daniel le dijo a Nabucodonosor: «¡Oh rey, séate grato mi consejo: redime tus pecados con obras de justicia y tus iniquidades con la compasión por los pobres» (4, 24). Daniel nos da el mismo consejo hoy. Es significativo que el arrepentimiento de Nabucodonosor, la recuperación de su plena humanidad y su reconocimiento del dominio supremo de Dios sucedieran al mismo tiempo. Cuando nos arrepentimos y honramos a Dios como debemos, consideramos las vidas de los oprimidos tan preciosas como las nuestras. Pero cuando despreciamos las vidas de los pobres, deshonramos a Dios que los escucha cuando le imploran. «Pues escucha el Señor al indigente y no desdeña a sus cautivos» (*Sal* 69, 34). «Quien cierra el oído al clamor del pobre clamará a su vez y no hallará respuesta» (*Prov* 21, 13).

X

«EL REY BALTASAR DIO UN GRAN BANQUETE»

(Dan 5, 1-16)

[1]*El rey Baltasar dio un gran banquete a mil de*
sus magnates y en presencia de estos mil bebió
vino. [2]*Excitado por el vino, Baltasar mandó traer*
los vasos de oro y de plata que su padre Nabu-
codonosor había sacado del templo de Jerusalén,
para que bebieran en ellos el rey y sus magnates,
sus mujeres y sus concubinas. [3]*Le trajeron, pues,*
los vasos de oro y de plata que habían sido saca-
dos del templo de Dios de Jerusalén, y bebieron
en ellos el rey y sus magnates, sus mujeres y sus
concubinas. [4]*Bebieron vino y alabaron a sus dio-*
ses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de ma-
dera y de piedra.
[5]*En aquel momento aparecieron los dedos de una*
mano de hombre que escribían, delante del can-
delabro, sobre el yeso de la pared del palacio real.
El rey veía la palma de la mano que escribía. [6]*En-*
tonces al rey se le cambió el color del rostro, sus
pensamientos le aterraron, se le relajaron las arti-
culaciones de las caderas y sus rodillas chocaban
una contra otra. [7]*El rey mandó a voces que vi-*
nieran los adivinos, los caldeos y los astrólogos.

Tomó el rey la palabra y dijo a los sabios de Ba-
bilonia: El que lea esta escritura y me dé su in-
terpretación, será vestido de púrpura, llevará un
collar de oro al cuello y será el tercero en el go-
bierno del reino. [8]Vinieron, pues, todos los sabios
del rey, pero no pudieron leer la escritura ni dar
al rey la interpretación. [9]Entonces el rey Baltasar
se horrorizó, se le cambió el color del rostro y sus
magnates quedaron consternados.
[10]La reina, atraída por las palabras del rey y de
los magnates, entró en la sala del banquete y, to-
mando la palabra, dijo: ¡Vivas por siempre, oh rey!
No te asusten tus pensamientos ni se demude tu
semblante. [11]Hay en tu reino un hombre que posee
el espíritu de los santos dioses, y ya en tiempo de
tu padre se halló en él una luz, una perspicacia y
una sabiduría semejantes a las de los dioses. Por
eso el rey Nabucodonosor, tu padre, lo nombró jefe
de los magos, de los adivinos, de los caldeos y de
los astrólogos. [12]Puesto que en él, en Daniel, lla-
mado Beltšassar por el rey, se halló un espíritu ex-
traordinario y ciencia y perspicacia para la inter-
pretación de los sueños, revelación de los enigmas
y solución de los problemas, llámese ahora a Da-
niel y él dará la interpretación.
[13]Fue entonces llevado Daniel a la presencia del
rey, y el rey, tomando la palabra, le dijo a Da-
niel: ¿Eres tú Daniel, de los deportados de Judá,
que el rey, mi padre, trajo de Judea? [14]He oído
decir de ti que posees el espíritu de los dioses y
que se ha hallado en ti luz, perspicacia y sabidu-
ría extraordinarias. [15]Ahora mismo han hecho venir
a mi presencia a los sabios y a los astrólogos, para
que leyeran esta escritura y me dieran su inter-
pretación, pero no han podido darme la explica-
ción de ella. [16]Yo he oído decir de ti que puedes
dar interpretaciones y resolver problemas. Si efec-

tivamente puedes ahora leer la escritura y darme su interpretación, serás vestido de púrpura, llevarás un collar de oro al cuello y serás el tercero en el gobierno del reino.

Este conocido relato de la mano que escribe sobre la pared es una mezcla de leyenda, cuento popular e historia. Cada aspecto tenía un profundo significado para el auditorio original, al igual que lo tiene también para los que leen hoy el libro. Aunque Baltasar fue un personaje auténticamente histórico, no fue, estrictamente hablando, rey de Babilonia. No podía, por ejemplo, presidir la fiesta del Año Nuevo babilonio, que requería la presencia del rey. Más aún, Nabucodonosor no era el padre de Baltasar, como afirma 5, 2. El padre de Baltasar fue más bien Nabonides, que ni siquiera era descendiente de Nabucodonosor, sino un usurpador. Baltasar era, sin embargo, príncipe heredero, y el tercer año de los diecisiete que duró el reinado de su padre fue elevado al trono junto a él y ejerció entre 549 y 539 a. C. Más aún, durante las muchas largas ausencias de Nabonides fuera de la capital, Baltasar era prácticamente rey del imperio neobabilonio. Es también históricamente correcto que era él quien mandaba cuando se produjo la toma de Babilonia el año 539. Pero el autor de nuestro relato no está interesado en estos detalles históricos. Su interés es puramente teológico y espiritual.

Este relato, aunque independiente en sí mismo, se relaciona de cerca con el precedente, relativo a la locura de Nabucodonosor (cf. 3, 98 - 4, 34). De hecho, parte del relato precedente se repite aquí prácticamente con las mismas palabras (cf. 5, 18-21). Como en otras partes del libro, el presente relato tiene como tema principal la sabiduría que Daniel había recibido de Dios, que era con mucho superior a la peri-

cia de todos los sabios babilonios juntos. Sólo merced a esta sabiduría es capaz Daniel de interpretar las misteriosas palabras escritas por una mano. La lección teológica y espiritual del relato es clara. Dios castigará severamente al rey por su orgía y por el sacrilegio que cometió al inducir a sus huéspedes a beber vino de los vasos de oro y plata que Nabucodonosor había traído del templo de Jerusalén.

La fiesta sacrílega de Baltasar

Este relato se escribió durante la persecución de los judíos bajo Antíoco IV Epífanes. Por eso los judíos tienen que haberse sentido consolados por el pensamiento de que, lo mismo que Dios castigó la profanación de Baltasar, castigaría también sin duda a Antíoco por violar el templo de Jerusalén el año 167 a. C., cuando colocó en él una estatua de Zeus Olímpico. El relato se narra en *2 Mac* 6, 1-5: «Envió el rey [Antíoco IV] a un anciano ateniense para obligar a los judíos a que abandonaran las leyes de sus padres y a que no vivieran ya según las leyes de Dios. Le mandó profanar el templo de Jerusalén y dedicarlo a Júpiter Olímpico; y el de Garizim, a Júpiter Hospitalario, conforme a la condición de los habitantes del lugar. Esta agravación del mal era dura e insoportable para todos; porque el templo se vio lleno de desenfreno y de orgías por parte de los gentiles, que se solazaban con meretrices y tenían comercio con mujeres en el interior de los atrios sagrados, y además introducían allí cosas prohibidas. El altar mismo estaba lleno de cosas ilícitas, execradas por las leyes».

El contexto del presente relato es, como en el libro de Ester, un gran banquete en el palacio real. Por las excavaciones arqueológicas sabemos que en

los palacios del antiguo Oriente Próximo, particularmente en el palacio real de Babilonia, había enormes salones que tenían capacidad para centenares de personas en un banquete o en una recepción como la descrita en 5, 1. Toda persona de importancia estaba presente en el «gran banquete» de Baltasar. Además de los mil magnates, el rey estaba rodeado de sus esposas y concubinas. Ésta no era una fiesta ordinaria. Había comida en abundancia, golosinas de toda clase y gran cantidad de vino.

Los babilonios, según se ha comprobado históricamente, eran conocidos por su debilidad por el alcohol. En nuestro relato, Baltasar se embriagó a poco de comenzar el banquete. Su abuso del vino fue la ocasión de la orden sacrílega de traer los vasos de oro y plata del templo de Jerusalén, con el fin de que él, «sus magnates, sus mujeres y sus concubinas» pudieran beber en ellos (cf. 5, 2). La embriaguez ha sido ocasión de muchas otras decisiones pecaminosas. El alcohol desata las inhibiciones con el resultado de que bajo su influencia la gente tiende a realizar actos inmorales que de otro modo no cometería. Las palabras de Ben Sirá sirven de saludable advertencia: «No te hagas el valiente con el vino; que el vino echó a perder a muchos. El horno pone a prueba el temple del acero; así el vino los corazones en contienda de orgullosos. Como vida es el vino para los hombres, si lo bebes con moderación. ¿Qué vida es la del que está privado del vino? También él ha sido creado para regocijo del alma. Alegría del corazón y regocijo del alma: eso es el vino bebido a su tiempo y medida. Amargura de alma es el vino bebido en cantidad, con excitación y con pasos en falso. La embriaguez acrecienta el furor del necio hasta hacerle caer; disminuye la fuerza y añade heridas» (*Eclo* 31, 25-30). Muchos años después de Baltasar hubo una fiesta semejante. «Herodes, en su cum-

pleaños, dio un banquete a los grandes de su corte, a los jefes militares y a los principales personajes de Galilea». Para ofrecer un espectáculo, entró la hija de Herodías «se puso a bailar y agradó a Herodes y a los comensales. Entonces el rey dijo a la muchacha: "Pídeme lo que quieras, que te lo daré". En su estado de embriaguez, Herodes añadió bajo juramento: "Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino". Cuando la muchacha, incitada por Herodías –que había esperado la hora propicia para vengarse–, pidió la cabeza de Juan Bautista, Herodes espabiló rápidamente la borrachera y se dio cuenta de lo loco que había sido. Pero sus huéspedes miraban para ver lo que hacía. Así, para que Herodes salvara su prestigio, Juan el Bautista tenía que perder su cabeza (cf. *Mc* 6, 21-28).

Baltasar se superó a sí mismo en maldad al ordenar que trajeran «*los vasos de oro y de plata que su padre Nabucodonosor* había sacado del templo de Jerusalén» (5, 2). El autor, en el original arameo de 5, 3, emplea el recurso bíblico común de la «repetición de la frase» con ligeros cambios, indicados a continuación por mis letras en cursiva, para resaltar un punto significativo: «Cuando *los vasos de oro* tomados del templo *que es la casa de Dios* en Jerusalén fueron traídos...». El autor omite detalles en 5, 3 que pueden hacer la repetición tediosa, pero añade a la palabra «templo» una descripción significativa: «que es la casa de Dios» (especificación que no aparece en la traducción castellana de la edición de Herder), para acentuar el horror por la profanación de los vasos del templo llevada a cabo por Baltasar. Baltasar y sus invitados cometen otra abominación levantando estas copas sagradas en alabanza de «sus dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra» (5, 3-4).

El mal uso o el abuso de las cosas sagradas ha continuado hasta nuestro mismo tiempo. En la ne-

fanda *Kristallnacht*, «la noche de los cristales», la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, los nazis organizaron por toda Alemania una persecución antisemítica. Además de romper las ventanas de las tiendas judías, estos criminales profanaron y quemaron sinagogas, robando sus rollos sagrados de la Biblia y otros objetos preciosos. Este suceso espantoso llevaría finalmente a Hitler a la «solución definitiva», la aniquilación de seis millones de judíos europeos. En otros lugares también se profanaron iglesias y se las transformó en museos o establos. Las obras de arte sacro se convirtieron en piezas de colección para el conquistador. Los objetos de oro y plata de las iglesias y sinagogas se fundieron y vendieron. Peor todavía: los vasos sagrados destinados para uso litúrgico fueron profanados y empleados como copas ordinarias para beber, como en nuestro relato. Biblias y otros libros de iglesia guardados como un tesoro pasaron a ser curiosidades para los aficionados.

Dios es verdaderamente paciente, como escribe el salmista: «Pero tú, Señor, eres el Dios piadoso y compasivo, paciente, amable y fiel» (*Sal* 86, 15; cf. *Éx* 34, 6; *Núm* 14, 18; *Neh* 9, 17; *Sab* 15, 1; *Jl* 2, 13; *Jon* 4, 2). Sin embargo, la paciencia de Dios tiene un límite. La presunción es un pecado grave, como aprendió el rey Saúl ya demasiado tarde: «Pues la rebeldía es como pecado de hechicería, y la contumacia como delito de idolatría. Porque tú has rechazado la palabra de JHWH, él también te rechaza para que ya no seas rey» (*1 Sam* 15 23). También Pablo nos recuerda: «No os engañéis; de Dios nadie se burla; pues lo que el hombre sembrare, eso mismo cosechará. El que siembra para su propia carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna» (*Gál* 6, 7-8). Baltasar experimentaría pronto la verdad de estas palabras.

Una mano escribe en la pared

Parecía que no iban a tener límite la francachela de Baltasar y sus huéspedes, su desenfreno y su uso sacrílego de los vasos sagrados en un culto idolátrico. Se había dicho adiós a las inhibiciones y se había dado la bienvenida a los excesos. Baltasar quería que ésta fuera una fiesta memorable. Ni él ni sus huéspedes tenían la menor sospecha de por qué llegaría a ser verdaderamente digna de recuerdo. Esta fiesta iba a ser la última. El enemigo estaba a las puertas. Babilonia dejaría pronto de existir. En medio del estridente alborozo, sin que salieran de ninguna parte, de repente «aparecieron los dedos de una mano de hombre que escribían, delante del candelabro, sobre el yeso de la pared del palacio real» (5, 5). Aquí emplea el autor un inteligente recurso literario para hacer comprender lo que le importa: el verbo arameo *npq* de 5, 2-3, traducido por «traer», se repite en 5, 5, en una forma diferente que significa «aparecer». El objeto de este juego de palabras es fijar la atención en la arrogante blasfemia de Nabucodonosor que trajo (*npq*) los vasos del templo a Babilonia (cf. 5, 2) y de Baltasar que trajo (*npq*) estos vasos a la sala del banquete (cf. 5, 3). El tercer uso (por tanto, el más enfático) de *npq* para describir la aparición de la mano misteriosa (cf. 5, 5) dramatiza la respuesta de Dios a estos actos insolentes.

Baltasar no es capaz de arrepentirse

Ha llegado el momento del juicio divino. A Baltasar se le pasa pronto la borrachera. Palidece. Está literalmente temblando «y sus rodillas chocaban una contra otra» (cf. 5, 6). No tiene ni idea de lo que ha escrito la mano, pero tiene la intuición de que pre-

sagia un desastre. Pero no se arrepiente. Baltasar sigue el ejemplo de sus predecesores en circunstancias similares y convoca a «los adivinos, los caldeos y los astrólogos» para que interpreten lo que ha escrito la mano en la pared. Para motivar a estos sabios a que lo hagan lo mejor posible, el rey ofrece ricas recompensas al que pueda decirle el significado de la escritura: vestido de púrpura, que es el vestido de la realeza (cf. *Mc* 15, 17), un collar de oro en torno al cuello como signo de autoridad (cf. *Gén* 41, 42) y una importante promoción en el gobierno del reino (cf. 5, 7). Pero el dinero no puede comprar el significado de este misterio, que sólo Dios puede revelar. Como en los relatos precedentes, los sabios babilonios no pueden ayudarle en absoluto. Su sabiduría es inútil por completo. Ni siquiera pueden descifrar las palabras, cuánto menos interpretar la escritura. El terror de Baltasar se intensifica, «se le cambió el color del rostro». Incluso sus magnates «quedaron consternados» (5, 9). Se acabó la fiesta, para siempre.

A lo largo de la historia Dios ha proporcionado una mano que escribe, no misteriosa, sino claramente, sobre el muro. Hoy la escritura tiene implicaciones globales. Dios escoge los acontecimientos y las personas que escriban según su querer. Lo que nos dicen los científicos sobre la devastación ecológica, especialmente en los bosques tropicales, y sobre la polución ambiental debida a los desechos industriales, las emisiones de los vehículos y los pesticidas usados en la agricultura: todo esto es una escritura que nosotros, como género humano, ignoramos, con el consiguiente peligro. El desastre nuclear de Chernobil es una escritura que todos podemos ver e interpretar. El tiempo de aplicarnos a estas cuestiones es ahora mismo. El reloj está dando la señal. No podemos pretender que más tarde tengamos tiempo de actuar.

La reina no estaba presente en el banquete. Quizá la fiesta sería demasiado desenfrenada para invitar a la reina o principal consorte. Pero es más verosímil que aquí se esté haciendo referencia a la reina madre, Nitocris, la viuda de Nabucodonosor. Según Herodoto (I, 185-187), tenía reputación de sabia. Cuando ella oye «las palabras del rey y los magnates», entra en la sala del banquete. No vino a reprender a su hijo borracho, sino a ofrecer ayuda. Se dirige al rey con el saludo de costumbre: «¡Vivas por siempre, oh rey!» (5, 10). Sólo el lector puede ver la ironía de las palabras. Antes de que la noche llegue a su término, matarán a Baltasar (cf. 5, 30). La reina habla al rey de Daniel, un hombre «que posee el espíritu de los santos dioses» (5, 11), descripción que hemos hallado también en 4, 4.15. Hace un breve resumen de la carrera de Daniel. Éste tiene «una perspicacia y una sabiduría semejantes a las de los dioses». Fue nombrado «jefe de los magos, de los adivinos, de los caldeos y de los astrólogos» por su extraordinaria inteligencia. Es entendido en «la interpretación de los sueños, revelación de los enigmas y solución de los problemas» (cf. 5, 11-12).

Baltasar secunda la sugerencia. Primero pregunta a Daniel: «¿Eres tú Daniel, de los deportados de Judá, que el rey, mi padre, trajo de Judea?». La ironía de esta pregunta es impresionante. El grande y poderoso rey babilonio tiene que invitar a hablar al indefenso e impotente «judío deportado» para que lea la escritura e interprete su significado. El rey trata luego de halagar a Daniel diciéndole que ha oído hablar de su «perspicacia y sabiduría extraordinarias» (5, 14). El rey se ve forzado a admitir que sus sabios y encantadores no han podido ayudarlo. Si Daniel puede leer e interpretar la escritura, el rey le promete la

misma abundancia de dones que había ofrecido a sus sabios.

Halagos y riquezas: también hoy se ofrecen a hombres y mujeres de fe para inducirlos a atenuar el mensaje divino de juicio sobre la rebeldía y el vicio de los hombres. El poeta satírico romano Juvenal (h. 60-127 d. C.) escribió una vez: *Omnia Romae cum pretio*, «En Roma se pueden tener todas las cosas pagando». Sin embargo, cuando está de por medio nuestra alma, ésta no se puede vender ni a cambio de dinero ni de posición social. Daniel se da cuenta de las tácticas manipuladoras de Baltasar. Ningún regalo ni honor le impedirán pronunciar el juicio de Dios sobre el rey.

Este relato ha sido inmortalizado por Rembrandt (1606-1669) en su famoso cuadro «El banquete de Baltasar».

XI

«LEERÉ AL REY LA ESCRITURA» (Dan 5, 17-31)

[17]Daniel tomó entonces la palabra y dijo al rey: Sean para ti tus dones y da tus regalos a otro; yo, de todos modos, leeré al rey la escritura y le daré a conocer su interpretación. [18]¡Oh rey!, el Dios Altísimo dio a Nabucodonosor, tu padre, el reino, la grandeza, la gloria y la majestad. [19]Y por la majestad que le dio, temblaban y estaban consternados ante él todos los pueblos, naciones y lenguas; mataba a quien quería, y a quien quería dejaba con vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba. [20]Pero cuando su corazón se ensoberbeció y su espíritu se obstinó en el orgullo, fue derribado de su trono real y despojado de su gloria. [21]Fue arrojado de entre los hijos de los hombres, su corazón se hizo semejante al de las bestias, convivió con los asnos salvajes, comió hierba como los bueyes, y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que reconoció que el Dios Altísimo es quien domina sobre el reino de los hombres y pone sobre él a quien le place.

[22]Mas tú, Baltasar, hijo suyo, no humillaste tu corazón a pesar de que sabías todo esto. [23]Te alzas-

te contra el Señor del cielo; hiciste que te trajeran los vasos de su casa, y habéis bebido vino en ellos tu y tus magnates, tus mujeres y tus concubinas; veneraste a los dioses de plata y de oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que no ven, ni oyen, ni entienden, y no has glorificado al Dios que tiene en su mano tu hálito vital y todos tus caminos. [24]*Por eso envió él esa mano y fue trazada esa escritura.* [25]*He aquí la escritura que ha sido trazada:* Mené, Mené, Tequel, Perés. [26]*La interpretación de estas palabras es la siguiente:* Mené: *Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin.* [27]Tequel: *has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso.* [28]Perés: *tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas.*

[29]*Entonces Baltasar mandó que vistieran de púrpura a Daniel, le pusieran el collar de oro al cuello y proclamaran que sería el tercero en el gobierno del reino.* [30]*Aquella misma noche fue asesinado Baltasar, rey de los caldeos.* [31]*Y Darío, el medo, recibió el reino, cuando tenía ya sesenta y dos años de edad.*

El ofrecimiento que hace Baltasar de una rica recompensa y un ascenso en su reino es un vano intento de sobornar a Daniel para que cambie el juicio inminente de Dios. Este intento trae a la memoria la historia del rey Balaq de Moab, quien intentó en vano sobornar a Balaam para que maldijera a Israel (cf. *Núm* 22-24). En vez de maldecir a Israel, Balaam lo bendijo bajo inspiración divina: «Balaq se enfureció contra Balaam y, dándole una palmada, dijo a Balaam: Te he llamado para maldecir a mis enemigos, y los has bendecido ya por tres veces. Ahora, pues, huye a tu tierra. Yo dije que te colmaría de honores... Balaam le respondió: ¿No había dicho yo a los mensajeros que me enviaste: Aunque me diera

Balaq toda su casa llena de plata y oro, no podría yo transgredir la orden de JHWH, haciendo a mi arbitrio cosa buena o mala, y que sólo hablaría lo que JHWH me comunicara?» (*Núm* 24, 10-13). El dinero adquirido por medios tortuosos o, peor aún, por la explotación del hombre, no se volverá incontaminado aunque sea regalado incluso para causas nobles. Del mismo modo, la «filantropía» no purificará una conciencia culpable. Sólo el arrepentimiento y la devolución restablecerán el orden justo y conducirán al perdón divino.

Daniel amonesta al rey

Daniel no cede ante los halagos de Baltasar o sus generosos presentes. Se niega a aceptar cosa alguna, diciendo al rey con franqueza, pero cortésmente, que se guarde sus dones o los regale a otros. Antes de leer e interpretar la misteriosa escritura, Daniel propina al rey una breve pero poderosa homilía (cf. 5, 17-24). La homilía tiene dos partes equilibradas. Una comienza con «oh rey» (5, 18), y la otra con «mas tú, Baltasar, hijo suyo» (5, 22). James A. Montgomery escribió en su famoso comentario: «No hay en la Biblia un ejemplo de predicación tan incisivo como esta severa e inexorable condena». Daniel repasa la historia del padre de Baltasar tal como se describe detalladamente en el capítulo 4. Dios había dado a Nabucodonosor «el reino, la grandeza, la gloria y la majestad». Pero, como este rey se volvió orgulloso e insolente, «fue derribado de su trono real y despojado de su gloria». Fue arrojado a vivir «con los asnos salvajes» y a comer hierba «como los bueyes» hasta que «reconoció que el Dios Altísimo es quien domina sobre el reino de los hombres y pone sobre él a quien le place» (cf. 5, 18-21).

A pesar de esta clara advertencia, Baltasar persistió en seguir el ejemplo arrogante de su padre. En lugar de humillarse, se alzó «contra el Señor del cielo» trayendo a la sala de su banquete los vasos del templo de Jerusalén y violándolos cuando él y sus nobles, sus esposas y sus concubinas bebieron de ellos. Para colmar el sacrilegio, Baltasar y sus huéspedes, mientras bebían de los vasos sagrados, veneraron «los dioses de plata y de oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que no ven, ni oyen, ni entienden» (5, 23). Aquí tenemos otro ejemplo del recurso literario llamado «repetición de la frase» que he mencionado en el capítulo anterior. En 5, 4, los dioses se describen simplemente en términos de los materiales de que están hechos: «de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra». Pero en 5, 23 el autor añade a esta repetición las significativas palabras «que no ven, ni oyen, ni entienden». Esta cláusula procede de *Dt* 4, 28: «allí serviréis a dioses de madera y piedra, hechos por mano de hombre, que no ven ni oyen, ni comen ni huelen». Los dioses paganos, incluso si están hechos de oro y plata, carecen por completo de vida y de valor. Incapaces incluso de ver u oír, de comer u oler, y faltos por completo de inteligencia, no tienen nada que ofrecer a los seres humanos, excepto la nada y el vacío que son.

A pesar de las repetidas advertencias halladas en el Antiguo Testamento, son muchos los que hoy dan culto a ídolos de oro y plata con el mismo entusiasmo y energía que cualquier pagano antiguo. Como dijo Dante de Carlos I de Anjou, «Te has hecho un dios de oro y plata./ ¿En qué te diferencias de un idólatra/ salvo en que él da culto a uno y tú a un ciento?» (*La Divina Comedia*, «Infierno», XIX, 112-114). Escribe Pablo: «Tened esto bien entendido: ningún lujurioso, ni impúdico, ni codicioso –lo cual es ser idólatra– tiene herencia en el reino de Cristo y

de Dios» (*Ef* 5, 5). Sin embargo, a causa de la avidez y la búsqueda de grandes beneficios, muchos ejecutivos de empresas no ven hoy nada malo en permitir que millones de niños anuden alfombras en la India y Pakistán, recolecten plátanos en Brasil, recojan trapos en Egipto y trabajen en los campos de algodón en Sudán. Pablo describe la conversión como un proceso doble: apartarse de los ídolos y servir al Dios verdadero: «...abandonando los ídolos, os volvisteis a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar a su Hijo cuando vuelva de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos, a Jesús, que nos libra de la ira venidera» (*1 Tes* 1, 9-10). «Servir a los ídolos» es una expresión taquigráfica de Pablo para referirse al culto tributado a poderes que exigen la lealtad de los seres humanos. El yen, el marco alemán y el dólar tienen más adoradores que los que tuvo jamás Marduk, aunque Venus, diosa del sexo, y Baco, dios del vino, siguen teniendo su devota clientela.

Daniel dice al rey a quemarropa: Te alzaste «contra el Señor del cielo». Como Nabucodonosor, Baltasar había sido un monarca poderoso. Como su padre, Baltasar había sobrepasado los límites que se marca incluso un déspota absoluto. Pero a diferencia de su padre, que había aprendido que «el Altísimo domina sobre el reino de los hombres y lo da a quien quiere» (4, 29) y se arrepintió de su insolencia y de su autocomplacencia (cf. 4, 31-34), Baltasar sigue obstinado, no dando ninguna señal de arrepentimiento. Sus pecados de arrogancia y sacrilegio son pecados de rebeldía, crímenes contra el orden justo, porque, como Daniel dice al rey, «no has glorificado al Dios que tiene en su mano tu hálito vital y todos tus caminos» (5, 23).

También el profeta Natán se encaró con David después de que el rey cometiera adulterio con Betsa-

bé, intentara encubrir su crimen y luego ordenara el asesinato de Urías, el marido de Betsabé: «Dijo entonces Natán a David: ... Así habla JHWH, Dios de Israel: Yo te ungí rey de Israel y te libré de las manos de Saúl. Yo te entregué la casa de tu Señor y puse en tus brazos las mujeres de tu amo, al mismo tiempo que te daba la casa de Israel y de Judá; y como si esto fuera poco, yo te habría añadido todavía cosas mayores. ¿Por qué, pues, has menospreciado la palabra de JHWH, y has hecho lo que es malo a sus ojos? Has hecho morir por la espada a Urías, el hittita, y luego has tomado por esposa a su mujer; lo has asesinado con la espada de los ammonitas. Pues bien, ya no se apartará nunca la espada de tu casa, porque me has despreciado y has tomado por esposa a la mujer de Urías» (*2 Sam* 12, 7-10). El momento del juicio llega para todo pecado, incluido el nuestro.

Daniel lee e interpreta la escritura de la pared

Daniel le dice al rey: «Por eso envió él [Dios] esa mano y fue trazada esa escritura» (5, 24). Como los profetas que habían sido enviados a anunciar el mensaje del Señor (cf. *Is* 6, 9; *Jer* 1, 7; *Am* 7, 15), la mano era enviada por Dios para escribir un mensaje de juicio para el impenitente Baltasar. Finalmente, tras un largo tiempo de suspense, Daniel lee la misteriosa escritura, pronunciando las palabras «MENÉ, TEQUEL, PERÉS». Pero estas palabras necesitan un intérprete, lo mismo que el eunuco etíope necesitó la instrucción del apóstol Felipe: «Corrió Felipe a su lado y oyó que iba leyendo al profeta Isaías. Y le dijo: "¿Crees que entiendes lo que vas leyendo?". Él le contestó: "¿Y cómo podría, si alguien no me lo explica?". Y rogó a Felipe que subiera y se sentara con él» (*Act* 8, 30-31).

Las enigmáticas palabras pueden tener varios significados. Desde finales del siglo pasado, los estudiosos han sugerido que las palabras representan tres pesos o monedas: una mina, un shekel (la sexagésima parte de una mina) y media mina. Éstas, a su vez, pueden indicar tres reyes en ese orden de importancia: Nabucodonosor, Baltasar y Darío el Medo. Cualquiera que sea la hipótesis relativa a los posibles significados, la interpretación de los criptogramas es lo que les importa a nuestro autor y a sus lectores. Tomando estas tres palabras como raíces verbales arameas, Daniel las interpreta ahora para Baltasar, que se halla presa del pánico: MENÉ viene del verbo «calcular», «contar», «medir». Así Daniel dice al rey que «Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin». TEQUEL, del verbo «pesar», significa que «has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso». PERÉS, del verbo «dividir», significa que «tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas» (cf. 5, 25-28). En su excelente libro sobre la apocalíptica, S. B. Frost escribe sobre la interpretación de Daniel sobre estas tres palabras: «Que un reino sea pesado en una balanza y hallado falto de peso es el material mismo de la profecía; que sea dividido es un pronunciamiento de un juicio divino al estilo de Isaías; pero que sea *contado* es el pensamiento propio únicamente de la apocalíptica. Toda la escuela está impregnada de la concepción de periodos predeterminados por decreto divino».

El Señor de la historia ha «contado» o «medido» los hechos de Baltasar y los del poderoso imperio babilonio. Las acciones y personalidad del rey dejan que desear en la balanza del juicio de Dios. El resultado es que él y su reino caerán hechos pedazos para desaparecer por completo. «Por eso serán como niebla matutina, como rocío matinal que pasa, como tamo aventado en la era, como humo que sale por

la chimenea» (*Os* 13, 3). Baltasar podía haber previsto el juicio de Dios. Como le había recordado Daniel, sabía lo que Dios había hecho para castigar la insolencia de su padre Nabucodonosor (cf. 5, 22). Sin embargo, Baltasar no acepta este momento de gracia. Se niega a cambiar sus caminos. No aprende la lección que Dios le ha dado. Demuestra tener una absoluta ligereza ética cuando añade a su maldad el pecado de sacrilegio. *Talis pastor, qualis grex*, «Como el jefe, así es el pueblo». El imperio babilonio era de vasta extensión y su influencia política era inmensa. Pero su valor moral era ligero, sin sustancia. Su destino estaba sellado junto con la suerte de Baltasar.

Ésta es la historia de muchos otros imperios posteriores. El juicio de Dios sobre la insolencia y la injusticia es cierto. Pero la hora sólo la conoce Dios. Hay lecciones que aprender de la historia. Los reyes y las naciones caen bajo el gobierno soberano del Señor de la historia. Los reyes y las naciones no son autónomos, aun cuando actúen como si no tuvieran que dar cuentas a nadie excepto a sí mismos. Dios «medirá» todo reino, y «pesará» su valor moral y «dividirá» lo que está depravado y lo dará a algún otro. Tal es la historia de Roma, el mayor imperio del mundo antiguo. La escritura es clara. Sería temerario creer que el juicio divino será diferente sobre las naciones de hoy.

Baltasar recompensa a Daniel

Aparentemente, Baltasar reconoce la justicia de la sentencia divina que ha pronunciado Daniel contra su sacrilegio e idolatría. Quizás en un momento de gracia Baltasar ve finalmente los errores de su conducta y acepta su muerte como un acto de reparación. Ésa puede ser la razón por la que Daniel se

muestra conforme en aceptar los dones y honores que antes había rehusado (5, 17). La última orden de Baltasar como rey a sus cortesanos es que «*vistieran de púrpura* a Daniel, *le pusieran el collar de oro al cuello y proclamaran que sería el tercero en el gobierno del reino*» (5, 29). Las palabras en cursiva aparecen aquí por tercera vez en el relato y, por tanto, con mayor énfasis que las veces anteriores. Aquella misma noche «fue asesinado Baltasar, rey de los caldeos», y le sucedió Darío el Medo (cf. 6, 1).

El pecado de idolatría

Después de haber profanado los vasos del templo empleándolos en su orgía, Baltasar y sus huéspedes borrachos alzaron estos sagrados cálices alabando a sus «dioses de plata y de oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que no ven, ni oyen, ni entienden». La idolatría era una afrenta directa a Dios, que había dicho a Moisés en el monte del Sinaí: «Yo soy JHWH, tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí. No te harás ninguna imagen esculpida, ni figura de lo que hay arriba en los cielos, o abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni las servirás» (*Ex* 20, 2-5).

A los falsos dioses de plata y oro se les sigue tributando culto hoy en los mercados financieros y en las salas de juntas del opulento Occidente. Pero estos dioses no pueden salvar, no pueden hablar, no pueden contentar a nadie. Como dice el profeta Jeremías: «Los dioses de los pueblos son vanidad: madera que se corta del bosque, labrada por las manos del artífice con el hacha. Con plata y oro se la adorna: con plata laminada. Con clavos y a martillazos

los sujetan, para que no se tambaleen. Son como espantajo de melonar, que no hablan; hay que llevarlos, porque no pueden andar. No los temáis, pues ni pueden hacer mal, ni está en su poder hacer bien» (*Jer* 10, 3-5). Aunque los falsos dioses de plata y oro no tienen nada que ofrecer, muchos siguen postrándose ante ellos para conseguir más y gastar más con la vana esperanza de alcanzar algo que la riqueza jamás puede dar.

Profanación de las cosas santas

También Antíoco IV Epífanes había profanado el templo de Jerusalén. «Entró con insolencia en el santuario, se llevó el altar de oro, el candelabro de la luz y todos sus utensilios, la mesa de los panes, los vasos para las libaciones, las copas y los incensarios de oro, el velo y las coronas; y arrancó todo el decorado de oro que cubría la fachada del templo. Tomó la plata, el oro, los objetos preciosos y los tesoros escondidos que pudo hallar. Con todo ello se volvió a su tierra, después de haber hecho gran matanza y de haber proferido palabras de inaudita insolencia» (*1 Mac* 1, 21-24). Como Baltasar antes que él, Antíoco recibiría a su debido tiempo el justo merecido a su maldad e insolencia.

Baltasar cometió un sacrilegio haciendo mal uso de los vasos del templo para beber vino mientras alababa a sus dioses. Pablo amonesta a los cristianos sobre otra profanación: «El que coma del pan o beba de la copa del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Que cada uno se examine a sí mismo, y así coma del pan y beba de la copa. Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condena» (*1 Cor* 11, 27-29). La referencia de Pablo al «cuerpo» en la úl-

tima frase no es al cuerpo de Cristo, que todos los cristianos creían que estaba verdaderamente presente en la Eucaristía. Más bien es al cuerpo de Cristo que comprende a todos los creyentes. La falta de los corintios consistía en no reconocer el cuerpo del Señor presente en cada miembro de la comunidad. En efecto, en otro lugar les dice Pablo: «Y así, pecando contra los hermanos e hiriendo su conciencia débil, estáis pecando contra Cristo» (*1 Cor* 8, 12; cf. *Mt* 25, 31-45). Una advertencia oportuna para examinarnos a nosotros cuando nos vemos tentados a participar en la Eucaristía sin antes hacer honor a nuestras responsabilidades con los que pasan necesidad.

XII

«EL REY DARÍO FIRMÓ EL DOCUMENTO CON TAL PROHIBICIÓN»

(Dan 6, 2-10)

[2]Resolvió Darío establecer en el reino ciento veinte sátrapas que estuvieran distribuidos por todo el reino. [3]Sobre ellos había tres inspectores –uno de los cuales era Daniel–, para que los sátrapas les dieran cuenta de todo y para evitar de este modo que el rey sufriera daño alguno. [4]Pues bien, como Daniel sobresalía entre los inspectores y los sátrapas, porque poseía un espíritu extraordinario, el rey pensó ponerlo al frente de todo el reino. [5]Los inspectores y los sátrapas buscaron entonces un motivo para acusar a Daniel en lo tocante a los asuntos del reino, pero no pudieron encontrar motivo alguno, ni falta, porque era fiel, y por eso no hallaron negligencia alguna ni falta que reprocharle. [6]Dijéronse entonces aquellos hombres: No encontraremos motivo alguno de acusar a este Daniel, si no hallamos algo contra él en la ley de su Dios. [7]Así, pues, aquellos inspectores y sátrapas fueron precipitadamente al rey y le dijeron: ¡Vivas por siempre, oh rey Darío! [8]Todos los inspectores del reino, los prefectos, los sátrapas, los consejeros y los

gobernantes aconsejan que se promulgue un edicto real, por el cual se ponga en vigor esta prohibición: Quien por espacio de treinta días, haga una oración a quienquiera que sea, Dios u hombre, fuera de a ti, ¡oh rey!, sea arrojado al foso de los leones. [9]Ahora, pues, ¡oh rey!, promulga el edicto y firma el documento, para que, según la ley irrevocable de los medos y de los persas, no sea modificado. [10]Ante esto, el rey Darío firmó el documento con tal prohibición.

Antes de que lo mataran, Baltasar había conferido a Daniel honores regios y un ascenso a «tercero en el gobierno del reino» (5, 29). El rey Darío, que sucedió a Baltasar en el reino, reconoció la valía de un hombre como Daniel. De ahí que nombrara a Daniel como uno de los tres supervisores a los que tendrían que dar cuenta los «ciento veinte sátrapas» que tenían la misión de salvaguardar los intereses reales. Como en los otros relatos, no causa sorpresa el hecho de que «Daniel sobresalía entre los inspectores y los sátrapas, porque poseía un espíritu extraordinario». En otra parte se dice que Daniel tenía «el espíritu de los dioses santos» (cf. 4, 5.6.15; 5, 11), o «el espíritu de Dios» (5, 14) [sin embargo, también en este caso Herder traduce por «el espíritu de los dioses», *n.d.r.*] El resultado es que «el rey pensó ponerlo al frente de todo el reino» (6, 4). Así está preparada la escena para el drama que vendrá a continuación. Es un relato de envidia y celos que lleva a conspirar para desembarazarse del inocente Daniel; pero es también un relato en que Dios vindica a Daniel y en el que se narra la destrucción final de los conspiradores en el foso de los leones que habían preparado para su enemigo. Este relato tiene la misma construcción que el del capítulo 3. Como en la historia de Šadrak, Mešak y Abed-Negó,

el presente relato se desarrolla de modo dramático, repitiendo palabras clave y expresiones en un estilo típicamente bíblico. Así, en el arameo original, la expresión «el rey» aparece treinta y una veces; «Daniel», veintiuna veces; «el reino», diez veces; «el foso [de los leones]», diez veces; «los leones», nueve veces.

El pecado de envidia y celos

Como sucede a menudo cuando alguien alcanza el éxito, hay gente que se vuelve envidiosa y celosa, como ocurre aquí con los otros dos supervisores y los sátrapas. En el curso de la historia, los vicios gemelos de la envidia y los celos han hecho estragos. En efecto, como sabemos por los relatos de la Pasión, «por envidia se lo [a Jesús] habían entregado los pontífices» (cf. *Mc* 15, 10; *Mt* 27, 18). «Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo; y la experimentan los que son de su partido» (*Sab* 2, 24). «La envidia y el malhumor abrevian los días; antes de tiempo los cuidados traen la vejez» (*Eclo* 30, 24). Con razón amonesta Yago a Otelo: «Guardaos, mi señor, de los celos; son un monstruo de ojos verdes que odia la carne de que se alimenta» (Shakespeare, *Otelo*, III, 3).

El autor de los Proverbios afirma también esta aguda intuición de una forma algo distinta: «Un corazón tranquilo es vida del cuerpo, la envidia corroe los huesos» (*Prov* 14, 30). «Cruel es el furor y desbordante la cólera, pero ¿quién se enfrenta a los celos?» (*Prov* 27, 4). En cierta ocasión, durante la homilía que pronuncié en una boda, dije que los celos son el único vicio del que no se saca nada a cambio. La persona que roba, por ejemplo, consigue los bienes robados. Pero el que es celoso no tiene nada que pueda mostrar. Después de la misa se me acer-

có una mujer de edad y me dijo: «Padre, está equivocado. La persona celosa consigue algo: úlceras de estómago». Sabias palabras, realmente.

La envidia no debería tener cabida en la vida del cristiano. El amor genuino no tiene espacio alguno para este vicio, porque, como nos dice Pablo, «el amor es paciente, el amor es benigno; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es indecoroso ni busca su interés; no se irrita ni lleva cuenta del mal; no se alegra de la injusticia, sino que se goza con la verdad» (*1 Cor* 13, 4-6). Pablo enumera la envidia entre otros pecados mayores: «Como en pleno día, caminemos con decencia: no en orgías ni borracheras; no en fornicaciones ni lujurias; no en discordias ni envidias» (*Rom* 13, 13). Es posible que Pablo haya puesto intencionadamente la envidia en el sexto y último lugar de su lista, por ser el número seis, como indiqué en el capítulo IV, un número que significa imperfección. Dice Pablo a los corintios: «...aún sois puramente humanos. Porque, mientras entre vosotros haya contienda [envidia] y discordia, ¿no continuáis siendo puramente humanos y no es vuestra conducta puramente humana?» (*1 Cor* 3, 3).

Los medos odian al extranjero Daniel

Otro motivo por el que los cortesanos reales sentían odio consistía en que Daniel era «el deportado de Judá», expresión despectiva con que se refieren a él sus enemigos (cf. 6, 14). Su piedad era también irritante. Así que sus enemigos conspiran para darle muerte. La persecución es algo que el cristiano fiel debe estar también dispuesto a soportar. «Todos los que quieran vivir religiosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos» (*2 Tim* 3, 12). Daniel era, además, un forastero, un intruso. Era diferente. Ni siquiera era

medo como los demás supervisores y sátrapas. No sólo la posición de autoridad de que gozaba Daniel sobre todo el reino medo, sino también su condición de judío, su alteridad, dieron origen a sospechas y resentimientos. La xenofobia –temor o desprecio indebidos a los forasteros o extranjeros–, y el racismo son perniciosos compañeros que dan a luz toda clase de males y conducen al odio homicida, como sucede en nuestro relato.

Desde los tiempos antiguos, incluso entre cristianos, por desgracia, el sentimiento antijudío ha sido una forma particularmente venenosa de xenofobia y racismo. Los judíos eran odiados por la exclusiva razón de que eran judíos. Si eran pobres, se los despreciaba. Si eran ricos, se los consideraba tramposos y taimados. Si eran influyentes, se los criticaba. Si eran eminentes en las artes y las ciencias, el derecho y la medicina, se los envidiaba. En su forma más extrema, el odio antijudío condujo a las persecuciones asesinas en Europa y en otras partes, y luego a la tragedia final del Holocausto. Pero en su forma más común y más sutil, este odio corrompe las relaciones y conduce a una discriminación injusta y a disturbios sociales.

La fidelidad de Daniel en el gobierno

Un nuevo motivo para el odio y la envidia de los paganos es la fidelidad intachable de Daniel. Los conspiradores habían empleado sus mejores artes para encontrar «un motivo para acusar a Daniel en lo tocante a los asuntos del reino, pero no pudieron encontrar motivo alguno, ni falta, porque era fiel, y por eso no hallaron negligencia alguna ni falta que reprocharle» (6, 5). Los enemigos de Daniel no pudieron hallar ninguna prueba para presentar un cargo

criminal o político contra él. Aquí se hacen tres afirmaciones mayores sobre la personalidad de Daniel. Primero, Daniel era «fiel», era digno de confianza, era leal, era formal. Esto trae a la memoria lo que dice Pablo sobre el discipulado cristiano: «Que los hombres sólo vean en nosotros servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, en los administradores lo que se busca es que cada cual sea fiel» (*1 Cor* 4, 1-2).

Segundo, Daniel no era negligente. Cumplía todas las obligaciones de su alto cargo de gobierno. No buscaba favores por razón de su posición. No ahorraba esfuerzos. Se hacía responsable de cada uno de sus actos. Esto nos recuerda lo que dijo Jesús a los que eran negligentes en sus responsabilidades espirituales: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os preocupáis por el diezmo de la menta, del hinojo y del comino, mientras habéis descuidado lo de más peso en la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Esto es lo que había que practicar y aquello no dejarlo» (*Mt* 23, 23).

Tercero, Daniel no era culpable de mala conducta o de corrupción en su cargo. Nunca se aprovechó de su poder o autoridad sobre el reino entero. Creía que todo poder viene de Dios. Recordaba las palabras del santo centinela que había dicho «que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres; lo da a quien le place y eleva al más humilde de los hombres» (4, 14). En su proceso, Jesús reformulará estas palabras ante Pilato: «Ninguna autoridad tendrías sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto» (*Jn* 19, 11).

Los conspiradores hacen caer a Daniel en una trampa

Desde el momento en que Daniel no podía ser acusado de ninguna conducta mala ni de incompe-

tencia, los conspiradores ensayaron otra política, algo particularmente maligno y astuto. Se concentraron en la religión de Daniel y en sus prácticas espirituales con el fin de hacerle caer en la trampa. Los lectores originales del relato se verían reflejados en lo que le estaba sucediendo a Daniel, pues ellos experimentaron un odio y una persecución similares por parte de Antíoco IV Epífanes. «Por medio de mensajeros envió el rey [Antíoco] cartas a Jerusalén y a las ciudades de Judá, para que siguieran costumbres extrañas al país. Debían excluir del santuario holocaustos, sacrificios y libaciones; profanar sábados y fiestas; contaminar el santuario y los lugares santos; construir altares, recintos sagrados y santuarios idolátricos; ofrecer en sacrificio puercos y animales impuros; dejar a sus hijos sin circuncidar; mancillarse a sí mismos con toda clase de impurezas y de abominaciones, de modo que olvidaran la ley y cambiaran todas sus costumbres. Y quien no obrara conforme a este decreto del rey, debía morir» (*1 Mac* 1, 44-50).

El decreto injusto del rey

Los inspectores y sátrapas fueron en tropel al rey y lo saludaron con la fórmula habitual: «¡Vivas por siempre, oh rey Darío!». Habiendo planeado su proyecto hasta el último detalle, le dicen al rey: «Todos los inspectores del reino, los prefectos, los sátrapas, los consejeros y los gobernadores aconsejan que se promulgue un edicto real, por el cual se ponga en vigor esta prohibición: Quien, por espacio de treinta días, haga una oración a quienquiera que sea, Dios u hombre, fuera de a ti, ¡oh rey!, sea arrojado al foso de los leones» (6, 8). Tal decreto no tiene paralelo en la historia de que tenemos conocimiento. Incluso los reyes helenistas que pretendían tener de-

recho a honores divinos, como Antíoco IV, no prohibieron el culto a cualquier otro dios junto a ellos. En nuestro relato, sin embargo, la cuestión es que Daniel simboliza al pueblo judío, y Darío es un símbolo del paganismo que exigía un culto exclusivo a los ídolos, como en el relato del capítulo 3.

Los conspiradores habían mentido sin duda cuando dijeron «todos los inspectores», pues Daniel, uno de los tres inspectores, no tuvo ciertamente parte alguna en sugerir el real decreto. Los conspiradores recurren a los halagos para conseguir que el inconsciente e ingenuo Darío apruebe su conjura. «Ahora, pues, ¡oh rey!, promulga el edicto y firma el documento, para que, según la ley irrevocable de los medos y los persas, no sea modificado» (6, 9). Ignorando su malvado intento, Darío «firmó el documento con tal prohibición» (6, 10). El poderoso rey Darío muestra ser un hombre débil de carácter si se le compara con Daniel, el judío, que controlaba sus decisiones y acciones. Una referencia a la inmutabilidad e irrevocabilidad de la ley meda y persa se encuentra también en *Est* 1, 19 y 8, 8. Según el historiador griego Diodoro Sículo, que escribió en el siglo I a. C., el concepto de tal ley existía en el tiempo de Darío III (335-331 a. C.), el último de los reyes persas.

Sorprenden a Daniel orando a Dios

El resto del relato deja claro que Darío no tenía intención de hacer daño a nadie al firmar la prohibición. Después de que los conspiradores «acudieron precipitadamente y hallaron a Daniel orando y suplicando a su Dios» (6, 12), informaron al rey sobre esta violación de la ley meda y persa. Darío, sin embargo, «recibió un gran disgusto y trató de salvar a Daniel» (6, 15). Pero al final prevalecieron los cons-

piradores. Persuadieron a Darío para que hiciera cumplir el injusto decreto que había convertido en ley del país. Así Daniel fue arrojado en el foso de los leones. A pesar de la evidente buena voluntad hacia Daniel y su noble intento de salvarlo de los leones, queda claro, en primer lugar, que Darío cometió un error al firmar la ley inmoral.

Al dejarse persuadir por los halagos de sus cortesanos, el rey puso de manifiesto su flojo carácter. Sucumbió a la tentación, siempre presente en los gobernantes del antiguo Oriente Próximo, de actuar como un dios. Años atrás, Nabucodonosor se había portado como si fuera un dios (cf. *Dan* 4), y Baltasar no aprendió nada de los errores de su padre (cf. *Dan* 5). Cuando nuestro autor escribió el presente relato, Antíoco IV había intentado obligar a los judíos a dar culto a su dios dinástico Baal Shamem, que se identificaba con Zeus Olímpico. Antíoco se proclamó la epifanía de ese dios, tomando el epíteto de Epífanes («[dios] Manifiesto») como parte de su nombre oficial.

Darío dio pruebas de que no tenía talla de rey y de que era un hombre falto de voluntad al dejarse manipular por los conspiradores. Pero al menos tenía buena voluntad hacia Daniel, «el deportado de Judá» (6, 14). En agudo contraste, Antíoco IV sintió un desprecio absoluto por los judíos de su tiempo. Hizo cuanto estaba en su poder para abolir el judaísmo completamente en su reino. Como Antíoco IV, Darío dictó una ley que, en efecto, prohibía el libre ejercicio de la religión. Neciamente, estuvo de acuerdo con los conspiradores en que nadie, «por espacio de treinta días, haga una oración a quienquera que sea, Dios u hombre, fuera de a ti, ¡oh rey!». Los conspiradores habían hecho bien su trabajo. Darío cayó en su estratagema. Quizás en su vanidad y orgullo llegó a creer que era cierta clase de ser divino al que todos tenían que dirigirse antes de recurrir a otro dios u hombre.

Pero el decreto que Darío había transformado en ley inmutable e irrevocable era injusto, pues estaba basado en el positivismo legal, la filosofía según la cual una acción puede ser mandada o prohibida simplemente porque el poder legislativo así lo dice y lo convierte en ley; la moralidad no entra en cuenta en absoluto. La ley de Darío era tan inmoral como la ley promulgada por Nabucodonosor de que todos debían dar culto a su ídolo de oro cuando tocara la orquesta (cf. 3, 4-5). El profeta Isaías, hablando en el nombre del Señor, condena rotundamente el positivismo legal y sus muchos males: «¡Ay de quienes decretan decretos inicuos y escriben escritos vejatorios para declinar la causa de los indigentes y robar el derecho de los pobres de mi pueblo; para hacer de las viudas su presa y poder expoliar a los huérfanos! ¿Qué haréis el día del castigo, ante el desastre que llega de lejos? ¿A quién acudiréis en busca de auxilio y dónde dejaréis vuestra riqueza? ¡Sólo queda doblarse entre los prisioneros y entre los degollados caer! Con todo esto, no se calmó su ira, y su mano está aún extendida» (*Is* 10, 1-4).

El positivismo legal es lo que respalda a las leyes inmorales de segregación en los Estados Unidos y las leyes del apartheid en Sudáfrica, que estuvieron en vigor durante muchos años. Estas leyes fueron promulgadas para legitimar toda clase de injusticias y ultrajes contra los negros de ambos países. En el mundo actual las leyes de muchos gobiernos permiten el aborto y la eutanasia. En consecuencia, mucha gente cree que estos actos de violencia contra una vida humana inocente son permisibles simplemente porque son legales. Sin embargo, tales leyes no están basadas en principios éticos o morales sanos. Las leyes humanas pueden liberalizar la industria de las

líneas aéreas; no pueden liberalizar la moralidad. La ley no hace el derecho, como tampoco «la fuerza hace el derecho».

Desde los tiempos bíblicos hasta nuestros mismos días han sido frecuentes las leyes injustas relativas a la religión. El resultado ha sido la persecución e incluso la muerte para un amplio número de creyentes. Jesús se lo advirtió a los cristianos: «Acordaos de la palabra que os dije: El esclavo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, guardarán también la vuestra» (*Jn* 15, 20). «Bienaventurados los perseguidos por atenerse a lo que es justo, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando, por causa mía, os insulten y persigan y digan toda clase de calumnias contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros» (*Mt* 5, 10-12). «Entonces os entregarán al tormento y os matarán, y seréis odiados por todos los pueblos a causa de mi nombre» (*Mt* 24, 9). Los primeros cristianos fueron acusados de traición por negarse a dar culto al emperador, como exigía la ley romana. Se los ejecutó por decapitación o arrojándolos a los leones para bárbaro entretenimiento de las multitudes. En nuestro relato, ser arrojado al foso de los leones no era una forma de diversión, sino sólo una forma de castigo. Durante el largo reinado de Isabel I (1558-1603), hija de Enrique VIII y Ana Bolena, murieron por su fe 189 católicos. Durante la Revolución Francesa, un grupo de dieciséis monjas carmelitas descalzas de la comunidad de Compiègne, en el norte de Francia, fueron condenadas a muerte como contrarrevolucionarias y fanáticas religiosas por el mero hecho de vivir como religiosas bajo obediencia a sus superiores. Inmediatamente después del breve proce-

so celebrado en 1794, fueron a la guillotina cantando el *Te Deum*, el himno de alabanza. El compositor francés François Poulenc inmortalizó el martirio de estas monjas en su magistral ópera titulada «Diálogos de carmelitas» (1957), basada en una obra dramática francesa del mismo título (1948) escrita por Georges Bernanos.

XIII

«ORDENÓ ENTONCES EL REY QUE TRAJERAN A DANIEL Y LE ARROJARAN AL FOSO DE LOS LEONES» (Dan 6, 11-29)

11 *Cuando supo Daniel que el documento había sido*
firmado, entró en su casa. Las ventanas de su apo-
sento superior estaban abiertas en dirección a Jeru-
salén; y tres veces al día, puesto de rodillas, oraba
y alababa a su Dios, como solía hacer anteriormente.
12 *Entonces aquellos hombres acudieron precipita-*
damente y hallaron a Daniel orando y suplicando
a su Dios. 13 *Luego fueron a la casa del rey y le*
dijeron, con respecto al edicto real: ¿No firmaste
tú un edicto, según el cual, quien, por el espacio
de treinta días, hiciera una oración a quienquiera
que sea, Dios u hombre, fuera de ti, ¡oh rey!, sería
arrojado al foso de los leones? Respondió el mo-
narca: Eso es lo decidido, según la ley de los medos
y de los persas que es irrevocable. 14 *Entonces ellos*
contestaron al rey en estos términos: Daniel, uno
de los deportados de Judá, no hizo caso de ti, ¡oh
rey!, ni de la prohibición que promulgaste; tres
veces al día hace su oración. 15 *Al oír el rey estas*
palabras, recibió un gran disgusto y trató de sal-

var a Daniel. Hasta la puesta del sol estuvo tratando de librarlo.
[16]*Pero aquellos hombres fueron precipitadamente al rey y le dijeron: Sepas, ¡oh rey!, que, según la ley de los medos y de los persas, toda prohibición o edicto promulgado por el rey es irrevocable.*

[17]*Ordenó entonces el rey que trajeran a Daniel y le arrojaran al foso de los leones. El rey tomó la palabra y dijo a Daniel: Tu Dios, a quien sirves con perseverancia, te salvará.*
[18]*Trajeron después una piedra y la pusieron a la entrada del foso. El rey la selló con su anillo y con el anillo de sus magnates para que no se cambiara lo establecido con respecto a Daniel.*

[19]*Después el rey se fue a su palacio y pasó la noche sin cenar. No quiso que se le prepararan distracciones y no pudo conciliar el sueño.*
[20]*Al amanecer, cuando clareaba el día, se levantó y fue a toda prisa al foso de los leones.*
[21]*Y, acercándose al foso, gritó a Daniel con voz angustiada: Daniel, siervo del Dios vivo, tu Dios, a quien sirves con perseverancia, ¿ha podido librarte de los leones?*
[22]*Daniel entonces contestó al rey: ¡Vivas por siempre, oh rey!*
[23]*Mi Dios envió a su ángel y éste cerró la boca de los leones, que no me han hecho daño alguno, porque he sido hallado inocente ante él. Ante ti, ¡oh rey!, tampoco he cometido falta.*

[24]*El rey se alegró extraordinariamente de lo sucedido y mandó que sacaran a Daniel del foso. Daniel fue sacado del foso, y no se le encontró lesión alguna, porque había confiado en su Dios.*

[25]*El rey mandó que trajeran a aquellos hombres que habían denunciado a Daniel y que los arrojaran al foso de los leones, a ellos, a sus hijos y a sus mujeres. Aún no habían llegado al fondo del foso, cuando ya se habían lanzado sobre ellos los leones y les habían triturado todos los huesos.*

[26]*Después el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra. ¡Que vuestra paz sea grande!* [27]*Por mí mismo promulgo este decreto: En todos los dominios de mi reino teman todos y tiemblen ante el Dios de Daniel,*
porque él es el Dios vivo que subsiste eternamente;
su reino no será destruido,
y su imperio durará hasta el fin.
[28]*El libra y salva y obra*
señales y prodigios
en el cielo y en la tierra.
Él es quien libró a Daniel
de las garras de los leones.
[29]*Este mismo Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa.*

Al ser uno de los tres inspectores del reino, Daniel conocía sin duda alguna que Darío había firmado la ley de que, por espacio de treinta días, nadie «haga una oración a quienquiera que sea, Dios u hombre, excepto al rey». Pero como la ley era injusta, Daniel recurrió a la desobediencia civil, silenciosa y discretamente. Daniel tuvo el valor de ser coherente con sus convicciones. Estaba dispuesto a pagar el precio por su disentimiento no violento. Fue arrojado a los leones.

Daniel desobedece el decreto injusto

Daniel continuó su costumbre de ir a casa a orar puesto de rodillas y a dar gracias a su Dios en el aposento superior tres veces al día, con las ventanas abiertas en dirección a Jerusalén (cf. 6, 11). Como otros creyentes leales posteriores, Daniel arriesgó su vida para seguir las prácticas de su fe. La inque-

brantable resolución de seguir a su conciencia y de dar culto al Dios de Israel está en llamativo contraste con la indecisión del rey Darío, que se dejó manipular y firmó la injusta ley.

Jerusalén era sagrada para los judíos a causa del templo; por eso se orientaba Daniel en esa dirección cuando oraba. En cambio, para el cristiano no hay un lugar especial para el culto. Recuérdese el episodio de la mujer junto al pozo de Samaría. Le dijo a Jesús: «Nuestros padres adoraron en este monte [Garizim]; pero vosotros decís que es Jerusalén el lugar donde se debe adorar». Le contesta Jesús: «Créeme, mujer; llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, pues la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y es el momento actual, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ésos son, precisamente, los adoradores que el Padre desea» (*Jn* 4, 20-23).

La forma de orar de Daniel presenta un cuadro de cómo oraban los judíos en la Diáspora. La buhardilla de una casa (cf. *1 Re* 17, 19) proporcionaba un ambiente tranquilo para una oración recogida (cf. *Act* 10, 9). La costumbre de orar vueltos en dirección al templo de Jerusalén o a sus ruinas comenzó durante el destierro de Babilonia (587-537 a. C.), como sabemos por *1 Re* 8, 44.48. Los primeros musulmanes siguieron la costumbre judía y se ponían de cara a Jerusalén en la oración; pero cambiaron pronto la dirección hacia la *Kaaba,* su santuario de la Meca. El judío piadoso, como Daniel en 6, 11, oraba junto a una ventana abierta (cf. *Tob* 3, 11) que miraba a Jerusalén. Daniel oraba «tres veces al día», al amanecer, a mediodía y hacia el atardecer (cf. *Sal* 55, 18). En la oración pública, como en la sinagoga, la gente oraba habitualmente de pie. Pero, al parecer, el gesto de arro-

dillarse para la oración privada, como hace Daniel, pasó a ser una práctica común durante el periodo persa (cf. *Esd* 9, 5) y que llega hasta los tiempos del Nuevo Testamento (cf. *Lc* 22, 41; *Act* 20, 36; 21, 5).

La práctica de Daniel de orar a intervalos regulares cada día ha sido adoptada por la Iglesia. En el pasado, los que tenían la obligación de recitar el Oficio Divino lo hacían en tiempos establecidos durante el día. También hoy, en el Oficio, llamado ahora la Liturgia de las Horas, y recitado por sacerdotes, religiosos y muchos laicos, hay una oración de la mañana, de mediodía y de la tarde, como también un Oficio de Lecturas. La disciplina de la oración regular impide la pereza o el descuido de esta parte esencial de la vida espiritual. También nos ayuda a fijar la atención en la presencia de Dios en un mundo que cree que no tiene necesidad de Él.

Los conspiradores detienen a Daniel mientras ora

Dado que Daniel oraba junto a una ventana abierta, los enemigos que lo estaban vigilando pudieron ver fácilmente cómo violaba el decreto real. Así que entraron precipitadamente y detuvieron a Daniel en el acto, el acto de orar. Espías como éstos sigue habiéndolos entre nosotros. Por celos o envidia, por ventajas personales o por rencor, tales informadores están siempre dispuestos a denunciar a colegas o incluso a miembros de la Iglesia. El efecto sigue siendo el mismo: la ruina de otra persona. Los espías de nuestro episodio justifican ahora su odiosa conducta aparentando interés por la autoridad del rey. Recuerdan al rey su decreto, pero, como es natural, no dicen que ellos mismos conspiraron para conseguir que se firmara el decreto antes. Formulan la pregunta maliciosa: «¿No firmaste tú un edicto, según el cual,

quien, por el espacio de treinta días, hiciera alguna oración a quienquiera que sea, Dios u hombre, fuera de ti, ¡oh rey!, sería arrojado al foso de los leones?». Darío da la respuesta esperada: «Eso es lo decidido, según la ley de los medos y los persas que es irrevocable» (6, 13).

Daniel paga el precio de su fidelidad

Aunque oraba en privado y no hacía una exhibición pública de su desobediencia civil, Daniel había transgredido la ley del reino, que mandaba que todos, sin excepción, debían atenerse a la religión del Estado. Esta ley era un intento de privar a Daniel de su libertad. Puesto que Daniel se niega a secundarla, el Estado exige que sea aniquilado. Una situación similar prevaleció durante el reinado de Antíoco IV: «No era posible [a un judío] observar el sábado, ni guardar las fiestas patrias, ni declararse sencillamente judío. Y por amarga necesidad, en el día natalicio del rey, que se celebraba cada mes, los judíos eran llevados al banquete sacrificial; y cuando se celebraban las fiestas dionisíacas, eran obligados a formar parte del cortejo en honor de Diónisos, llevando coronas de hiedra» (2 *Mac* 6, 6-7). Por negarse a seguir la religión estatal de Roma con sus numerosos dioses, los primeros cristianos fueron acusados de ser ateos y sufrieron el martirio. Los héroes de la fe, desde los más primitivos tiempos hasta los nuestros, «subyugaron reinos, ejercieron justicia, obtuvieron lo prometido, taparon bocas de leones, apagaron la furia del fuego, escaparon al filo de la espada, recibieron fuerza en la debilidad, fueron valientes en la guerra y rechazaron invasiones de extranjeros. Hubo mujeres que recuperaron, resucitados, a sus muertos. Otros fueron sujetos a torturas mortales, renunciando a la

liberación para obtener una resurrección superior» (*Heb* 11, 33-35).

Una vez que Darío reafirma que su decreto es absoluto e irrevocable, los conspiradores comprenden que tienen al rey en sus manos. Le dicen: «Daniel, uno de los deportados de Judá, no hizo caso de ti, ¡oh rey!...; tres veces al día hace su oración» (6, 14). La reacción del rey Darío es instructiva. «Al oír estas palabras, recibió un gran disgusto y trató de salvar a Daniel». Su conciencia entra finalmente en juego. Pero es demasiado tarde. Al prohibir la libertad de religión a Daniel, Darío ha perdido su propia libertad, convirtiéndose en prisionero de los conspiradores. Ellos no permitirían que el rey hiciera lo que sabía que era justo. Le recuerdan una vez más que por la ley meda y persa toda prohibición o decreto real es irrevocable. El rey está atrapado, y lo sabe. Por su desacertado decreto, tiene que pronunciar sentencia: Daniel debe ser arrojado al foso de los leones. Sin embargo, reconociendo su propia locura, Darío ora en este momento, diciendo a Daniel: «Que tu Dios, a quien sirves con perseverancia, te salve». El rey alaba a Daniel por su fidelidad al Señor y su perseverancia en la oración. Aquí está de nuevo presente la ironía. La oración del rey es atendida en el final dramático del relato.

Daniel en el foso de los leones

Aquí hay otra ironía. Después de sellar con su propio anillo y los anillos de sus magnates la piedra colocada sobre el foso, el rey «divino», cuya monstruosa ley es irrevocable, vuelve ahora a su palacio para pasar la noche, no banqueteando como Baltasar y su corte, sino derramando lágrimas de amargo pesar, negándose a comer o a que lo entretengan. Con la

conciencia herida, el rey no puede pegar ojo. Ha condenado a muerte cruel a su amigo y consejero de confianza. Levantándose muy pronto la mañana siguiente, Darío corre al foso de los leones. Aquí el relato pinta al rey con benevolencia. Su noche de arrepentimiento, ayuno y aflicción lo incita a gritar: «Daniel, siervo del Dios vivo, tu Dios, a quien sirves con perseverancia, ¿ha podido librarte de los leones?». Este detalle puede basarse en la antigua costumbre babilonia de que se dejara en libertad a la víctima si había sido torturada y había sobrevivido hasta el día siguiente. En su pregunta, Darío emplea la rica expresión «Dios vivo», un título que aparece treinta y cuatro veces en la Biblia, desde *Dt* 5, 26, el primer lugar en que figura, hasta *Ap* 7, 2, el último. Es este Dios al que Daniel, el leal inspector del rey, había servido tan fielmente. Este título añade otra ironía, pues los dioses de los paganos no tienen vida, están «hechos por mano de hombre, que no ven ni oyen, ni comen ni huelen» (*Dt* 4, 28; *Dan* 5, 23).

En respuesta a la pregunta del rey, Daniel podía haber actuado con rencor y enfado por ser tratado tan vergonzosamente. En cambio, responde al rey respetuosamente con el saludo habitual: «¡Vivas por siempre, oh rey!» (6, 22). Es el mismo saludo que los caldeos dirigieron a Nabucodonosor en 2, 4 y 3, 9; el mismo que la reina dirigió a Baltasar en 5, 10; el mismo que los enemigos de Daniel dieron en 6, 7 (cf. *1 Re* 1, 31 y *Neh* 2, 3). Daniel explica luego con sencillez y brevedad y sin animosidad alguna hacia el rey que ha sido salvado por su Dios, que «envió a su ángel y éste cerró la boca de los leones, que no me han hecho daño alguno, porque he sido hallado inocente ante él. Ante ti, oh rey, tampoco he cometido falta».

Daniel ni siquiera acusa a sus enemigos de conspirar contra él. Simplemente deja que el rey saque

sus propias conclusiones sobre ellos. De nuevo vemos la acción salvadora de Dios en las vidas de los que ponen su fe en él. En el capítulo 3, Dios había enviado a su ángel para que dirigiera las violentas llamas fuera del horno con el fin de preservar de todo daño a Azarías y sus compañeros. Aquí Dios ha enviado a su ángel para librar a Daniel «de las fauces de los leones», como leemos en *1 Mac* 2, 60. En ambos casos, el Señor de la historia y de la naturaleza estaba presente y activo, haciendo lo que parecía imposible. Tal es el Dios en el que Daniel y todos los creyentes posteriores han puesto su confianza. Este relato ha inspirado a muchos artistas. Los más notables son Pedro Pablo Rubens (1577-1640) y Eugène Delacroix (1798-1836). Ambos pintaron a «Daniel y los leones».

Los conspiradores son arrojados a los leones

El rey Darío se alegra cuando oye la voz de su leal inspector. Sacan a Daniel del foso de los leones, «y no se le encontró lesión alguna, porque había confiado en su Dios». (6, 24). La vida de fe de Daniel refleja la verdad de las palabras del salmista: «En ti esperan los que saben de tu nombre, pues tú no abandonas, Señor, al que te busca» (*Sal* 9, 11). Quizás una de las oraciones que recitó en sus devociones diarias fuera el salmo 55: «Abandona tu suerte en el Señor y él te sustentará: él no deja jamás al justo perecer. Porque tú, Dios, terminarás por arrojarlos en el pozo infernal. Los hombres sanguinarios y dolosos no podrán mediar sus días. Cuanto a mí, yo confío en ti, Señor» (*Sal* 55, 23-24). Las palabras del salmista se cumplen ahora. Los conspiradores, junto con sus hijos y mujeres, son arrojados en el foso de los leones, y los hambrientos

leones los destrozan y devoran cuando «aún no habían llegado al fondo del foso».

Antes de su muerte, Matatías habló detenidamente a sus hijos para animarlos a permanecer fieles en la persecución de Antíoco IV. Da un breve resumen de la historia del pueblo escogido y sus gloriosos antepasados: Abraham, José, Pinejás, Josué, Caleb, David y Elías. Y luego dice: «Ananías, Azarías, Misael, por haber tenido confianza, fueron salvados de las llamas. Daniel por su inocencia, se libró de las fauces de los leones. Pensad, pues, que, en todas las edades, quienes en él confían no sucumben jamás» (*1 Mac* 2, 59-61). Estas palabras ofrecen esperanza, pero no remedio, a los que tienen que afrontar la injusticia y la persecución. Como la audiencia original del libro, los lectores de hoy son animados a hacer de esta esperanza una actitud de sus vidas espirituales. No se puede esperar la liberación de la adversidad y la muerte sólo porque uno ha sido fiel. El Libro de Daniel no ofrece una solución al problema del mal y del sufrimiento inmerecido. Sencillamente acepta la realidad del mal y del sufrimiento como un misterio que ha de vivirse, y no como un problema que ha de resolverse.

Nuevo decreto de Darío

Como Nabucodonosor en 3, 98-100, Darío escribe ahora «a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra». Darío decreta que el Dios de Daniel debe ser reverenciado y temido en todos los dominios de su reino. Se juega de nuevo con la ironía. Presumiblemente, este decreto del rey pagano pasa a ser inmutable, absoluto e irrevocable, en conformidad con la ley de los medos y persas. En realidad, las afirmaciones que Darío hace sobre

Dios (cf. 6, 27-28) son verdaderamente absolutas e inmutables, al provenir directamente de la Escritura. El Dios de Daniel es «el Dios vivo», expresión usada también en 6, 21. Es eterno (cf. *Gén* 31, 33; *Jer* 10, 10; *Eclo* 36, 17), y así son su reino y dominio (cf. *Sal* 55, 19; *2 Pe* 1, 11). Dios es un liberador (cf. *2 Sam* 22, 2; *Sal* 40, 18) y salvador (cf. *Ex* 15, 2; *Is* 43, 11; *1 Cró* 16, 35), que puede obrar signos y prodigios (cf. *Dt* 26, 8; *Neh* 9, 10). Es él quien salvó a Daniel de los leones, porque, como dice Judit en su oración, «tú eres Dios de los humildes, auxiliador de los pequeños, defensor de los débiles, amparo de los desvalidos, salvador de los desesperados» (*Jdt* 9, 11).

Por su lealtad, Daniel prosperó durante los reinados de Darío y Ciro el Persa (cf. 6, 29). Con este verso llega la primera parte del libro a su término. Ciro, al que se menciona por primera vez en 1, 21, aparece una vez más. Él es también el rey que reina en el quinto y último apocalipsis (caps. 10-12). Ciro representó un papel importante en la historia de Israel. Permitió que los judíos regresaran del destierro de Babilonia y reconstruyeran el templo (cf. *Esd* 1, 1-4). De él se habla favorablemente en *Is* 44, 28: Yo soy «quien dice a Ciro: Pastor mío, pues todo mi querer cumplirá, diciendo a Jerusalén: Será reedificada, y al templo: Serás restablecido». En *Is* 45, 1, JHWH se refiere a Ciro como «su ungido... a quien tomé por la diestra». Un gran elogio, sin duda.

En su libro *Daniel, An Active Volcano* (1989), D. S. Russell afirma que los primeros cristianos veían en este relato muchos paralelos con la pasión y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Como los enemigos que envidiaban a Daniel, los sumos sacerdotes, escribas y guías del pueblo conspiran por envidia para eliminar a Jesús (cf. *Mc* 15, 10; *Lc* 19, 47). Como los conspiradores que espían a Daniel, Judas se ofrece como espía que traicionará a Jesús (cf. *Mt*

26, 14-16). Como Darío, que pasó una noche en vela preocupado por el destino de Daniel, la mujer de Pilato sufrió mucho en un sueño y trató de que pusieran a Jesús en libertad (cf. *Mt* 27, 19). Como Daniel, que es hallado inocente ante Dios, Jesús es declarado no culpable por Pilato (cf. *Lc* 23, 4). Como Daniel, que fue arrojado en el foso de los leones, Jesús descendió a las regiones inferiores de la tierra (cf. *Ef* 4, 9). Como el ángel que aparece en el foso de los leones, un ángel proclama que Jesús ha resucitado del sepulcro (cf. *Mt* 28, 2-6). Como Darío, que se alegró de que Daniel estuviera vivo y sano, las mujeres se marchan del sepulcro llenas de alegría (cf. *Mt* 28, 8).

Pero hay también profundas diferencias entre el relato de Daniel y la vida de Jesús. Los enemigos de Daniel son ejecutados brutalmente junto con sus hijos y mujeres. Jesús, al morir en la cruz, ora por sus enemigos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lc* 23, 34). Asimismo, se recomienda a los cristianos que amen a sus enemigos y que oren por sus perseguidores (cf. *Mt* 5, 44). Daniel, que es inocente, no sufrió ningún daño por parte de los leones y fue salvado de la muerte. Jesús, que es inocente de todo crimen (cf. *Mt* 27, 4; *Lc* 23, 47; *Jn* 19, 7) y no tiene pecado en absoluto (cf. *Heb* 4, 15), sufrió una agonía atroz y se sintió abandonado en la cruz antes de dar la vida por sus ovejas (cf. *Jn* 10, 15). Daniel es salvado por un ángel. Jesús se niega a convocar las más de doce legiones de ángeles que están a sus órdenes (cf. *Mt* 26, 53). Es claro que en Jesús, a quien llamamos Señor, tenemos alguien que es más grande que Daniel.